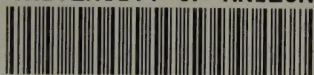


UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004099514

PQ
7389
R6
C6

ORIGUEZ

LA CONJURA DE LA CIENAGA

2°

FESTIVAL DEL LIBRO
CUBANO



Todas las colecciones de la Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana (Colombia, Cuba, Perú, Venezuela, etc.), cuya relación detallada aparece al final de este volumen, están a la venta en:

Librería "LA TERTULIA"

Calle 27, Nº 202, entre K y L - La Habana

ORGANIZACION CONTINENTAL DE LOS FESTIVALES
DEL LIBRO

BRASIL
CHILE
COLOMBIA
COSTA RICA
CUBA
ECUADOR
EL SALVADOR

GUATEMALA
HONDURAS
MEXICO
NICARAGUA
PANAMA
PERU
VENEZUELA

BIBLIOTECA BASICA DE CULTURA CUBANA

DIRECTOR: Alejo Carpentier

COORDINADOR: Reinaldo Gómez Ballina

Librería "LA TERTULIA" - Calle 27, Nº 202, entre K y L

PRIMERA SERIE:

- 1.—Cirilo Villaverde: *CECILIA VALDES*.
- 2.—José Martí: *SUS MEJORES PAGINAS*.
- 3.—José Martí: *POESIAS COMPLETAS*.
- 4.—Alvaro de la Iglesia: *TRADICIONES CUBANAS* (Tomo I).
- 5.—Félix Lizaso: *EL PENSAMIENTO VIVO DE VARONA*.
- 6.—*LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS*, Antología de Salvador Bueno (Tomo I).
- 7.—*LAS MEJORES POESIAS CUBANAS*, Antología de Cintio Vitier.
- 8.—Nicolás Guillén: *SUS MEJORES POEMAS*.
- 9.—Alejo Carpentier: *EL REINO DE ESTE MUNDO*.
- 10.—Enrique Labrador Ruiz: *EL GALLO EN EL ESPEJO*.

SEGUNDA SERIE:

- 11.—José Martí: *LA EDAD DE ORO*.
- 12.—Miguel de Carrión: *LAS IMPURAS* (Tomo I).
- 13.—Miguel de Carrión: *LAS IMPURAS* (Tomo II).
- 14.—Alvaro de la Iglesia: *TRADICIONES CUBANAS* (Tomo II).
- 15.—Juan Cristóbal Nápoles Fajardo: *RUMORES DEL HORMIGO*.
- 16.—Jorge Mañach: *MARTI, EL APOSTOL*.
- 17.—Luis Felipe Rodríguez: *LA CONJURA DE LA CIENAGA*.
- 18.—*LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS* (Tomo II).
- 19.—*POESIA JOVEN DE CUBA*.
- 20.—*LOS MEJORES ENSAYISTAS CUBANOS*.

Luis Felipe Rodríguez

LA CONJURA
DE LA CIÉNAGA

PQ

7389

RL

CL



SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO CUBANO

EDITORIA POPULAR DE CUBA Y DEL CARIBE

Representante autorizada de la Organización Continental
de los Festivales del Libro.

Todos los derechos reservados para la Editora Latinoamericana S. A., de Lima, Perú, representante autorizado de la *Organización Continental de los Festivales del Libro*, Bogotá, Colombia. Las palabras "Biblioteca Básica de Cultura", seguida de calificativos de nacionalidad, así como la frase "Festival del Libro", antecedida por correlativos y seguida de calificativos de nacionalidad, se reservan íntegramente, en todos los países de América Latina, incluyendo derechos de traducción y adaptación, para Editora Latinoamericana S. A. y la *Organización Continental de los Festivales del Libro*.

PROLOGO

París, noviembre 18 de 1923.

A Luis Felipe Rodríguez.

Manzanillo. Cuba.

Monsieur:

HE leído con la curiosidad que me inspiran siempre las cosas de América su novela primorosa *La Conjura de la Ciénaga*, que por conducto de un amigo de España ha tenido usted la amabilidad gentil de enviarme a este viejo rincón de París.

Es interesantísimo el ambiente que emerge de las páginas de *La Conjura de la Ciénaga*; tanto que por ellas percibo nuevamente la campiña de vuestra isla maravillosa. Sí, ahora, entre la bruma invernal que me circunda, veo el hermoso sol de los trópicos, el tono vivo y casi violento de sus paisajes y esa humanidad primitiva y pintoresca que reproduce tan fielmente y que yo he conocido ha tiempo.

Hermosa novelita, hecha de gracia agreste y de encanto primordial, cuya trama sencilla y cuyos tipos elementales, de una rudeza espontánea y jovial, acaso no son más que el pretexto para expresar el alma de vuestra campiña nativa.

Encuentro adecuado ese *Mongo Paneque*, torvo y vivaz, en el animado ambiente cálido donde le habéis puesto a vivir sus fiebres ardorosas. Esa bestezuela se mueve

muy bien en su marco de sol y de frondas. Admirablemente expresada su animalidad estridente y el juego instintivo de sus impulsos exasperados y de sus músculos de fierecilla tropical.

Conchita Fundora es mejor aún. Con su ligera complicación psicológica, apenas es voluptuosa; pero tiene una imaginación ondulante y una sensualidad parecida a la fragancia de vuestros bosques, desprovistos de la gracia alada del matiz, pero siempre imponentes en la belleza fuerte de su uniformidad.

Santiago Hermida me sugestionaba; pero no me sorprende tanto; ¿por qué lo hizo morir en su obra?

Ese atolondrado que llega de La Habana a la campiña a escribir una novela, es un excelente muchacho que debe haberse saturado un poco de Jorge Ohnet.

Sin embargo, su voluntad trémula, que se desvía al primer choque con la sensación agreste y su imaginación sin freno, dan una idea exacta del hijo del sol de los trópicos.

Estuve mucho tiempo en América. Estuve en la Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Perú. En vuestro país me detuve bastante. Conocí La Habana, Matanzas, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba. En Puerto Príncipe llamábame mucho la atención el carácter pintorescamente arbitrario de sus construcciones y el bello perfil de sus tipos, con mucho de andaluz y de argelino en la piel y en los ojos.

Vos debíais mandar el libro, si no lo habéis hecho ya, a Francis de Miomandre. Es un escritor lleno de amor y de encanto, con mucha curiosidad intelectual por los libros de esa América, que ha dado novelistas tan fuertes como Carlos Reyles, ensayistas tan nobles y profundos como Rodó y cuentistas tan intensos como Horacio Quiroga.

Casi estoy seguro que Francis de Miomandre le consagraría algunas notas a vuestra novela, que es muy interesante.

Mándeme cuanto tenga hecho. Usted tiene la percepción muy lista para aprisionar el encanto de lo que le rodea.

Con la mayor actitud cordial, os desea un éxito franco vuestro amigo incondicional.

Jacques LA TOUR.

I

"Para algunos el pueblo natal es como ciénaga, que atrae y ahoga".

COMO la República había tenido a bien nombrarme uno de sus pequeños funcionarios provisionales del Censo, debía partir para La Ciénaga, barrio pintoresco e intransitable del término municipal de Tontópolis. Por eso me dirigí a casa de Santiago Hermida, con la esperanza de que también fuera para allá.

Santiago Hermida, era un antiguo condiscípulo de la infancia, que, viviendo desde hace algunos años en La Habana, con su familia, y el sostenimiento bien remunerado de todos los Gobiernos, había regresado a su pueblo natal para respirar, según sus propias palabras, el aire puro y reconfortante de la muy amada montaña oriental, lejos de las emanaciones de la gran ciénaga política y capitaleña; reanudar sus antiguas relaciones del bello tiempo, que pasa para no volver; escribir, por espíritu de amor a la patria grande y para ejemplo saludable de apoyo moral hacia la suerte del sufrido campesino cubano, un libro sobre la vida interior de la República, y de paso, con el concurso de sus buenas amistades y de su verbo tribunicio, ver si podía hacer realidad elocuente y sensible el sueño que de algún tiempo le retazaba en el alma como un diablillo travieso y deliciosamente turbador: ser representante por la ciudad de su nacimiento la muy amada Tontópolis. Aunque algo más culto por lo regular que un representante, con algún talento, y no exento de ahorros, Santiago Hermida tenía fe en sus coterráneos y en el porvenir de la Patria, con-

vencido de que el Supremo Decretador de todas las cosas, que había velado por la suerte de tantos legisladores de los monosílabos, tendría a bien, allá en su bondad inefable, apoyarlo en sus legítimas aspiraciones, para bien del país y de Tontópolis, el solar heroico de este excelente amigo mío, buen mozo, mayor de edad, con cuatro años de estudios aprobados en el Instituto y muchos deseos de abrirse paso en el mundo parlamentario.

Hallé a Santiago Hermida en la actitud de un hombre que medita profundamente, ante unas cuartillas de papel escritas tan sólo por el principio.

Era uno de esos días luminosos de nuestra zona intertropical. Bajo el cielo de un azul intenso de acuarela, todas las cosas comunicaban al cuerpo sudoroso el ardor de la orgía solar, mientras el aire vibrante de luz deslumbradora resplandecía como una gran urna de cristal, y como una gran urna de cristal semejaba estar a punto de estallar bajo la acción del fuego de julio. Por eso Santiago Hermida, al verme con el sombrero y la chaqueta en las manos, dejó de meditar sobre el misterio de las cuartillas vacías, yendo a preparar limonada para él y su antiguo condiscípulo Vicente Aldana.

—¿Y cómo va esa novela, Santiago? Me figuro que no te has metido de lleno en la obra—le dije, después de la buena impresión de la limonada.

—Casi no adelanta, chico. Con este calor, ¿quién tiene ganas de trabajar?

—Efectivamente, con este calor nadie puede trabajar. Por eso en nuestro país somos muy pocos los que ya trabajamos. ¡Se puede vivir tan bien del presupuesto! Tu novela está como casi todos nuestros problemas: al principio de la primera cuartilla. Pero, después de todo, no hay que apurarse por tan poco. Para hacer con sofocación las cosas es mejor que como la mayoría de nuestros políticos no hagamos nada de provecho. Conformémonos con que el calor intenso que padecemos nos deje siquiera en el espíritu un poco de voluntad para llenarnos la barriga.

—Por lo que a mí respecta, te diré que mis propósitos son firmes y mi empeño inquebrantable. Mi libro, querido amigo, estará dentro de dos meses. Pero por Dios, Vicente, en este cuarto provisional y fermentado de soltero, donde no tenemos ni siquiera la mitad de una mujer, no se puede hacer nada, absolutamente nada. Cuando tú

llegaste, el único deseo concreto que agitaba mi ser, a pesar de mis profundas meditaciones, era el de dormir.

—Ese mismo deseo agitará en estos momentos el cuerpo de algunos funcionarios del ramo de Agricultura, porque nada hay como un Secretario, pongamos del ramo otra vez, para tener sueño a todas horas.

Aquí Hermida se estiró cuan largo era, en el diván donde se hallaba, y agitando los brazos con el desperezo especial de una criatura fatigada, me dijo bostezando:

—Chico, yo me debo ir para La Ciénaga. Creo que por allá podré escribir ese miserable novelucho que me atormenta.

—Precisamente venía a tratarte de eso para que partiéramos mañana. ¡Oh, La Ciénaga, La Ciénaga!...

Aproveché la ocasión para soltarle a mi amigo de la infancia una parrafada lírica sobre la delicia de vivir en el campo una temporada, máxime cuando yo tendría un compañero con quien cambiar impresiones después de haber andado todo el día a caballo por pantanos y vericuetos enumerando a los dignos y pacíficos ciudadanos de la República.

Con el ademán inspirado de un poeta bucólico hice desfilar ante la fantasía de Santiago Hermida las bellezas innumerables de La Ciénaga, moderna Arcadia en cuyo seno prolífico encontraría nuestro espíritu el alimento adecuado de la bien hallada armonía y nuestro cuerpo el vigor fecundo que da el impulso y la abundancia. Sí, resurgiríamos de aquellas aguas lustrales plenos de una maravillosa potencia integral, con la suprema virtud de un esplendor nuevo, como el buen pan de dorada corteza acabadito de sacar del horno ardiente y renovador.

Le hablé a Santiago de las tardes radiosas que se dejan caer sobre la onda de los ríos como bellas vírgenes rendidas de ensoñar, mientras tiembla cual un arpa santa la rumorosa floresta y se prolonga en un eco misterioso bajo la paz inefable y secular de los campos el mugido de las vacas gratas al paladar de los manifestantes políticos que van al campo a predicarles el civismo a los sufridos campesinos. Le hablé del espectáculo glorioso y edificante de los surcos y de los plantíos, donde ha pasado un soplo fecundo de Sembrador; le hablé del canto perenne del hombre, que de la justa del trabajo de la tierra inmutable retorna a la dulce paz de su casa, en tanto que le esperan la mujer y los hijos

junto a la puerta, como el genio tutelar de las virtudes familiares, y el fiel **Cambute** echa a correr a su encuentro, meneando el rabo en señal de bienvenida.

En fin, le hablé de la caña y de la hermosura de la muchacha criolla.

—Decididamente partiremos mañana para La Ciénaga, Vicente. Cuando tú lo dices, eso debe de estar a pedir de boca. Tal vez encontraremos por allí alguna de esas vírgenes de que me hablas con tanto entusiasmo, que me sirva de inspiración para mi novela.

—Bien, Santiago, si no es un misterio sagrado, ¿puedes decirme algo de la intriga de tu novela, y cuáles son los senderos artísticos por donde vas a dirigir esos capítulos monumentales, que, como las simientes de un mundo que va a nacer dentro de dos meses, se te están formando veo en la ilustre cabezota? Ser novelista, ¡qué cosa tan divinamente humana! Un novelista es como un Dios, que casi siempre de nada fabrica el hombre y la mujer, y también la tierra donde estas dos humildes criaturas hacen mil cosas que no están bien. Pero como Dios los cría... En fin, tú escribirás tu novela en La Ciénaga, y, como el Creador, descansarás después de haberla terminado, mientras yo la iré leyendo, a pesar de tu mala letra, y si encuentro alguna falta de ortografía o una coma mal puesta te la señalaré, para que veas que yo no soy ajeno por completo al supremo ministerio de la crítica.

Respondiendo con una sonora carcajada a mis exabruptos, paróse cuan largo era ante el diván donde ha rato se estiraba bostezando mi excelente camarada Santiago Hermida, y habló con entusiasmo y con ímpetu, mientras una abeja escapada de no sabemos qué florista fragante trazaba estrechos círculos concéntricos en torno de aquella cabeza inspirada, donde se estaban generando, acaso como en ática colmena, los dulces panales o capítulos de un libro de trescientas páginas, según cálculo aproximado del futuro autor.

—“Cómo vengo huyendo de la ciénaga capitalina”: titularé mi novela con ese nombre simbólico y revelador —musitó Santiago como en un éxtasis.

—No está mal el nombre, chico; ahora hay que tener cuidado con lo que se hace, porque casi siempre en toda clase de ciénaga, por lo regular hay tembladeras.

—Mi novela será la visión humana e integral de nuestros hombres y nuestro medio. Pienso descender a lo

más profundo de la ciénaga que contamina entre nosotros lo más puro y lo más grande. Expresaré en ella el sueño desvanecido del último patriota y la última esperanza de los que tienen fe todavía en la estrella que iluminó el espíritu de la heroica legión de nuestros abuelos. Diré el lamento secreto y contenido de la tierra, nuestra única fuente común. Exteriorizaré el dolor sin nombre de los pocos que son nuestro Oriente y nuestro sol en medio de la bruma. Que son la verdadera fuerza viva de la Patria, y que mientras la mayoría destruye, ellos piensan, laboran y edifican. Están al margen de todas las prerrogativas nacionales, y a pesar de todo, realizan en silencio la voluntad del Precursor, y la religión del deber patrio y humano, haciendo bello y sensible su pensamiento inmortal: "Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber".

—Santiago —exclamé fuera de mí—, si te sale todo eso vas a hacer una cosa grande y morrocotuda; palabra de honor. Te felicito de antemano.

Santiago Hermida reía radiante de entusiasmo, y yo al verlo con su voz ardiente y sonora de orador, con sus ojos vivos y claros y su grave perfil de moro, volvía a encontrar al mismo muchacho vibrante de la infancia ligera y turbulenta.

Descendiente de una familia de patriotas y revolucionarios, Santiago era hijo de don Rafael Hermida y de doña Caridad Sandoval. En todas las revoluciones los hombres de la familia se habían lanzado al campo, menos Rafaelito, el padre de Santiago. Este "había metido la pata". Así lo habían dicho, indignados, sus tíos maternos, rudos veteranos de la Guerra Grande.

Cuando nos conocimos en el colegio Santiago y yo, don Rafael Hermida comandaba, para bien de la metrópoli española, el batallón de voluntarios de nuestra común ciudad de Tontópolis. Aquellos días, ¡oh, aquellos días!...

Los domingos, después que Santiaguito oía misa con su padre, que, como buen militar, era católico, nos íbamos a casa de la tía Olalla a jugar a la pelota y a comer ciruelas de las tres matas que decoraban el ancho patio de aquella casa hospitalaria y familiar. Cuando no nos descalabrábamos a consecuencia de alguna viva controversia en el juego, íbamos a la plaza del Fuerte a ver los ejercicios de los voluntarios.

—¡Batallón!, ¡firme!... ¡Media vuelta a la derecha!... ¡De frente!... ¡March!...—gritaba don Rafael con autoritaria voz de mando, y los voluntarios hacían las maniobras ordenadas por el comandante Hermida con todo el decoro militar que les dictaba su leal saber y entender, mientras los oficiales del batallón, casi todos bravos muchachos, pertenecientes al comercio distinguido de la plaza, agitaban sus sables flamantes con ademán heroico y el sol ponía sobre ellos los últimos fuegos de la tarde. Después, después venía el majestuoso desfile por las calles de Tontópolis al son de un pasodoble bizarro, que imponía en las almas y en los cuerpos un ímpetu marcial, en tanto que una abigarrada y ruidosa legión de chiquillos de todas clases, tamaños y colores marchaba delante de la escuadra de gastadores en pintoresco desorden, pero con la precaución instintiva de no coger un puntapié al acercarse demasiado hacia las botas de los mozos que iban delante, por ser los más distinguidos y bellos del batallón, y que en esto de los puntapiés ponían una secreta complacencia.

Aquí una pequeña laguna en nuestra amistad infantil, por causa de la declaración de guerra de los Estados Unidos a la metrópoli.

Huyéndole a los vapores de guerra de la Marina norteamericana (qué los primeros días, la buena gente pacífica, decían que eran buques mercantes que habían roto el bloqueo y nos traían patatas y demás municiones de boca) salí con mi familia hacia un lugar seguro de la costa. Desde allí, entre mujeres sollozantes, chiquillos sobresaltados y hombres previsores y prudentes, oí los horribles fragores de un desagradable bombardeo, que duró toda una noche, mientras mi amiguito Santiago lo sufría en la ciudad, con su familia, meramente por el decoro militar del comandante don Rafael.

Terminada la guerra de independencia nos volvimos a encontrar en pleno desbordamiento patriótico. Ahora, detrás de los soldados americanos, como antes de los españoles (los muchachos son así) cambiábamos objetos pintorescos por otros más pintorescos todavía, y vendíamos botones y estrellas de alguna noble guerrera militar española que cayó en nuestras manos a los oficiales de la ocupación yanqui. ¡Cosas de los muchachos! Con un temblor de emoción en el alma vimos descender del asta municipal el pabellón, amarillo de vergüenza y rojo de indignación, que nos había regido desde cuatro siglos, y

en su lugar miramos subir hasta el tope del mástil la bandera estrellada de la patria de Wáshington.

Al advenimiento de la República vino la estrella solitaria, la constitución, la enmienda Plat, los Partidos, el primer Presidente, y las primeras intrigas políticas en la tierra libre.

Años más tarde, la familia de Santiago Hermida, arraigada en la nueva situación republicana, marchó a La Habana, donde don Rafael, por el prestigio revolucionario de los suyos, se colocó bien en el Gobierno. Yo me quedé en la muy amada y admirable Tontópolis, y un buen día, ¡oh, gran día!, volvimos a encontrarnos: yo, siendo un modesto funcionario provisional del Censo de la República, y Santiago Hermida, un aspirante a Legislador, que venía a su pueblo natal a descansar de las emanaciones de la ciénaga política y capitaleña y a escribir una gran novela nacionalista y patriótica.

✱

II

CON el fresco de la mañana toqué ruidosamente a la puerta de Santiago Hermida.

—Arriba, dormilón, que el sol ya asoma por la ventana de Oriente su cara encendida y rubia. Dentro de poco abrirán la puerta los tenderos, y el primer café que expende Mateo en su cafetín de la carretera del Norte ya se habrá agotado en los gatzates de los carreteros y de los mozalbetes que traen la leche sobre el sufrido lomo de sus caballos. Arriba, perezoso, bien se conoce que duermes mucho y no te pican las pulgas.

A fuerza de tanto golpear sobre la puerta, abrióse ésta con mal disimulado desmayo y apareció el semblante compungido de Hermida, que murmuraba con infinito desconsuelo:

—Ya me va costando demasiado trabajo ir a La Ciénaga; no sabía que para trasladarse allá se sufriera tanto.

—Arriba el hombre capitalino que duerme toda la mañana sin ver salir el sol. Ya está todo preparado; tomaremos una “guagua” hasta el cafetín de Exuperancio Martínez, que está en el callejón del Tamarindo. Desde allí montaremos a caballo para llegar a La Ciénaga antes de que nos pisemos la propia sombra.

Poco tiempo después rodaba la diligencia por la carretera del Norte al trote cochinerero de dos parejas de matalones, y entre una anciana que iba con un lío de ropa, una muchacha que parecía esconder dentro de su corpiño un par de botijos, un hombre patato y tuerto, que llevaba sobre las piernas un saco de tela gruesa en cuyo interior se obstinaba en cantar un gallo de pelea, y un señor con sombrero tejano, pantalón kaki, polainas de montar y bigote rasurado, de quien supimos más tarde que era el alcalde del barrio y el jefe político de La Ciénaga, íbamos Santiago y yo, mientras a derecha e izquierda abríanse las tiendas y tal o cual campesino paraba junto al portal su cansada cabalgadura para tomar la mañana, ¡tan de mañana!...

Frente a un molino de viento en torno del cual rumiaban tranquilamente unas cuantas vacas, detúvose la "guagua", y saltó hacia el interior un hombre también con el bigote rapado, con espuelas, camisa azul, sombrero tejano y un enorme revólver cuyo cañón parecía el de una escopeta de caza.

—Hola, Fengue, ¿cómo va la gente de La Ciénaga? ¿Siempre fiel al partido?

—Siempre fiel, —contestó el aludido Fengue Camacho—. Donde estoy yo no hay más que José Cipriano, el indiscutible candidato. Y tú, ¿vas para la Bermeja?

—Sí, tengo que darle una vuelta a los muchachos para que no se duerman en las guardarrayas.

—Este año tendremos buena zafra; nos llegó la hora, compadre. El azúcar cada día está subiendo.

—Yo pienso moler este año unas cuantas arrobas más para que no se queje el americano y vea que aquí, en Cuba, se le da muy dulce a la pelota y no se anda creyendo en la remolacha.

—Yo voy a sembrar algunas caballerías, —exclamó el alcalde de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico—. Ya he tomado lo necesario en los Bancos que le están ayudando a los colonos. Hasta pienso aprovechar para la siembra de caña el terrenito donde tengo una punta de maíz y algunas tablas de yuca. Para el resultado que da eso... Caña, caña, esto es lo único que hace falta y vale la pena...

Todos íbamos en silencio, pendientes de los labios de aquellos hombres, porque ellos eran los dueños de la riqueza agrícola de Cuba, ellos los nuevos colonos que al conjuro de los altos precios del azúcar habían surgi-

do de todos los ámbitos de la República como abejas afanosas en torno de la gran colmena nacional. Aun, siguieron el ciudadano de la camisa azul y el alcalde de La Ciénaga, hablando de caña, de Bancos y de millones.

No se dignaban siquiera reparar en el humilde pasaje de la "guagua". ¿Quiénes eran estos miserables gusanillos para que dos nuevos magnates de la República les hicieran el honor de una mirada?

—Si no me llueve este año, corto tantas carretadas.

—Hay mucho dinero en los Bancos, mucho dinero para el colono, compadre.

Estas eran las grandes frases que llenaban el momento actual de la "guagua" y de la República.

En menos que se corta una caña en tres trozos realizaron ventas fabulosas, trajeron todo el Haití y todo Jamaica para los campos inmensos de la planta magnífica que ondulaba en aquellas imaginaciones tropicales como un mar de oro. Por un instante, al conjuro de sus frases, perdí la noción de la realidad, y un rumor profundo, enorme y persistente llenó mis oídos con el estruendo de un alud desenfrenado. Era el dinero que, escapándose de las cajas de los Bancos de Cuba y de Nueva York, venía hacia nosotros en inmensas remesas aladas de billetes de Banco. Estas formaban nubes que obscurecían el oro puro del sol. Fueron cayendo, cayendo fajos de billetes sobre nuestra "guagua", hasta tal punto que ya estábamos sumergidos todos entre el papel de Banco hasta el pescuezo, y como temí ahogarme entre aquel oleaje de dinero liviano, símbolo de la ambición de unos y la imprevisión de otros, empecé a gritar con la poca fuerza que me restaba en los pulmones.

—¡Auxilio, socorro! ¡Que nos ahogamos!...

Afortunadamente para mí, una mano providencial me sacó del atolladero. Era Santiago Hermida que, sacudiéndome por el hombro, me decía:

—¡Arriba, dormilón! Ya hemos llegado al callejón del Tamarindo y nos están esperando Exuperancio Martínez y los caballos.

Este, adelantándose al portal de su cafetín, me abrazó, dio la mano a Santiago Hermida con gran deferencia y nos puso café.

—Amigo Camacho—murmuró, dirigiéndose al alcalde de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Par-

tido Cívico—: Este es Vicente Aldana, creo que medio pariente de mi mujer. Cuídemelo bien, como cosa mía, pues va a La Ciénaga “a empadronar a la gente”. Lo mismo le recomiendo al amigo que viene de La Habana.

El aludido Fengue Camacho se deshizo en ofrecimientos: nos preguntó en qué partido militábamos e inquirió de Santiago que cómo andaba la política por la capital.

—Como siempre, querido alcalde—contestó mi amigo, tratando de intimar.

—Pues por acá la cosa luego no anda muy bien. Como están próximas las elecciones y los otros son tan intransigentes, figúrense ustedes. Los ánimos se excitan, y hay su tiro o su machetazo. Cosa de la juventud, que no puede soportar con paciencia las provocaciones de la gente del coronel Mompié, que se cree el dueño de La Ciénaga, sin saber que en La Ciénaga, Rafael Camacho es el toro que más mea.

—Y el único oso con pelo en las patas que pesa en la Asamblea y tiene vara alta con el general—arguyó Exuperancio Martínez, encendiendo un cabo de tabaco y poniendo su autoridad de dueño del cafetín como testigo de prueba concluyente.

—Anoche —puntualizó Camacho— hubo su “rebumbio” en Muelaquieta. Parece que a los muchachos les sirvió este Exuperancio algunas copas de más y se les antojó desbaratarle el baile a Lino Morejón, uno que se moría de hambre en el pueblo porque nunca saliera en caja de fósforos, pero que se da mucha importancia, y el coronel Mompié lo tiene de perro de presa. En fin, que los muchachos le “cogieron el lomo” después de apagar el candil a taburetazos y darle a las bailadoras su pellizco cariñoso donde mejor se podía. ¡Cómo gritaban las viejas abrazando a las muchachas para llevárselas! Era para morir de risa. ¡Qué muchachos, no las piensan! Pero lo más bonito del cuento fue que al otro día un mentecato que hay aquí, que manda boberías para los papeles, dijo que en La Ciénaga mi gente siempre está atropellando a los pacíficos ciudadanos. ¿A qué le llamará atropello ese **perguétano**? Yo creo que el día menos pensado a ese escribidor vamos otra vez a darle lo suyo.

Aquí Fengue Camacho, pasándose el pañuelo por la frente sudorosa y admirándose a sí mismo por su facilidad de palabra, pidió de beber para todos.

Rafael Camacho a la primera ojeada hacía comprender al observador encontrarse ante el tipo neto del policastro de barrio. Su perfil psicológico era inconfundible. Trigueño, vivo, de carácter zumbón, con más malicia que talento, con más gramática parda que instrucción. Dentro de su regular estatura, que parecía escaparse de la tierra al compás de sus grandes frases de astuto charlatán, tenía el espíritu de un jugador de mala fe y el humorismo y la lógica de Sancho Panza.

Los primeros hechos notables de Fengue fueron ir muy pocas veces a la escuela, vocear en la calle a los desgraciados, romper faroles municipales y llevarle los trompos y las bolas a los muchachos más débiles, acostumbrados ya a sufrir la despótica tiranía del pequeño oso del barrio.

Cuando llegó el tiempo en que estas hazañas tuvieron a su ojos un carácter demasiado infantil, Fengue de la Caridad Camacho una noche entró al patio de la casa de Rafael el Tuerto y se llevó una gallina. Cosas muy dignas y loables del hijo de Mercedes Camacho.

Como ya la policía y los vecinos le habían puesto la vista para que no se perdiese el angelito, su padrastro, el honrado zapatero **Periche**, exhortó a Fengue a que aprendiera el honrado oficio de San Crispín. Es preciso que el apreciable retoño de los Camacho no haga un papel feo en el mundo. Por eso, él, Pedro Perea, alias **Periche**, padrastro y tutor de la criatura, ¿iba a dejar que sobre su persona honrada pesase por más tiempo el grave cargo de descuidado en la educación de los menores de edad, encomendados a su tutela por obra y gracia del libre concubinato?... ¡Imposible! **Periche**, a pesar de ser algo pendenciero y de atizarse de vez en vez su **Bacardi** en la bodega del catalán, era hombre que amaba el deber, porque se lo dictaba su "consensia". A trabajar, Fengue, y que se acaben ya para siempre las quejas sobre rupturas de faroles y hurtos de gallinas.

Pero estaba escrito en el libro del destino que Fengue no había venido al mundo para ejercer el oficio de zapatero. Aquello de la chaveta, la lezna y el tirapié no se adaptaban a su **idiosincrasia**. Fengue había venido al mundo para cumplir una misión más alta. Así es que muchas veces se escapó del hogar, yendo a parar al ma-

tadero, donde medio aprendió la noble profesión de matarife.

Ya por aquellos días los partidos políticos empezaban a presentar sus programas al buen pueblo soberano, y Fengue Camacho, quizás por vocación o por un designio supremo, saltó del matadero al Club político. Y un día lo vimos hecho ya un buen mozo, portando una cívica y patriótica candileja, mientras gritaba como un verdadero manifestante popular: ¡Viva el Gran Partido Cívico! ¡Viva el capitán Chiripa!...

He aquí que ya tenemos a Fengue de la Caridad Camacho, hijo de Mercedes, hijastro de **Periche**, medio oficial de matarife y ex aprendiz de zapatero, militando bajo las gloriosas banderas del Partido Cívico, a las órdenes de su jefe político el capitán Chiripa.

A las primeras de cambio, Fengue se hizo sentir y le entró a puñetazos al miembro más infeliz del partido contrario en el puesto de viandas de un chino que se llamaba Francisco. De más está decir que este hecho no pasó inadvertido. Fengue era un ciudadano de honor que sabía defender cívicamente los principios del partido. Un mes más tarde, Fengue fue nombrado vocal del Comité de su barrio, y como era hombre dispuesto a todo, además de utilizarlo su jefe para que le sirviera de escolta en el período álgido de la campaña, fue nombrado director de **La Aplanadora**, hoja periódica escrita con la loable intención de insultar duramente a los contrarios, bajo la cívica garantía del garrote de Camacho.

Así las cosas, y Fengue subiendo, subiendo, no obstante, sin haber acentuado en definitiva su perfil de héroe popular. Pero como todo tiene su tiempo en la vida, los supremos acontecimientos fueron llegados.

Ya estaban encima las elecciones, y aunque los prohombres del Partido Cívico creyeran firmemente en su triunfo, sin embargo, no las tenían todas consigo, respecto a ciertos colegios a donde era preciso moverse si se quería obtener el triunfo completo. ¿Qué hacer? Además de la gente indispensable y escogida que fuera a **manio-brar** a las mesas, hacía falta otra cosa, por ejemplo: un hombre de absoluta confianza que, al frente de algunos ciudadanos bragados y dispuestos a todo, impidiera la votación de los carneros que manejaba en el campo el brigadier Carrera.

¡Un hombre, Dios santo! ¿Dónde se encontraría ese hombre ...

Parece que la Providencia en ciertos casos ilumina la limitada conciencia del mortal sobre la tierra, porque el capitán Chiripa, poniéndose de pronto frente a Fengue de la Caridad Camacho, le dijo, proféticamente, señalándole con el dedo heroico:

—Fengue, tú eres el hombre.

Hay voluntades que se acatan porque ellas parecen entrañar las fuerzas ocultas y profundas que empujan los grandes acontecimientos. Por eso Fengue, quizás ignorante de que en aquel momento solemnísimo estaban para abrirsele las sagradas puertas del heroísmo, respondió acatando el supremo mandato:

—Usted lo ha dicho, capitán: yo seré ese hombre...

Efectivamente, Fengue fue el hombre, porque hizo todo lo que en ese caso hacen los que son formados de la santa madera de los Fengues de la Caridad Camacho. Había triunfado merced al concurso de Fengue el Gran Partido Cívico.

Cuando Fengue, acompañado de la plana mayor llegó al Club, un gentío inmenso vociferaba frenético aclamando a los triunfadores. Entonces la voz más autorizada y elocuente del partido, después de haber exaltado hasta el delirio el alma tornadiza, obscura e infantil de la muchedumbre con la brillante y pomposa retórica de estos casos, gritó, mientras hacía subir a Camacho a la soberana tribuna pública:

—¡Pueblo; dad también un viva a este gran ciudadano, a este grande hombre, a este incomparable Fengue de la Caridad Camacho, cuyos servicios a la Patria, al Partido y a la dignidad nacional nunca serán bastante recompensados!

Un grito profundo y clamoroso salido del alma varía de la muchedumbre respondió a la petición de la voz elocuente y autorizada:

—¡Viva el gran Fengue de la Caridad Camacho! ¡Viva el gran Partido Cívico! ¡Viva el capitán Chiripa!...

¡Oh tierra, digna de un destino más alto! ¡Oh tierra, muy amada, a pesar de la vanagloria y del ron! Acaba de entrar en el Olimpo del heroísmo popular el hijo de Mercedes Camacho, hijastro de **Periche**, medio oficial de matarife y ex aprendiz de zapatero, en tanto que una especie de banda de música llenaba los patrios aires con las notas triunfales del himno inmortal de Bayamo.

INSINUANTE y familiar, con algo de imperio fanfarrón en su charla enfática salpicada de un gracejo vulgar, satírico y chocarrero, Fengue Camacho mandó a un hijo de Exuperancio Martínez que le trajera la yegua y la montura del potrero de enfrente. (Fengue Camacho siempre tenía en todo sitio estratégico una montura y una yegua). Poco tiempo después brincó ágilmente sobre la bestia, y como si nos conociera toda la vida, nos dijo:

—Vamos para La Ciénaga, muchachos, que se hace tarde. ¿A dónde van a parar ustedes?—inquirió después.

—Vamos a la casa de don Venancio La O.

—Don Venancio es compadre mío, y de los nuestros. Vale lo que pesa el compadre Venancio. Yo le bauticé un muchachito que murió de un atracón de plátano macho. Es muy bueno don Venancio. En su casa estarán ustedes como reyes. Tiene dos hijas que tumban. ¡Qué buenas hembras, compañeros! Al habanero, que no se ande haciendo el resbaloso en cuanto las vea, porque el compadre Venancio es muy largo y cuando otros van él ha llegado. Nadie como Venancio para saber hacer las cosas. Por su arrastre electoral y su política se ganaron las elecciones antepasadas. No hay que negar que el hombre se movió.

Aun siguió Fengue Camacho hablándonos mientras galopábamos por un terreno difícil, lleno de charcos y vericuetos. A derecha e izquierda la magnífica planta de azúcar, causa de tantos afanes y ambiciones, ondulaba como un mar inmenso de esmeralda hasta perderse en la lejanía, mientras el viento traíanos la sensación múltiple y profunda de las montañas orientales, en cuyas cumbres imponentes caía el oro milagroso del sol.

Al atravesar el puente del Gíbaro se incorporó a nosotros una amazona acompañada de un mozalbete. Fengue Camacho le hizo el invariable cumplido galante y dirigiéndose a Santiago Hermida, murmuró:

—Aquí tiene usted a la hembra más bonita y hermosa que trae vuelto locos a todos los muchachos de La Ciénaga.

Santiago Hermida afirmó la exclamación del alcalde de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico. Ella respondió riendo con todos los ojos y con toda la boca:

—Siempre está Fengue con sus bromas.

Era de un busto potente y mórbido, de color moreno, de ojos de mirar provocativo y hondo y de cabellos que ondulaban con reflejos de bronce y ébano bruñido bajo su ancho sombrero de empleita. Venía de la finca de su padre, el acomodado agricultor Etelvino Fundora. Había ido a ver los nuevos terneros que pariera su vaca predilecta, que se llamaba "Florinda", la del lucero blanco en la frente bermeja.

Ahora a lo largo del camino la conversación se hizo animada y cordial, mientras los caballos levantaban una ligera nube de polvo bajo los cascos herrados.

Santiago Hermida admiraba aquella cara expresiva, cuya nota más personal era la boca, una boca ardiente con labios sensuales de un dibujo preciso, por donde asomaban los dientes firmes y de una blancura deslumbradora. Perspectiva simétrica que como maravilloso teclado daba los tonos profundos del amor físico. Esta beldad campesina se llamaba Conchita.

Como Fengue Camacho le hablara de Ramón Paneque, el galán terco y obstinado que la persiguiera desde hace cuatro años, ella, soltando una carcajada sonora y envolviéndonos en el brillo de sus ojos y sus dientes de perra joven, afirmó:

—Ese sencillito al fin acabará por cansarse. Todos son lo mismo. Ni caso les hago.

Ya próximos a La Ciénaga, el sol se acercaba al cenit y nuestras sombras se deslizaban sutiles como un desdoblamiento del "yo" bajo el vientre de las bestias. De la tierra morena ascendía hacia el aire saturado de luz un vaho calcinante, mientras Conchita Fundora conversaba y reía con todos los ojos y con toda la boca, que invitaba al amor bajo la fronda tupida del follaje de julio.

Para llegar a la casa de don Venancio La O tuvimos que vadear un charco, pantano enorme y sombrío de cuya ingrata realidad acaso tomara el poblado el nombre de La Ciénaga. La gran charca, llena de un limo verdusco, amarillento y turbia como la pupila enferma de aquel paraje imponente y solitario, bajo los rayos oblicuos del sol, que se filtraban a través de la pompa movable y espléndida del follaje profuso, arrojaba desde el abismo de su seno precario el vasto aliento emponzoñado de una vegetación que se pudre, como un símbolo obscuro del alma humana en los diversos charcos del mundo.

El paisaje donde se hallaba La Ciénaga era bello, pero tenía un no sé qué de tétrico y desolado que causaba en el espíritu y en la carne un involuntario estremecimiento, a despecho del floreciente cañaveral, que hacia la izquierda comunicaba al paisaje una verde y risueña perspectiva de agua de mar o de esmeralda líquida. El monstruo era insaciable y pérfido. Todo lo que llegaba a su vientre no volvía a salir vivo más nunca. Se cuenta que se había tragado hombres, animales y cosas. ¡Ay del ignorante que pusiera la planta confiada sobre aquel cristal turbio y tranquilo de agua estancada! La ciénaga, obedeciendo al sortilegio de su infernal atracción, lo iría enguyendo lentamente, muy lentamente, con una precisión irresistible e inevitable hasta hacerlo desaparecer de la luz pura del sol. Lo envolvería hasta tragarlo con la perfidia disimulada y atroz de esos torvos medios sociales donde muere toda alta y noble esperanza de la Naturaleza humana, porque tienen de la ciénaga su brillo falso y siniestro y su privilegio fatal de devorar mansamente, traidoramente, sosegadamente...

Comprendimos mi amigo y yo la belleza horrible de aquel sitio antes de llegar a nuestro destino. Comprendimos que la protesta de un grito o de un lamento sería inútil dentro de aquel gran charco. Tal vez por eso, Conchita Fundora, mirando a Santiago Hermida con sus ojos misteriosos y negros, le dijo, mostrándole sus dientes blanquísimos donde se reflejaba su sugestiva sonrisa de sirena rústica:

—Si usted se cae ahí con su caballo, trabajo le doy para que salga, si no le echamos algo donde agarrarse. Son muy malas esas **tembladeras**.

Santiago Hermida se estremeció a pesar suyo, y sin saber por qué tuvo odio y deseo repentinamente por aquella mujer.

IV

A COSTUMBRADO a la vida de La Habana, la primera impresión social que recibió Hermida en La Ciénaga fue menos que mediana. A mí La Ciénaga no me pareció ni buena ni mala. Además, yo había ido allí para enumerar.

Santiago se hubiera escapado al otro día, pero recordó que se había prometido escribir una novela patriótica y nacional. Sin duda, el trato de la gente era sencillo y hasta afectuoso, salvo las arrancadas del señor alcalde, las bravuconerías de Mongo Paneque, el perpetuo chismorreo de los vecinos y las discusiones zafias y tumultuosas sobre política. Quitándole todo eso y algo más, indudablemente La Ciénaga era bastante soportable, con sus siembras de frijoles, de yuca y de maíz, sus numerosos plataneros y sus extensos campos de caña, de los cuales el mayor era el de don Venancio La O, nuestro huésped cordial, rico terrateniente de positiva influencia personal, que el día de las elecciones era el que iba a buscar a su casa a los muchachos para llevarlos al colegio electoral a votar, y a cuyo frente se colocaba por derecho propio el noble patriarca agitando la bandera de la patria, mientras la gente gritaba entusiasmada: "¡Viva el coronel don Venancio La O!...".

Don Venancio tenía bastante gramática parda y alguna instrucción, una larga barba que lo hacía demasiado respetable y le llegaba hasta el pecho. Vivía feliz con su mujer, Dolores Machuca, y sus hijas, dos vírgenes rústicas que iban al pueblo cuando había fiestas nacionales, vestidas de azul, y que se llamaban Camila y Lolita.

El poblado de La Ciénaga no tenía una bella apariencia, pero era bastante regular. Allí todos se conocían como a sus propias narices, y se daban los buenos días con la mayor tranquilidad del mundo, a excepción de cuando no había taburetaos y candil apagado en los bailes, machetazos en la valla de gallos y choques de palabras gruesas en la casa del señor alcalde, que era el Club político de La Ciénaga, y que sostenía el Partido Cívico.

La casa más importante de La Ciénaga era esta donde parábamos, la de don Venancio La O. Hermosa casa de tablas, pintada de azul, hecha por un buen maestro carpintero de Tontópolis, y que tenía un portal ancho y confortable donde todos los días del verano ardiente Lolita y Camila se sentaban en los balances de mimbre, en tanto que sus dedos hacían labor de fina randa y el viento traía a sus sentidos, vírgenes todavía de intensas sensaciones, el aliento turbador de la tierra sembrada y de la selva embriagada y embriagadora bajo el abrazo múltiple y fecundo de la lluvia.

Seguíanle en importancia la casa del viejo Fundora, que tenía una especie de balconcito primoroso, lleno de matas de flores, y hacia el cual trepaba desde el suelo una tupida y bella enredadera. Desde aquel balcón, como una castellana tras de su celosía, la sugestiva Conchita gustaba de turbar con su miradas irónicas, hondas y ardientes, el alma rústica de sus adoradores, entre los que se destacaba por su constancia y ardor Mongo Panque, galán apasionado y vehemente, que tenía buena fama de bailador y de camorrista; que había aprendido a tocar la guitarra y el acordeón; que era un magnífico agente electoral, se jugaba en caliente el dinero a la pata de un gallo, y que, para pasarle a la dueña de sus pensamientos bajo su balcón florido, se ponía un sombrero de finísima jipijapa y montaba un caballo soberbio, por el cual le daban lo que pidiera, pero que él, Mongo Panque, no lo vendía por todo el oro del mundo.

No haciéndole un desprecio a la casa del señor alcalde y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico, las demás eran humildes y apartados tabucos de guano y yagua, donde entraba el viento como perro por su casa, para reirse de los dueños en sus propias narices. En ellas moraba el pobre sitiero, el hombre del azadón y la chamarreta, que ganaba con el sudor de su frente "el triste jornal" en las fincas de los príncipes rurales de La Ciénaga, señores de espuela y machete, con mucha gramática parda y ninguna ortografía. Ellos, los hombres de la gleba, para todo llamamiento importante de la Patria o del Gobierno, formaban el ineludible contingente montado a caballo y a las órdenes de don Venancio La O y de Fengue Camacho.

La segunda noche de nuestra estada en La Ciénaga, la casa de don Venancio recibió los honores de una recepción. Toda la gente importante que tenía que perder quiso ver aquel personaje de La Habana, que había llegado con otro, acompañado de Fengue y de Conchita Fundora. También la expectación había hecho presa en el alma del montuno, porque todos, sin que nadie se lo hubiese referido, decían que Santiago Hermida era un comisionado del Gobierno, que había llegado a La Ciénaga a ordenar eso del reparto de las tierras del Estado. Pero los prohombres del lugar, que estaban en el secreto, se reían en su interior de la credulidad infantil del pobre guajiro, aunque se cuidaban muy bien de sacarlos del error.

Los personajes de La Ciénaga habían estado en la guerra, y en la cuestión de las tierras del Estado, todo lo hacían por puro amor a la Patria.

Aquella noche, pasadas las excesivas muestras de hospitalidad a los visitantes, hubo una conversación trascendental en la morada del notable patriarca don Venancio La O. Todos admiraban “la mucha palabra” de Santiago Hermida, y hasta Fengue Camacho afirmó, con su desenfado astuto de buen Bertoldo en Palacio, que el habanero debía meterse a político, pues contaba con una buena lengua cívica, que hablaba sola.

—Tiene mucha prosa y buenas intenciones — decía sentenciosamente el venerable don Venancio, moviendo con lentitud la cabeza, con el aire grave y solemne de un médico en concilio. Se acariciaba la luenga barba, mientras su mujer, Dolores Machuca, a cada párrafo sugestivo de Hermida, murmuraba con obstinada simplicidad campesina:

—Eso, eso. Pa que vea... “Anjá”..

Camila y Lolita eran todo ojos y oídos para Santiago, que veía en aquellos semblantes bonitos e impersonales el efecto de sus palabras, un tanto enfáticas y fuera de ambiente.

Fengue Camacho estaba en su elemento y, de vez en vez, ponía un subrayado brutal a la conversación del hombre de La Habana, para que todos se dieran cuenta de que él, a pesar de ser rústico, estaba al cabo de la calle en todas las cuestiones. Por eso, Bartolo Medel a cada rato le guiñaba los ojos a su mujer; Tomasa del Sacramento, como diciendo:

—Nuestro gallo será rústico, pero es fino y da con las espuelas.

—Este Fengue Camacho es mucho Fengue—barbotaba su viejo padastro, Antonio Zambrano. Palabra de honor que la conversación era muy edificante—. ¡Qué lástima que no estuviese allí el comandante Fundora, pero el “probe” de noche no podía salir de su casa por tener un padecimiento en el “padrejón”. Mas, de un momento a otro, aparecería su hija Conchita y después Monggo Paneque, como la sogá tras el ahorcado.

—Lo que me apena infinitamente y al mismo tiempo me subleva —decía Hermida— es el gran abandono en que vive el campesino cubano por parte de los Gobiernos. El es constantemente la víctima de aquellos que un día eligió para bien de la Patria y que luego, ya en

la Cámara, se conducen con la misma torpe conducta del último pícaro. Porque este representante a quien el ingenuo guajiro da su voto sabe más de mujeres que de Economía Política, sabe más de agio y trapisondas que de leyes beneficiosas para el país. Porque este representante, a quien el pueblo saca de la nada, al fin se convierte en el enemigo más pernicioso del pueblo, y en obsequio de su interés personal no vacila en defraudar las esperanzas puestas en su honor con un vivo interés y una dolorosa confianza.

¡Oh la comedia tristemente grotesca de nuestros legisladores provincianos! Casi siempre más incompetentes e ignorantes que un artesano estudioso, van a la Cámara a estar constantemente callados por causa de no tener nada bueno y útil que decir, pero que después van a cobrar muy tranquilamente su sueldo a la nación como si lo hubiesen trabajado con ideas salvadoras o con el sudor de sus frentes.

—Eso, eso — repetía la buena de Dolores Machuca, fiel matrona del hogar respetable de don Venancio La O.

Yo, un poco menos crédulo, murmuraba malicioso, para mi capote, como en el cuento de Benjamín Franklin: “Este Santiago Hermida tiene un hacha que afilar y ya la está preparando”.

—Esa gente banal y egoísta ignora que el campesino cubano es el más digno de protección y amparo. Viviendo en la verdadera entraña de la Patria, es nuestra única reserva de vida, nuestra garantía económica y nuestra afirmación más segura y fuerte. Pasan los Gobiernos, las situaciones y los hombres mientras él permanece inmutable, como la tierra tutelar que le sostiene y que labora con el tesón infatigable del que realiza el mandato imperioso del suelo nativo y la voluntad secreta de sus más puros y pacientes predecesores. Y, sin embargo, el pobre campesino no tiene buenas carreteras por donde conducir sus frutos, no tiene puentes y caminos transitables; ni siquiera tiene tierra propia donde caerse muerto.

Aquí Fengue Camacho se sonreía con malicia, pensando seguramente allá en sus interioridades de alcalde de La Ciénaga: “¿Cómo diablos va a tener tierra propia el “probe” campesino, si se dice por ahí que nosotros nos la cogemos y hasta se la vendemos al americano?”

En medio del general silencio, la voz de Santiago Hermida cantaba, cantaba el mismo canto repetido hasta el infinito y casi nunca cumplido.

—Hora es ya de que se piense en la suerte del campesino, le faltan hombres de inteligencia y de buena voluntad que le cumplan lo que le ofrecen.

—Eso, eso—murmuraba una vez más la ingenua esposa del coronel La O.

—Yo me considero indigno de representar al pueblo en la Cámara, pero si algún día él me otorgara su confianza, toda mi labor sería en pro del hombre de los campos. De todos los ciudadanos de la República, él es el más merecedor de todo interés, porque escarnecido y olvidado de todos vive en su patria como extranjero.

—Tiene mucha razón—volvía a repetir don Venancio La O, encendiendo un enorme tabaco torcido en la casa, mientras que el viejo padrastro de Fengue Camacho, poniendo sus manos enormes sobre los hombros del orador, exclamaba entusiasmado, como si estuviese frente a una tribuna pública:

—Compañero, usted sí comprende bien la necesidad del “probe” guajiro.

—Como que sabe de dónde le aprieta el zapato y quiere arreglarlo—objetó Fengue Camacho con tono zumbón, y entornando con malicia sus ojillos vivos y picarescos de políticaastro, que astutamente ve un rival más elocuente en el porvenir.

Don Venancio sentenció:

—Bien se ve que el señor Hermida está muy penetrado de lo que dice.

A lo que la digna consorte del patriarca agregó:

—“Anjá”... , eso, eso mismito iba a decir yo.

—¿Y por qué no lo dijiste antes, bachillera?—respondió vivamente don Venancio.

—Pues porque no me salió “en seguía”.

—A ti sólo te han salido “en seguía” las canas y el reumatismo.

Todos rieron la gracia de don Venancio, mientras Fengue Camacho insinuó galante:

—Sin embargo, Lola es muy capaz todavía de darle la delantera al compadre Venancio y cogerlo cansao en medio de la guardarraya.

Aquí entró en escena un equívoco escarceo de donaires montunos, bajo cuya capa grosera, de una mali-

cia primitiva, jovial y pintoresca, quedó sepultada la conversación trascendental de Santiago Hermida.

Volaban las frases de unas bocas a otras con zumbido sutil y rumoroso de abejas de la tierra. Era la alegría gruesa, el chiste taimado y socarrón, la malevolencia oblicua, la bondad simple y el buen humor perenne que moran en el alma del campesino cubano como una hermosa flor cargada de avispas, que, de pronto, al ser sacudida por una mala intención, un secreto anhelo o un vivo deseo, éstas zumban en torno de todos con ardor, buscando el sitio vulnerable del alma o del cuerpo para clavar el aguijón sutil y fulgurante. A cada infusión de cantáridas que lanzaba a la timidez aparente de las muchachas Fengue Camacho, como el que no quiere las cosas, el alma gruesa de aquella gente se desbordaba en sonoras carcajadas, y era de ver cómo las caras de Lolita y Camila se cubrían de un rubor escarlata, en tanto que los ojos, dilatados en una expresión infinita de sensual regocijo, denunciaban la única verdad del alma y de los sentidos.

Santiago Hermida comprendió que ese candor infantil que el hombre de la ciudad atribuye al guajiro no es más que un mero espejismo del momento en que el campesino se presenta ante su vista con el aire más bonachón del mundo. Pero allí, en su propio ambiente, el alma del montuno es otra cosa, porque en ella, aún más que en las almas ciudadanas, están más vivas, más fuertes y espontáneas todas las pasiones que informan la vida del hombre sobre la faz del planeta.

—Abra los ojos, “camará”, y vea bien, que ustedes los del pueblo, que lo saben todo, a veces confunden el melón con la güira y la yuca con el plátano—borbotó, como él sabía hacerlo, el viejo Antonio Zambrano.

Aquí nuevas carcajadas de todos, en las que sobresalían las del sorprendente Fengue Camacho.

En estos momentos culminantes de la buena broma campesina, apareció en el umbral de la puerta la cara sonriente de Conchita Fundora. Una exclamación de frases llamativas y envolventes la circundó, como el vapor cálido que surge de la tierra mojada después del paso ligero de una nube de julio. Conchita se lanzó hacia el centro de aquel mar de jovialidad campesina, con todas las velas desplegadas. Le disparó a Santiago Hermida frases que tenían la dulzura y el ácido de una naranja. Santiago contestó hasta hacer prender en los ojos de la

muchacha lampos de llama, en tanto que llegó Mongo Paneque, que con su aire adusto y receloso de adorador sin fortuna echó un jarro de agua fría sobre aquella viva fogata.

Menudearon los chistes a costa del galán desdeñado. Este se tornaba satírico y sarcástico, mientras que la boca de Conchita le daba a los ojos de Santiago Hermida el brillo deslumbrador de sus dientes blanquísimos, que por virtud de la loca risa cobraban ante la vista de todos el prestigio de una belleza nueva.

—“No está la carne en el garabato por falta de gato”—puntualizó don Venancio con gracejo sutil. Y a fe que en aquellos momentos el alma de Mongo Paneque debía de parecerse a un gato que por instinto presiente la llegada de otro gato, que salta al tejado para disputarle bajo el fulgor de la luna la hembra que esconde la dulzura y el veneno del amor bajo el estuche de su pata de seda.

V

¡CONCHITA Fundora! La flor de La Ciénaga. Su perfume fuerte y violento exacerbaba el fácil instinto de posesión de los montunos. Todos la deseaban: los unos en secreto, los otros haciéndole una corte obstinada. Pero ella, que se sabía hermosa y superior al medio en que vivía, con una crueldad siempre latente en el alma femenina, que se ensaña con los que no le interesan, gustaba de turbar hasta el delirio y el arrebató el alma rudamente primitiva de los muchachos del campo, a quienes a veces ponía hasta el rojo blanco, para después reírse con una sonrisa inconsciente y loca en sus propias narices. Por ella había habido trifulcas tumultuosas en los bailes. Cuando se presentaba con su eterna sonrisa y su traje más llamativo, todos los jóvenes querían bailar con ella. Se encendía la mirada de recelo y de rivalidad en los ojos de las otras doncellas, para luego acabar la fiesta, por culpa de la endiablada muchacha, como el rosario de la Aurora. Una noche Mongo Paneque le descalabró la cabeza con un taburete a Manuel Pernía. Terciaron los partidarios de ambos, y durante algún tiempo sólo se vio

en torno del pacífico bohío “el chisperío y la candela” de los machetes. De resultas de esto salieron tres heridos, pero la cosa se quedó así porque Fengue Camacho, alcalde del barrio de La Ciénaga y delegado de la Asamblea por el Partido Cívico, “se había metido de por medio”. Indudablemente, cuando Fengue Camacho se metía de por medio, ni una palabra más: la cosa se quedaba así.

A Fundora, al principio, aquello le hacía gracia; pero, al fin, concluyó por llenarle la cachimba de tierra.

—Déjate de sonsacar a los muchachos, condená, porque el mejor día va a haber una desgracia.

—Pero viejo, si yo no les hago nada; ¿tengo acaso la culpa de que me persigan como a una vaca “desperdigá”?

—Anda, fantasiosa, que tú les soliviantas. ¡Carijo, con esa pila de **pergüetanos**! ¡Ni que fuesen perros!

Aquí intervenía el amor maternal para decir:

—Por eso, como perros hay que tratarlos. Yo tú, los metía en cintura.

—Sí, a esa pila de haraganes hay que sacudirlos como a los tábanos.

Sin duda, entre todos el más obstinado era Mongo Paneque, cuya pasión era violenta y de acuerdo con su carácter taimado y al mismo tiempo terco y pasional. Al principio, Conchita Fundora se sintió halagada en su amor propio de guajira hermosa al ser objeto de la pasión de aquel tenorio rural que usaba zapatos escandalosamente amarillos y cinturón con hebilla de oro, cifrada, lo mismo que en el pueblo, por quien muchas suspiraban, tanto, que todas le guardaban rencor por juzgarla causante del desvío de su galán.

—Como siempre anda tan “salía”, es claro, los hombres quieren aprovecharse.

Sin embargo, Conchita Fundora había declarado que aquel moscón que constantemente zumbaba en torno de su cabeza con zumbido molesto e importuno, ya la tenía “jarta”.

—Caramba con el **zorairo**, si querrá que lo quieran a la fuerza.

Ya le había hecho miles de desprecios. Cuando iba a su casa viraba la escoba detrás de la puerta. Hasta había rezado la oración del justo juez y otras oraciones muy eficaces para espantarle como al enemigo malo. ¡Pero ni por esas! Mongo Paneque era infalible contra toda clase de oraciones. A pesar de los desprecios, las burlas, las oraciones y la escoba virada detrás de la puerta, allá se

iba Mongo tras la falda rumorosa de su prieta adorada, como el fuego fatuo tras lo que agita los gases en suspensión... Paneque no escuchaba más que a su propio deseo y se decía mientras temblaba en sus pupilas de acero un brillo fugaz, que llenaba de pronto su semblante moreno de un resplandor sensual y diabólico:

—¡Tendrá que ser mía!

—Suya, suya —le contestaba airada Conchita—; primero me cuelgo del tamarindo.

—Sí, mía, y de nadie más —murmuraba Paneque con un trémolo sordo y profundo en la voz que semejava un rugido lejano.

—¿De usted?, ¿de usted?, vamos, no sea sencillo y déjeme quieta, que ya me tiene muy cansada.

Al decir esto viraba la espalda y le dejaba plantado. Sin embargo, se iba presa de una vaga inquietud y medrosamente turbada, por haber visto en los labios y en las pupilas de aquel hombre el eterno signo infundible del amor sin venda.

VI

DESIDERIA Ramírez, pacífica y prudente desde muy niña, y que sólo fue coqueta exclusivamente para don Etelvino Fundora, que cuando mozo era demasiado tímido y la enamoró tirándole piedrecitas, para esconderse luego en los matorjos, por aquello de que el amor le daba mucha vergüenza, decía con frecuencia al contemplar el ruidoso torbellino que levantaba su hija Conchita ante su paso de beldad rústica y sugestiva:

—Esta “destornillá”, no sé a quién ha salío así.

Cuando hablaba con sus íntimas solía lanzar su lamento favorito:

—¡Qué tiempos, comadre Mercé, qué tiempos! Parece que hoy todas nacen con el demonio en el cuerpo. En nuestros tiempos, a las muchachas había que sacarlas del aposento de juro a Dios cuando llegaba el “enamorao”. Ahora, ellas son las que le saltan delante. En mi tiempo, aun mucho después de casadas, eran tímidas y no se tomaban la confianza. “¿Está la señora en la disposición de recibir al caballero?” Eso, eso era lo que decía el “ma-

rió" a su mujer cuando venían de la iglesia. Hoy, hasta en las propias narices de una se "sobajean", como los animales, mientras dicen las muy sinvergüenzas: "Dame un besito **cortao**, mi negro lindo". ¡Demontre, eso es lo que aprenden en el maldito **cinematrógrafo**!

—¡Qué tiempos, comadre Mercé, qué tiempos!

—Como que anda el **diaño** suelto, comadre Desideria.

Desideria Ramírez era el tipo de la guajira buenaza y sin imaginación, que obedece al marido ciegamente, sólo se ocupa de su casa y que nunca sufrió las intensas sacudidas de otra pasión que no fuera la de su esposo. Había tenido cuatro hijos: Conchita, María Julia, José Miguel, que estaba acabando de aprender en un buen colegio del pueblo, y el pobrecito Epifanio, que murió con el pescuezo torcido de resulta de la caída de una mata de mango. ¡"Probe" Epifanio! Cada vez que se acordaba de la desgracia se le saltaban las lágrimas.

De todos, Conchita era la que le daba más que hacer. De Fundora no se diga: había sido un marido como lo manda Dios. Verdad que al año de casado tuvo por ahí su corteja "escondía"; de vez en cuando se apareció con su trago que tomara en el pueblo, en compañía de los amigos, y hasta dicen que había tenido amores con la mujer de un infeliz trabajador de la finca en el cañaveral de La Ciénaga; pero fuera de esto, él no le dio quebraderos de cabeza. Ahora, ya un poco viejo, en tocante al amor, Etelvino Fundora casi no se acordaba de que existiese en el mundo ni siquiera su mujer. Se ocupaba de otras cosas más serias. En la actualidad tenía algo para ir tirando de la "probe" vida: su finquita con algunas cabezas de ganado, sus siembras de frijoles, sus cuatro matas de plátanos y el gran cañaveral que estaba detrás del de don Venancio La O.

En "cuantico" José Miguel acabara de aprender, Fundora estaba pensando mandarlo a La Habana para que se hiciera picapleitos. Así sería el guardián de la casa, para defenderla contra los papeles de los "abogaos", que en eso de los repartos y los deslindes son el mismísimo diantre.

Todo estaba previsto de antemano y decidido por el jefe de la familia; sólo Conchita con sus cosas ponía un poco de inquietud en aquellas almas fundamentalmente simples, en cuanto al problema de la psicología femenina. ¡Qué muchacha, santo Dios! Don Etelvino no la comprendía a derechas. Si se tratara de dirigir unas elecciones y

prepararle una astucia a los contrarios, él encontraría siempre el modo.

Lo había hecho tantas veces, que ya se los sabía de memoria. Pero en lo tocante a la manera de comprender a Conchita, estaba ciego. Aquella boca de labios un tanto gruesos, que reían constantemente; aquellos ojos vivos por donde cruzaban relámpagos fugaces, denunciando la presencia de un temperamento cargado de voluptuosidad que comienza a despertar; aquella linda cabeza de cabellos ondulados con reflejos de bronce y ébano bruñido, que escondía la nata mentalidad de la mujer nacida para la vida de la sensación y del puro goce fisiológico, ciertamente no tenía secretos para el hombre curtido en las viejas lides del amor. Sin embargo, para Fundora era un enigma el juego meramente instintivo de esta muchacha imaginativa y sensual; no obstante, aquel que lograra herir su imaginación y su sensorio con el ardor de las palabras embriagadoras, cogería con sólo estirar el brazo aquella hermosa fruta del campo libre y rumoroso, próxima a desprenderse del árbol, obedeciendo a la presión intensa de su propia miel.

Desde niña Conchita fue así. A la edad en que otras piensan en jugar con muñecas de trapo, corretear por las veredas y las pequeñas colinas como cabritas inquietas, bañarse en el río y trepar a los árboles para coger la fruta más dulce, Conchita Fundora se entretenía en pintarse las mejillas y los labios con colorantes silvestres, hacer diminutos pantalones para niños imaginarios y jugar con los muchachos a marido y mujer. A los doce años había tenido un novio, un mozalbete zafio y ruidoso que se llamaba Telésforo tenía un lobanillo en la frente y era hijo del mayoral de una finca de don Venancio La O. Con él hacía diabluras a las buenas comadres del lugar y sorprendía a las gallinas echadas en sus propios nidales para robarle los huevos y hacer comidas para su buen hombrecito, que ya iba pensando en casarse con la hija del comandante Fundora; mas terminaron las relaciones porque ésta un día le descalabró por haberse atrevido más de la cuenta.

A medida que el tiempo pasaba, Conchita se iba haciendo mujer, y un buen día abandonó definitivamente los juegos, según ella, impropios de su edad, para mirarse al espejo. Debió encontrarse indudablemente linda, porque se dio cuenta de que los hombres la admiraban por hermosa. Ella gozaba lo indecible cuando en los bai-

les, reuniones y bautizos los jóvenes la preferían, repitiéndole lo que ya no ignoraba.

—Compañero, es mucha hembra esa Conchita Fundora. Si me quisiera me casaba con ella “en seguía”.

—No se ha hecho la rosa “pa” el “jocico” del perro —decían los otros al que se entusiasmaba demasiado con aquella beldad campesina, mal escondiendo ese secreto móvil de rivalidad rencorosa que surge en todos los hombres frente a lo que les seduce por igual, aun sin la esperanza de lograrlo o de merecerlo.

Entretanto, ella era de todos el punto culminante hacia donde se dirigía la onda profunda y oscura del deseo que arranca del instinto vital de la especie.

Conchita Fundora tal vez hubiese cedido a los requerimientos de algún galán más saliente y acomodado; pero una larga temporada en la ciudad le hizo tener de sí misma otro concepto, dirigiendo su imaginación hacia un punto más alto que no acertaba a concretar todavía. Los del pueblo le habían dicho mil cosas lisonjeras que le gustaron más que un caramelo de rosa. Con nuevas amigas había ido al cine muchas noches. Allí fue donde se definió el sentido de su aspiración.

—¡Si los jóvenes de La Ciénaga fueran como esos que salen en el cine, tan galanes y pulidos y que saben besar tan bien a las muchachas! Después de haber visto a uno elegante y bonito, ¿quién iba a hacerle caso a Mongo Paneque, con sus zapatos tan amarillos y su cabeza siempre llena de sudor y de pomada?

Al regreso al lugar de los suyos le persiguió mucho tiempo la visión de los galanes del cine, mezclada a una desconocida nostalgia y a sensaciones turbadoras y oscuras de lujo, voluptuosidad y refinada galantería. ¡Si ella pudiera vivir en la ciudad y casarse con uno como aquellos!

En esa disposición psicológica fue cuando vio por primera vez a Santiago Hermida. Al cruzar el puente del Jíbaro se había encontrado con él, y desde ese momento le llamó la atención su figura y su modo de hablar. Después en la casa de don Venancio La O ya le había gustado “el aquel de su persona”. Además, ¡tenía los ojos tan bonitos y conversaba tan bien! Y ese “condenao” de Mongo Paneque, siempre detrás de ella. Se había aparecido allí como perro en misa. ¿Qué quería el muy sencillo? Hasta había mirado al otro con recelo y sospecha. Si a ella le diera la gana de quererlo algún día, ¿qué le

importaba a ese bruto? Todo esto pensaba Conchita al salir de la casa de don Venancio La O.

Cuando llegó a la puerta de su casa quedóse pensativa, mirando hacia el cielo, donde las estrellas resplandecientes y dulces, parecían enviar a la tierra misteriosos signos lejanos.

—¿En qué piensas, muchacha?—exclamó el comandante Fundora al ver entrar a su hija, contra su costumbre, tan poco viva y locuaz.

—En nada, viejo; sólo vengo molesta con ese Mongo Paneque, que no me deja ni a sol ni a sombra. ¡Tan odioso!...

Momentos después Conchita Fundora, echada indolentemente en su cama de virgen rústica, por primera vez en su vida soñaba, soñaba despierta y en sus sueños se reflejaba ahora, de una manera precisa, el agradable perfil de un hombre parecido a uno que había visto una noche en el cinematógrafo.

VII

—**A**HORRA, a escribir esa gran novela para pasmo de las generaciones venideras. ¿Cuántas cuartillas has escrito ya durante mis jornadas enumerativas, Santiago?

—¡Qué sé yo!

—¡Demonio!; tu novela está como la mayoría de nuestros problemas: al principio de la primera cuartilla. En cambio, habrás escrito demasiado en los ojos de Conchita Fundora, ¿cómo va eso?

—Calla y vete a enumerar, hombre impertinente y curioso.

—Mucho cuidado, mucho cuidado, muchacho, que vivimos en la región de los ojos innumerables. Mucho ojo con lo que se hace y con lo que se dice. Mongo Paneque se ha olido el tocino y anda diciendo por ahí que ese bobo del pueblo le cae como una caoba y que quisiera tan sólo tropezar con él para romperle un hueso. Mucho cuidado con Mongo Paneque, que es muy bruto, y además usa zapatos de un color bastante subido. Imagino que como el color del calzado así debe de tener el genio.

—Ese Mongo Paneque no es más que un guajiro des-
pechado. Que se pele y no se ponga en la cabeza tanta
pomada. Dice Conchita que quisiera verle la cabeza, con
pomada y todo, a donde tiene los zapatos color de fie-
bre.

—Yo creo que Mongo debe limpiar sus zapatos con
manteca rancia.

Aquí Santiago Hermida, después de saltar alegre-
mente de la cama, concluyó por reírse y tirarme uno
de sus zapatos.

—Vete a enumerar, que ya es hora—me dijo.

—Bien, me voy a enumerar, y ojalá que cuando re-
grese por la tarde tengas escrito por lo menos un capí-
tulo, y Conchita se te haya salido de la cabeza como el
humo.

La mañana era maravillosa. Parecía un vasto cua-
dro donde un pintor genial hubiese agotado los matices
más bellos de su paleta. El sol, aún en el comienzo de
su carrera; desde las altas crestas del Este arrojaba su
lumbre deslumbradora sobre el extenso cañaveral que
ondulaba a la distancia cual un mar. Como grandes y te-
nues jirones de algodón, entre el resplandor del cielo,
vagaban las nubes predilectas de la mañana. Un diverso
y vasto rumor mezclado a una innumerable fragancia lle-
gaba a mis sentidos susceptibles, como si todos los ecos,
rumores y gritos de la campiña y todos sus perfumes y
matices se hubiesen fundido para darme la riqueza me-
lodiosa y sinfónica de los campos, del cielo y de la luz.
Allá lejos, la enorme Sierra Maestra limitaba el vuelo de
la vista con su perspectiva de nubes de color impreciso.

Monté sobre la bestia para comenzar la tarea diaria,
después de tomar café con la familia de don Venancio
La O. Este había salido bien al ser de día para los corra-
les de la Guinea. Se habían quejado los clientes de que
les llegaba muy tarde la leche, y él quería sorprender a
los ordeñadores, a ver si es que se dormían. ¡Carijo con
los ordeñadores! ¡Todos eran una pila de haraganes!...

Lolita y Camila ya me hablaban con menos encogi-
miento.

—¡Que la Virgen lo acompañe!—me dijo, al salir, la
buena de Dolores Machuca.

Tenía que visitar unas casas diseminadas y lejanas
muy cerca de la montaña. Para llegar a ellas era pre-
ciso atravesar toda la finca de don Venancio y el río Jí-
baro, con la cabalgadura de las riendas, por un puen-

tecillo viejo y destartelado que parecía caerse de miedo a la corriente que llegaba ligera y turbia por haber caído algunos fuertes aguaceros allá por las lomas. Además, tenía que atravesar una gruesa capa de mosquitos asesinos y, por lo menos, una docena de pantanos.

Al pasar me dijo, frente a la puerta de su casa, Fengué Camacho, el muy ilustre alcalde del barrio de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico:

—Hoy hay que moverse y cogerlos a todos a la hora del almuerzo, amigo. Que no se quede ni uno. Todos pertenecen al Partido.

Ante la recomendación del gran Camacho, piqué la yegua, que yo llamaba “Doña Tomasa”, y que me la había prestado un rico y excelente terrateniente del lugar.

Como era sábado, y la hora de almorzar, no encontré a casi nadie. Todos se habían ido muy de mañanita para el Centro. Así me lo dijo una buena mujer, cuyos ojos parecían estar en perpetuo éxtasis mirando a no sé qué lugar invisible y que amamantaba a un muchacho bastante barrigón. Todos se encontraban en el centro espiritista de Muelaquieta y probablemente estarían en poder del mismo espíritu burlón que me había hecho la gracia peregrina de hacerme andar unas cuantas leguas, para no encontrar más que a una mujer dándole de mamar a un muchacho. Pero qué se le iba a hacer. ¡Les gusta tanto el espiritismo a los habitantes de La Ciénaga!... Regresé a la casa de don Venancio La O ya entrada la noche, después de haberme tumbado “Doña Tomasa” junto a una cerca de alambre, donde se me hizo un chichón en la cabeza y se me rasgaron los pantalones.

Me acosté dado a todos los espíritus infernales y no quise oír a Santiago Hermida, que empezó a decirme que al fin Conchita empezaba a picar en el anzuelo.

Me desperté fatigado al otro día para realizar la misma tarea ingrata. Sentéme muchas veces sobre pequeños taburetes resabiosos y bailarines que amenazaban tumbarme, mientras el humo denso de algunos fogones de leña, sobre el santo suelo, me hicieron llorar sin tener ganas. Padecí aguaceros torrenciales en medio de los campos solitarios y tuve algunos altercados con el bueno de Liborio, que recelaba y casi nunca quería declararse hombre negro, aunque su pelo y su color fueran testigos de

la escueta verdad. ¡El sol tuesta tanto el cabello y la color en el monte!...

Pero los radiosos crepúsculos, que parecían incendiar la vasta campiña por el Oeste, resarciéromne de las fatigas ordinarias. En las grandes y turbias pupilas de "Doña Tomasa" temblaban los últimos reflejos de la lejana fogata. De la calma secular y profunda de los campos surgía un mugido largo y doliente como el alma de la hora, y yo amarré muchas veces la cansada cabalgadura al tronco mayor de alguna casa providencial para pedir un poco de agua. Casi siempre me convidaban a comer, y yo... no me hacía rogar.

Era la época de la guerra europea y del servicio militar obligatorio. Como la mayoría de los muchachos del pueblo buscaban con quien casarse para no ir al servicio, la gente del monte estaba muy alarmada. Un hombre que se apareciera allí con lápiz y papeles les parecía el mismo enemigo malo.

No querían ser arrebatados de su campiña natal. Estaban muy bien en la tierra de sus abuelos, cuyo suelo habían regado con el sudor de sus frentes y que regarían con su propia sangre, si era preciso, por defenderla contra el extraño. Pero eso de salir de la dulce Patria, para morir lejos de sus hogares, sus sembrados y sus bestias predilectas, en una tierra desconocida, ensangrentada y devastada por el fragor de la metralla, ¡carijo!, eso lloraba ante los ojos de Dios. Que los dispensara el señor Menocal, a cuyas órdenes habían peleado muchos rudos y animosos veteranos. Ellos respetaban el compromiso con el americano, el francés y todo lo demás, pero no irían. ¡Por la Virgen Santísima! Se internarían como salvajes por todas las serranías y los vericuetos de la montaña y tendrían que cazarlos como a perros jibaros por ésta... Un estremecimiento de coraje sacudía los cuerpos, mientras los labios besaban los dedos puestos en cruz.

—Ciudadano, esto no tiene nada que ver con el servicio militar obligatorio. Ninguno tiene que ir. Además, ya se acabó la guerra. Esto es el Censo. Lo manda el Gobierno para saber cuántos habitantes tiene la República. ¡Lo han falseado tantas veces los señores políticos!

—¿El qué dice usted?

—El Censo.

—¿Y eso qué es?... No, no, yo no me apunto.

—No tenga recelo, ciudadano. Este es el Censo, el padrón.

—¡Ah, el padrón!... Comprendo, comprendo. Bueno, ¿y qué quiere el empadronador?

—Enumerar a la familia, empezando por usted, que debe ser el jefe.

Depuesta un tanto la desconfianza empezaba la enumeración.

—Me llamo Bartolo Morejón; la mujer, Rosa Vergel, y mi hijo mayor, Bartolito Morejón y Vergel, para servir a usted y no al Gobierno.

—¿Es usted casado?

—Yo vivo “arrimao” con ésta, **denge** catorce años, después de la Guerra Grande.

—¡Ah!, ¿es usted amancebado? Bueno, pues Bartolomé Vergel, el apellido de la madre.

—No, no, póngalo usted Morejón primero, que el muchacho está “reconoció”.

Aquí el bueno de Bartolo Morejón me convidaba a almorzar, y ya sosegado y cordial hablaba de sus cosas.

—Bien podía el Gobierno, en lugar de andar asustando a la gente, arreglar los caminos, que con las aguas se ponen muy malos y a veces no puede cruzar el “probe” guajiro que lleva la vianda al pueblo. El otro día se me cayó la potranca mora en un charco de eso que le llaman carretera. Llevaba en el serón una carga de yuca de seda y unas docenitas de huevos. Excuso a usted decirle que se me rompieron todos los huevos. Se hicieron la gran tortilla entre el fango del pantano, de donde salió con mucho trabajo la bestia. Por “naitica” me rompo la pata por el mismo encaje del bajo vientre. ¡Cuándo arreglarán esa maldita carretera! Yo creo, compañero, que hay muchos “majaces” en el Gobierno.

—Aquí no se desmiente a nadie, ciudadano—le dije al guajiro por seguirle la corriente y... por hablar yo también mal del Gobierno.

Tenía razón el campesino. Pasan los años y los Gobiernos y él permanece junto a los surcos, con la misma azada, los mismos caminos y el mismo abandono.

Dicen los políticos que el campesino es muy haragán. Sin embargo, trabaja más que estos buenos señores que

van a pedirle el voto para después no hacer absolutamente nada por los demás. Ellos han introducido todo el mal que se respira junto a las eras. De allí han sacado al guajiro para contaminar su conciencia, mixtificar su criterio y desviar su hermoso instinto de la fecunda tierra maternal.

La concupiscencia política ha llegado del mezquino Club al campo ancho y dilatado, por donde discurren aires renovadores y se escucha la perenne armonía de la floresta inefable. Pobre guajiro; tan sólo lo hacen político, y después de esto se comprende que no sirva ni para el campo, ni para el pueblo.

La culpa fue por convertirlo en delegado a la Asamblea Municipal, en lugar de darle facilidades para que abriese más profundamente el surco, de donde surge nuestro único aliento de vida económica.

Pensando en todo esto venía yo, entrada la noche, de una lejana sitiería perdida bajo el follaje rumoroso y movable del bosque. La noche, llena de las voces diversas de la tierra, era densa y me envolvía en su misterio infinito e innumerable. Por única luz y guía yo llevaba en el camino los ojos dulces y grandes de "Doña Tomasa", cuyos pasos me conducían lentamente a través de la sombra y la tierra, mojada por los últimos aguaceros. Llegamos a casa de don Venancio la bestia y yo bastante tarde. Encontré a Santiago Hermida tumbado en la cama y leyendo una novela barata de un autor más barato todavía, junto a la llama de un modesto quinqué de petróleo.

—Cuánto has tardado, querido.

—Y tú, ¿has escrito mucho?

—Yo he enamorado, y creo que mañana, cuando vaya a acompañar a Conchita a la sección espiritista de Muelinquieta, la plaza capitula.

—Sin embargo, tú viniste aquí para escribir una novela y no a enamorar. Así somos los cubanos: primero la cochina sensualidad, antes que el honrado esfuerzo intelectual y las cosas del espíritu.

—Vete al diablo con tu espíritu—me dijo riendo Santiago Hermida.

Yo, por no decirle un disparate, y al fin no dejarme convencer, me tiré sobre la cama, pues estaba bastante cansado. Momentos más tarde le grité a Santiago Hermida, que continuaba leyendo:

—Chico, apaga el quinqué.

EN la mañana de un sábado, día de la Virgen, partimos hacia el centro espiritista de Muelaquieta. Santiago Hermida no era muy aficionado al comercio medianímico con la otra banda, donde mora el mundo de los espíritus, pero en La Ciénaga casi todos lo eran, y ninguna persona que se respetase dejaba de concurrir.

La familia de Conchita Fundora era muy creyente, y Conchita, a pesar de su temperamento demasiado apegado a las cosas terrenas, por desconcertante paradoja lo era también. ¿Creencia verdadera, influencia atávica o simplemente obediencia pasiva a la sugestión ambiente? ¿Quién sabe! La creencia espiritista, que desde remotos tiempos es la mágica ventana por donde el anhelo humano se asoma más allá de las fronteras del mundo visible, ha prendido fuertemente también en el alma del hombre de nuestros campos. Por eso el sábado es el día de la sugestiva aventura, en que el obrero infatigable de la tierra abandona los surcos para escaparse, en un vuelo místico, hacia el anhelado país de la maravilla, lejos del panorama familiar y previsto del mundo físico. Es el día en que las buenas comadres espiritistas, sin dejar de oír lo que les predica el señor cura y lo que les dice el buen taita Lucas, que practica la brujería y el curanderismo, le limpian la cara a sus muchachos y se ponen el traje más limpio para concurrir a esa fiesta ilusionada del alma humana, siempre suspirante y siempre en busca de lo ignorado. Es el día en que los buenos hombres que guían el arado, la carreta, y arrojan sobre los surcos la semilla prolífica, dejando a un lado las cosas de la política, los gallos y el trago de ron gustado junto al portal del tenducho más próximo, bajo la dirección taumatúrgica del maestro espiritista, forman el cordón medianímico y asisten al “despojo” del “obcesado” que tiene una “mala influencia”.

Desde muy temprano, de todo el contorno y aun de otros lugares, y hasta de la ciudad, se dirigen los romeros de la fe hacia la meta de sus sueños, que está enclavada sobre una pequeña eminencia y circuida de una extensa cerca de alambre, donde los buenos creyentes, que recorrieron grandes distancias por no perder la hora dichosa de la fuga extraterrestre, amarran sus caballos sudorosos y jadeantes. Mujeres, hombres y niños van llegando en grupos afanosos y pintorescos. Vienen de La Rosita, La

Bermeja, La Atalaya, El Cigarro y hasta de las aldeas más distantes de las provincias de Oriente y Camagüey.

Una pobre mujer ha traído un muchacho grande que mira fijamente hacia un sitio impreciso, y cuya actitud extática del rostro, exento de claridad y animación, hace pensar en un pobre idiota. La buena mujer lo trae desde el fondo de los pequeños caseríos que bordean el Pico de Turquino, con la esperanza anhelante de que el pastor de esta grey campesina le libre a su querido y lamentable vaso humano de la mala influencia espiritual que lo agobia.

Otros traen a una muchacha, cuyos movimientos inquietos e inquietantes hacen pensar en que tiene un hormiguero dentro de la cabeza. La han traído allí porque en aquel día ha de realizarse con ella el inaudito "despojo". También llega trabajosamente, sobre su mísero caballo, un anciano lamentable. Padece todos los males del alma y de cuerpo, que, según él, la ciencia humana no entiende, porque es incapaz de llegar a la fuente misteriosa donde reside la dolencia. Y él ha venido a Muelaquieta, para que, por el amor de Dios, los buenos espíritus se condueñan de su mal y le hagan la caridad. Después retornará sano y salvo a su casa, donde hoy solo es un poco de carne inútil. Llegan también meros curiosos y gente desocupada que quiere convencerse "con sus propios ojos" de las estupendas maravillas que le han contado que se realizan en el centro de Muelaquieta. Todos y todas vienen animados del mismo impulso interior, que les conduce hacia esta casa de enorme portal y puertas pintadas de azul, en cuyo seno se hacen evocaciones, se dan remedios, se adivina hasta el más secreto pensamiento y hasta se curan enfermos que la vana ciencia del hombre ha desechado. Como toda fe, esta fe campesina es irrazonada e intransigente, fe que emana de lo más oscuro del ser y que el alma simple y el cerebro poco cultivado del guajiro acoge como religión del espíritu y medicina del cuerpo. Creencia que a través de los campos y de los temperamentos sufre modificaciones inverosímiles, cuyos componentes esenciales, con raras excepciones, son el falso espiritismo, la superstición de todas las religiones, la brujería, el curanderismo y también la mala fe del simulador astuto y charlatán. Hay pobres campesinos de razón descentrada y vacilante, cuya causa ha sido la labor ignorante y codiciosa de un simulador sin escrúpulo, que colocó sus em-

belecos sobre la cabeza del pobre diablo a modo de una inquietante y turbadora ronda de cascabeles.

El guía de este centro de Muelaquieta, un hombre bueno, según se ve, tendrá, más o menos, sesenta años. Pequeño, membrudo, con una cara ancha que respira grasa y salud y unos ojillos claros de agua mansa, de cuyo fondo emerge una mirada errabunda, lánguida y doliente que se detiene sobre los hombres y las cosas como un largo bostezo. Por esta mirada, que surge de aquella fuente espiritual, cual el vapor de las aguas estancadas de una laguna, los creyentes le aman, creen en él y dicen que lleva en los ojos impresa inefablemente como un sello de amor el alma de un justo. Se llama Rafael Rosales. Los buenos vecinos, que le miran con respeto y con mística ternura, dicen, arrobados, que tiene el dulce nombre de aquel médico divino que curó la ceguera del joven Tobías. Tiene fama don Rafael de no cobrar nada por sus curas. Ahora, si las buenas almas le dan algo, él lo acepta, pero no pide ni exige. Tal es la voluntad de Dios y la de los espíritus que le animan. Cultiva su predio como cada hijo de vecino y hacia el fondo de su casa, consagrada como la más santa entre las santas, tiene un pequeño cañaveral, un platanalito y unas cuantas matas de maíz. Algunos cerdos se complacen en hozar sobre los rastros y los desperdicios de la santa casa, escogida por la voluntad del buen Dios de todas las criaturas. Unas cuantas gallinas se agitan por los alrededores. Estos son los bienes terrenales de don Rafael, que vive con su esposa, una silenciosa criatura de andares apagados, que tiene desarrollada una gran mediumnidad. Una ágil y robusta muchachita también trisca ignorante por aquellos campos espirituales, con la dulce inconsciencia de una cabrita sobre una colina bañada por la luz moribunda del crepúsculo. Esta es la familia de don Rafael Rosales, y tal es la casa a donde todos llegan con una esperanza en el espíritu y un secreto anhelo en el corazón. ¡Se cuenta tanto de la enorme potencia sugestiva de don Rafael!...

Yo me quedé en el portal con Santiago Hermida, mientras Conchita Fundora entró en el templo de la fe espiritista con todos sus deudos y amigos. Más atrás se deslizó el tremendo Mongo Paneque, que, según alguno, era algo medium, sobre todo cuando lo poseía el espíritu del alcohol. Conchita le dirigió una mirada de desagrado, pero él siguió, con su pantalón negro y un enorme sombrero tejaño atascado hasta el pescuezo.

—¡Qué hombre! —murmuró Santiago—. Estoy por creer que una mala influencia lo ha traído hoy a Muelaquieta.

—Verdaderamente, un hombre que usa unos zapatos tan amarillos debe de tener muy mala influencia.

—Y que el hombre está enamorado y quiere llegar a Roma por todo. Hasta se ha metido a espiritista para estar al lado de su adorado tormento.

—¡Mal rayo lo parta!—murmuró Santiago Hermida con un dejo de cólera en la mirada.

IX

ERA un poco más del atardecer cuando salió la gente del centro de Muelaquieta. Se había realizado una gran "sesión". La concurrencia había sido numerosísima, tal era la larguísima fila de caballos junto a la cerca de alambre, mientras el enorme gentío, que no cabía en la casa, habíase quedado en la puerta y en el patio. Ahora se iniciaba el desfile de los creyentes. Salían un tanto jadeantes, con los miembros flojos y el paso entorpecido, con la pupila deslumbrada y extática donde temblaba un turbio fulgor de fiebre. Pupilas agrandadas como si hubiesen contemplado cosas inauditas en la ciudad del espanto y la maravilla y en cuyo interior se renovase todavía la visión del más allá y el pasmo ultrasensible. Pupilas de gran mirada húmeda o lánguida, donde vibraba la tensión nerviosa del que ha estado a punto de entrar en el reino fantástico y tenebroso de la pesadilla y la locura. El aire del anochecer serenaba un tanto los ojos dilatados y los rostros de expresión vaga y sombría.

Durante mucho tiempo, el hombre de la cantina inmediata estuvo despachando tabacos, ron, dulces y velas. Luego se inició la partida hacia los diversos lugares de donde había surgido aquella muchedumbre de creyentes en el mundo fluídico de los espíritus.

—Hasta el próximo sábado, compadre Manuel.

—Adiós, comadre Lola.

—¿Cuándo le tendremos por allá, José Ramón?...

Como la noche era oscura y los caminos malos, pues los últimos aguaceros de junio habían echado a perder

aquellos terrenos bajos y cenagosos, todos hicieron uso de las velas y hachones, y era de ver a la distancia el prodigioso efecto de las luces, que iban de aquí para allá, como si entre la noche se estuviese realizando una fantástica ronda de antorchas; tal era el efecto de la llama diversa a través de la vasta campiña. De la tierra húmeda surgía un cálido sopor de fiebre y de modorra que empañaba los sentidos como la niebla al cristal.

Nuestro grupo tomó dirección para La Ciénaga por el camino viejo, por ser más corto y menos peligroso para transitar de noche. Íbamos don Venancio La O con su mujer y sus hijas, Conchita Fundora, una hermana de Fengué Camacho, Lucín Morejón, Santiago Hermida y yo. Un grupo de pollos galopaba ruidoso a cuyo frente iba el inevitable Mongo Paneque. En esto Conchita se adelantó a la cabalgata y Santiago Hermida se puso a su lado para servirla de compañero. Entre la lumbre viva de los hachones yo vi brillar los ojos de Mongo con un fulgor siniestro. Mongo estaba contrariado; es claro, presentía que le iban a dar en el suelo.

Una vez más Conchita Fundora, al oír las apasionadas palabras de Hermida, sintió un estremecimiento a lo largo de su cuerpo moreno. Durante toda la semana le habían perseguido hasta el lecho las palabras embriagadoras de aquel hombre, cuya voz vibraba en su corazón con sugerencias imperiosas y profundas. Aquella voz que tenía el misterioso poder de turbarla toda entera y ante cuyo reclamo su ser obedecía como por virtud de una orden decisiva. Aunque los labios dijeran "no" con una bella sonrisa, lo desmentía el fulgor de la mirada, mirada de expresión singularísima que lo dice todo sin hablar de nada, mirada que salva el amor propio femenino de confesar en poco tiempo lo que se está sintiendo a toda hora. Santiago Hermida comprendía el estado psicológico de Conchita y se prometía asegurar el momento definitivo. Con decisión y sin tregua la había perseguido a través de todos los instantes oportunos. Ahora la tenía a su lado, estremecida por su voz dulce y velada que iba exclusivamente de la boca a sus oídos.

Mongo Paneque contaba con alarde charlatán a sus amigos una de sus recientes aventuras de tenorio rural. Sí, donde dirigía el ojo bandolero llegaba la bala. Pónganle el cuño. ¡Qué hembra, compañeros!... Decididamente él tenía una suerte loca con las mujeres.

Todos comprendieron la gran ironía de sus palabras, cuando ahora uno del pueblo le estaba llevando el "peje". De buena gana le hubieran soltado una pulla terrible, pero como Mongo era un mozo camorrista y que en esos momentos disimulaba su rabia concentrada, exclamaron algunos, por seguirle la corriente:

—Este Mongo es más dichoso que el toro padre de don Venancio.

Ahora surgía la luna tras los extensos cañaverales de La Bermeja, una luna grande y redonda como una enorme torta de casabe, que iluminaba de soslayo la campiña fragante, estremecida por un suave rumor de mar en calma.

Todos hablaban y reían sin darse cuenta de lo que pasaba más allá de la charla estrepitosa y cordial; sólo Santiago hablaba bajo, muy bajito, lo suficiente para hacerse sentir más que entender:

—A cuántas muchachas le habrá dicho usted lo mismo allá en La Habana —decía Conchita Fundora—. No, no le creo, porque ustedes los hombres son muy malos y todo lo dicen por burlarse de las pobrecitas mujeres.

Santiago Hermida protestaba, con la misma protesta vulgar y elocuente de todos los hombres que se sienten queridos. Bien sabía ella cómo la amaba desde el primer día que la vio. ¿Qué empeño podía tener él en decirle lo contrario? Lo que le estaba era atormentando con su obstinada negativa. Tenía necesidad de decirle sin testigos muchas cosas que le sofocaban el corazón y la había esperado en vano durante unas cuantas horas de ansiedad mortal. ¿Por qué no había ido junto al cañaveral de La Ciénaga para hablar a solas? ¿Tenía desconfianza de él?

—¡Jesús, Santiago, eso es imposible! —murmuraba Conchita sofocada por el imperio de su propio deseo—. ¡No me dejaban salir; además, usted es muy malo y no lleva buenas intenciones y...

Un beso furtivo en la nuca de la mujer cortó las últimas palabras, en tanto que un estremecimiento, que era más de entrega que de repulsa, en aquellos momentos simuló ser la protesta del pudor alarmado y ofendido.

—No; eso, no. Como siga así nos peleamos.

Bajo el plenilunio de aquella noche estival los caballos marchaban hacia La Ciénaga, llevando la eterna pareja expulsada del paraíso por el solo delito de amarse sin permiso del Supremo Creador de los seres y las cosas.

Ahora Mongo Paneque pugnaba por acercarse y turbar el idilio que inevitablemente marchaba hacia su punto culminante por el mismo sendero que todos los amantes han recorrido.

Este Mongo Paneque, de cerebro elemental, que sólo conocía el amor por la acción, como las bestias, era incapaz de comprender lo importuno y fatal que resultaba para sus mismas pretensiones la solicitud extremada que mostraba por Conchita, ahora que ésta se sentía atraída por el reclamo imperioso del amor físico, ardiente círculo de llama donde convergía la aspiración afin de dos temperamentos.

Cuando Conchita vio a Santiago Hermida y a Mongo Paneque juntos, de la comparación de ambos quedó definitivamente derrotado el último. Aquel tenorio rural, que se imponía por su carácter camorrista y por su lenguaje enfático y charlatán, que tomaba a las pobres guajiras por la sorpresa y la violencia del amor brutal que no sabe de sutilezas, porque todo lo confía más al tacto que a la frase, ahora determinaba en ella una repulsión invencible. ¡Qué odioso era Mongo Paneque! El extremo completamente distinto del otro.

A medida que la intimidad iba desatando los lazos psicológicos que hacen las almas aparentemente extrañas, Conchita sentía que la sugestión de Hermida la iba penetrando como un flúido radiante. Admiró su porte distinguido, sus manos largas y bien cuidadas, su conversación elocuente y simpática y sus ojos que despertaban en sus nervios contenidos vibraciones y arrebatos imprevistos. Un sentimiento de superioridad acatada la hizo comprender por instinto la ley profunda de la selección de la especie. Se sintió satisfecha en su amor propio de mujer hermosa con haberle resultado grata al hombre que tenía a su lado. Por una vez más el deseo de la mujer sólo atendía a sus propios imperativos, amando junto con la ilusión del amor, al que le había dado la neta percepción de la superioridad masculina. Por eso el instinto que informa la ley afectiva y sensual de la mujer marchó decidido y sin íntima reserva hacia el ser que despertaba el amor-deseo de una manera fugaz o permanente.

Muchas veces, en estos últimos días, tendida en su lecho de virgen rústica, Conchita Fundora se complacía en evocar la figura de Santiago Hermida, haciéndose acompañar en la soledad de su lecho y de su alcoba por la

imagen turbadora del adorado. La vieja sensación fisiológica, ante la evocación suprema hacia levantar los senos virginales, y ella cerraba los ojos para gustar plenamente el inefable estremecimiento, que, como un flúido eléctrico, recorría el vibrante y sutil cordaje de su sensibilidad nerviosa. Del pecho a la boca emergía el inevitable suspiro de toda mujer enamorada, suspiro en el que va toda la aspiración voluptuosa del ser femenino. ¡Ay, Santiago, Santiago!...

Faltaban pocos kilómetros para llegar a La Ciénaga, y como Hermida lo comprendía, se tornaba más imperioso e insinuante.

—No, no, déjeme tranquila. Si sigue así, nos peleamos.

—Te quiero mucho. Conchita; no me hagas sufrir más.

Ella, sacudida hasta lo más íntimo, murmuraba convulsa y con un trémolo exquisito en la voz velada por la influencia voluptuosa que la circundaba como una onda cálida y vibrante:

—No, Santiago. Si sigue así, lo van a noiar los demás.

Atrás venían los otros, distraídos con su conversación animada. Un estallar de carcajadas señalaba que don Venancio La O había dicho uno de sus chistes favoritos, uno de esos chistes de gruesa sal campesina, que tan gratos son a la malicia cándida del hombre del campo. Sólo Mongo Paneque reía con risa forzada, haciendo infinitos disimulos para esconder su coraje; pero los buenos muchachos montunos, que se daban cuenta de su tortura interior, reíanse por lo bajo con cruel malevolencia.

—Este Mongo Paneque, este Mongo Paneque es más dichoso que el gallo de Fengue Camacho, que, cuando le sueltan en la valla, gana todas las peleas.

—¡Qué tigre, si se goza!—exclamó uno con pérfida ironía.

Mongo Paneque comprendió la alusión y por un instante estuvo por decir o hacer una barbaridad, pero, contentiéndose, tras enérgico esfuerzo, se contentó con decir:

—Cállate tú, so boca de perro, y no seas verraco.

Un codazo dado al otro compañero hizo comprender a todos elocuentemente de que el tiro había dado en el

blanco. Sin embargo, en esta complacencia maligna de los compañeros de Mongo Paneque un psicólogo sutil habría encontrado un invertido despecho de amor, que se desahogaba desviadamente a costa del adorador infortunado, porque todos deseaban en secreto a Conchita Fundora.

—Te espero mañana en el cañaveral de la ciénaga... ¿Irás?—murmuró otra vez más Santiago Hermida, apretando ardientemente una mano de Conchita.

Esta se estremeció, y una mirada de afán contenido fulguró bajo la luna, mientras los labios decían las invariables palabras:

—No, no, eso no está bien...

—¿Irás, Conchita mía?—insistió apasionado el conquistador, dejándose llevar por el ímpetu pasional. Conchita iba a pronunciar débilmente las palabras que entrañan la última defensa, tras la cual viene el rubor que asiente y que concede, pero estas palabras quedáronse en suspenso en la garganta de la vencida, porque Mongo Paneque, adelantando su caballo a los de sus compañeros, se plantó junto a Conchita Fundora. Dos miradas se lanzaron una contra otra como espadas que chocan. Una de odio, de despecho y de rabia a punto de estallar; otra, llena del infinito desdén del que se sabe triunfador y más fuerte que el despecho, el rencor y la cólera.

Por un momento Conchita Fundora previó la lucha próxima a desencadenarse, y como era preciso decidirse y envolver al amado bajo la protección del amor que se afirma frente a la hostilidad del hombre rechazado, Conchita lanzó a Santiago Hermida la mirada donde iba la palabra que se detuvo en sus labios, mirada honda, de infinita ternura y de deseo imperioso que hablaba elocuentemente:

—Sí, mañana iré, porque quiero ser tuya, toda tuya...

Los caballos marchaban ahora a buen paso, mientras las primeras luces de las casas de La Ciénaga anunciaban que ya estábamos próximos. Todos hablaban y reían con estrépito, menos Mongo Paneque, Conchita y Santiago Hermida. Uno, por haber contemplado su derrota definitiva, y los otros dos porque, habiéndoselo dicho y prometido ya todo, no tenían que decirse nada. Callar y esperar. Eso era todo.

CUANDO Santiago Hermida calculó que todos en la casa de don Venancio La O dormían con sueño profundo, deslizóse furtivamente de nuestro cuarto hacia la puerta que daba al gran cañaveral de La Ciénaga, con el paso sutil de un ladrón nocturno. Abrió la puerta con infinita cautela para no hacer ruido. La tibia sensación de la noche, maravillosamente estrellada, le envolvió bajo su manto de gran señora que protege todas las cosas que se realizan mientras duerme el día. Al disponerse a saltar la cerca de alambre de afiladas púas, un bulto negro se lanzó a él, elástico y nervioso; Hermida sintió sobre su carne un contacto húmedo y cálido, como de hocico bestial cuyos dientes se propusieran desgarrarle.

—“¡Mirabal!”—murmuró Santiago Hermida, con las carnes contraídas de terror. Hubo un instante de tregua entre el hombre y la bestia; después, después ésta volvió a saltar sobre Santiago moviendo el rabo. “Mirabal” le había conocido, y como fiel guardián de la casa de don Venancio La O, quebrantaba la consigna. El no podía despedazar a un huésped distinguido y simpático, que le acariciaba como un viejo camarada que conociera desde la infancia. Sin embargo, luego que Santiago Hermida cruzara la cerca, sintió en la piel un ligero ardor: tenía un desgarrón en los pantalones, a través de cuya tela habían pasado los dientes de “Mirabal”.

“¡Dios mío, qué hubiera sido de él si el buen perro no le conociera! Por eso es bueno tener amigos, aunque sea el último de los perros o de los hombres”.

Caminó en dirección al cañaveral; al pasar junto a la ciénaga no sintió el rumor característico de toda linfa que corre: la enorme charca de agua estancada estaba, como siempre, profundamente silenciosa. Alma tétrica que esconde bajo sus cristales impuros siniestros designios. Y es que ahora, a la luz de las estrellas resplandecientes, lejanas y dulces, no reflejaba como nunca la altura para ella inaccesible, porque era la llaga que exhala su mal turbio y secreto, como el perfume la rosa. Vamos —se dijo Santiago Hermida al pasar, dirigiéndole una mirada postrera surgida de su horror instintivo—, esto sí es más feo que los dientes de “Mirabal”.

A la vista del amplio cañaveral respiró, con el respiro largo y satisfecho del que recibe la amplia sensación

de más amplios horizontes. Una paz profunda y secular emergía de los campos, y bajo el velo de la noche el inmenso cañaveral tenía un rumor suave, largo y sostenido, de marca lejana. Entretanto, Santiago esperaba la finalidad suprema de aquella aventura de amor en un rincón solitario de la campiña cubana, sobre la tierra madre que sus abuelos un día habían fructificado con su sangre generosa y ardiente, cual un vino cordial.

Como nunca había escuchado más que a su propio deseo, Santiago Hermida desde el primer día deseó a la Esperada, aquella ardiente y voluptuosa Conchita, flor de un perfume violento y silvestre, que él prendería en el ojal de su levita de cortesano, a modo de una rosa arrebatada al aire libre de la montaña por una paradoja desconcertante del imperativo de su naturaleza. Ahora en la soledad del medio ambiente y de sí mismo, Hermida meditaba: ¿Qué se proponía llevar a cabo en esta aventura? ¿Hallábase enamorado quizás? Y si no lo estaba, ¿no calculaba las consecuencias y la fealdad moral que suponía ir como un intruso cualquiera para engañar a una conchita muchacha? ¿Por qué no trabajaba en la novela, que había sido el móvil de su viaje, en lugar de perder lastimosamente el tiempo como lo estaba perdiendo? Posterior a la aventura, ¿qué vendría entonces? Luego ese pobre guajiro que se llamaba Mongo Paneque, que usaba zapatos escandalosamente amarillos, en cuyos ojos había leído la página más intensa del odio del amor fracasado... "Santiago, Santiago, te estás metiendo en camisas de once varas". De pensamiento en pensamiento recordó a sus amigos de La Habana. "¿Qué haría aquella pila de sinvergüenzas? ¡Mi madre, la que se armaría si lo viesen haciendo de Tenorio rural y paseándose solitario junto a un campo de caña! Santiago, Santiago, cuando se entere la gente de La Ciénaga a tí te van a dar la gran paliza".

Tímidamente se defendía la conciencia; pero el viejo deseo, que era más fuerte que sus escrúpulos, volvió a dominarle al evocar desnuda a Conchita Fundora.

A la verdad, la guajirita bien valía la pena de que un hombre se arriesgase un poco. "Pecho al agua, y ya veremos lo que salga"—afirmó Santiago de improviso, dándole un corte definitivo a sus escrúpulos sentimentales.

Pasó algún tiempo, que a Hermida le pareció infinito como el espacio sin mañana ni ayer. Un rumor imprevisible sacudió las cañas junto a su espalda y una estrella

circuló rápida la inmensa comba del firmamento, como si fuese a caer a un extremo de la tierra, después de trazar en el cielo una amplia parábola. ¿Qué haría la Esperada que no llegaba? Nuevamente la espera le pareció interminable y su deseo, al cual velaran los últimos escrúpulos de la conciencia, merced a la ansiedad que está en el fondo de toda esperanza, se hizo agudo y finamente trémulo como una larga aguja.

Por fin apareció una silueta oscura, junto con la luna que surgía ahora tras las crestas de las distantes montañas. Una silueta parda venía hacia él, como si todas las sombras y todos los rumores furtivos de la noche la empujaran. Santiago Hermida abrazó a Conchita Fundora con un ímpetu loco y ella, toda alarmada y trémula, a pesar de su decisión que afirmaba el deseo, tuvo en su paso inevitable hacia lo desconocido una pávura instintiva de toda su carne morena. La boca de Santiago Hermida buscó la boca deseada y ésta se apartó para no recibir el beso ardientemente querido y que vino a encontrar junto al cañaveral de la ciénaga, con un temblor voluptuoso en los labios virginales.

—No, no, Santiago, eso no está bien; por favor, déjame ir...

Conchita Fundora todo el día había discurrido por la casa paterna, como una sonámbula, bajo el poder de una influencia imperiosa. ¿Cómo sería la finalidad del amor que ella presentía de un modo vago e impreciso? Le desconcertaba esta interrogación que surgía del misterio profundo de su naturaleza. A medida que se acercaba la hora de la cita su corazón le daba un vuelco dentro de su estrecha caja mortal. ¿Cómo sería, al fin, la realidad del deseo que ella había soñado y se dispona a compartir con Santiago Hermida? Se había acostado temprano pretextando una fuerte punzada. A caso para estar a solas con su secreto y con su ansiedad, que quería acercarse a la fuente del amor.

Después de la charla familiar, pasado el último café de la noche, ella sintió cómo se fueron acostando todos los de su casa. Unos momentos más escuchó la ruidosa respiración del comandante Fundora, que rompía el silencio discreto de la casa cerrada. Allá fuera circulaba el blando concierto de los rumores nocturnos. Pasó aún más tiempo. Conchita Fundora no se decidía: un vago temor retenía en el lecho, a pesar de la curiosidad y del deseo que agitaban su cuerpo palpitante de virgen rústica. Por

fin, visti6se y se lanz6 a la noche, cual un fantasma medroso que tuviese la conciencia oscura de lo que ha de suceder inevitablemente. Iba por el camino llena de un sobresalto invencible. Ella, que no habfa tenido temor a los pensamientos voluptuosos que durante muchos dfa la turbaban dentro de su cabeza de cabellos ondulados y con reflejos de bronce y 6bano bru6ido. La boca que antes refa mostrando la dentadura blanqufsima, maravilloso techado que daba los tonos profundos del amor fisico, ahora estaba silenciosa y se apretaba en un rictus de ansiedad contenida. Y es que todo lo que soamos no es como la realidad desnuda. Rotos los velos con que la envuelve la imaginaci6n, el alma tiene que aprender a tener el temple necesario para afrontarla, amarla o vivirla en toda su humana intensidad psicol6gica. Todo lo que Conchita habfa adivinado en los gestos imprudentes de los dem6s, todo lo que habfa aprendido con los muchachos, en sus correrfas de zagaletona, todo lo que habfa visto de pasada en el hogar de las mujeres de mundo, lo que sabfa por instinto y por intuici6n, no era ciertamente como la pregunta fntima que se levantaba en su carne y en su espfritu, ahora que iba a descorrer el velo definitivamente y a sentir y a vivir la realidad del amor en su verdadero aspecto humano y psicofisiol6gico. Y, sin embargo, como lo habfa pensado, todo era de lo m6s sencillo: besos, abrazos, y despu6s... despu6s la gran ley ebria y delirante que sacude los cuerpos, eslabona los mundos y embriaga las almas...

—Por favor, Santiago, d6jame ir; tengo miedo, mucho miedo...

Entretanto La Ciénaga dormfa y la otra ciénaga permanecfa solitaria, enigm6tica y nocturna, sin reflejar nada de la altura inaccesible y sin prolongar en sus cristales impuros el eco de las palabras y las cosas que circulaban en torno. La ciénaga sabfa guardar bien todo secreto.

Ahora, en medio de los ruidos dispersos e innumerables que forman el uno y vario concierto de la noche, un nuevo rumor de palabras levant6base a la altura como un canto de amor. Era un murmullo tenue, apasionado y trémulo, que tenfa la persuasi6n sugestiva de una súplica y el ardor intenso y vibrante del fmpetu pasional. De pronto un bulto surgi6 de entre las cafas, produciendo

un ruido de hojas violentadas. Conchita y Santiago quedaron como en suspenso, estrechamente unidos en un abrazo de mutua protección instintiva y con los corazones sobresaltados. Una res pasó junto a ellos, haciéndoles sentir su aliento cálido.

Demonio de animal, aparecerse de un modo tan raro e imprevisto. Menudo susto les había hecho pasar.

Rieron ambos la inoportuna ocurrencia y volvieron a su tema esencial. El más apasionado, persuasivo y apremiante, en cuyas palabras había esa ternura cálida e inefablemente dolorosa por la cual pasa la onda del del deseo, como la llama a través de una sustancia sutil y diáfana. Ella, rendida y ya contagiada del ardor amoroso, murmuraba la débil protesta que arrulla y que acaricia y que sin otorgar nada lo promete todo. Un sollozo trémulo la agitaba, mientras vibraban en la noche los besos de Santiago Hermida, sobre sus cabellos, sobre sus ojos, sobre su boca.

—¡No, no, por favor!

—Sí, sí...

¿Para qué había venido sino para ser suya? ¿No lo amaba acaso? Debía tener confianza en él, que la adoraba y pretendía hacerla dichosa. Sería su linda mujercita y la sacaría de aquel medio pobre, donde se consumía su belleza ignorada, para llevarla a La Habana. Allí se amarían mucho y ella tendría todo lo que una mujer podía desear; pero ahora tendría que ser buena y no negarse a lo que ella misma experimentaba.

El enamorado vertía sobre los oídos de Conchita el viejo y siempre nuevo tema de las palabras seductoras, las eternas y vulgares palabras, que no son nada pero que hacen sentirlo todo; palabras engañadoras, falsas y efímeras, que hacen surgir imperiosamente el deseo porque tienen una gran elocuencia humana y porque en ellas cree la mujer, cuando la mujer se propuso conceder de antemano lo que niega por un instinto fundamental y obscuro de su naturaleza femenina, dueña al fin de la repulsa de un amor que se entrega defendiéndose.

—No, Santiago, eso no está bien. Vámonos de aquí... Otro día hablaremos mucho... Además, en casa quizás ellos habrían despertado y la estarían echando de menos. ¡Dios mío, qué sería de ella si llegasen a enterarse!

Conchita Fundora sollozaba de un modo que no era más que la nerviosidad extraña que suscita en muchas el

ardor fisiológico. Entre tanto la ciénaga dormía ignorante del idilio de amor que se celebraba junto al cañaveral de don Venancio La O. El comandante Fundora seguiría roncando en el silencio discreto de su casa cerrada, y su buena mujer, Desideria Ramírez, estaría soñando su sueño de mujer campesina, sumisa del deber y de su marido. ¡Don Venancio La O, qué serio estaría, rendido sobre su lecho patrialcal, con su barba respetable que le llegaba hasta el pecho, mientras Dolores Machuca y sus hijas Lola y Camila le harían coro con sus respiraciones sosegadas! El sorprendente Fengue Camacho, alcalde del barrio de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico, quizás estaría soñando con un nuevo medio fraudulento para ganar las elecciones, y Mongo Paneque, el maravilloso Mongo, despojado de sus zapatos ruidosamente amarillos, su cinto con hebilla de oro cifrada y su charla zafia y enfática, por virtud del sueño no podría comentar el conocido dicho que reza: "El camarón que se duerme se lo lleva la corriente".

¡Pobre Mongo Paneque! La cara que pondría si se diese una vueltecita por el cañaveral de don Venancio La O. Todos, todos dormían allá en el humilde caserío, mientras la eterna pareja entonaba su canto de amor, bajo las estrellas lejanas, resplandecientes y dulces.

Por fin, un gran silencio se hizo en torno de Santiago y de Conchita. Había terminado la música embriagadora de las palabras Ahora la luna, enorme y fantasmal, se ocultaba discretamente tras un montón de nubes en fuga. Y el vasto cañaveral ondulaba en su entraña profunda, como si fuese agitado por ráfagas impetuosas, rompiendo con su violenta estridencia el coro apacible de los rumores cercanos e innumerables. Era como una lucha sorda y secreta que se librara en la sombra; lucha plena de suspiros, de sollozos y de palabras entrecortadas por chasquidos delirantes y voluptuosos que semejaban besos, por pequeños gritos cortados por intervalos profundos de silencio, por arrullos, súplicas y gemidos de alguien que se queja en la soledad y que está a punto de morir para seguir viviendo la vida que alienta, perdida la conciencia del mundo circundante, más allá de todo lo terrestre y que, sin embargo, está fatalmente encadenado a todo lo que vibra, alienta, gime, llora y palpita; a todos los rumores y a todas las voces; a todas las alturas y a todos los abismos que entrañan el secreto de la

existencia y el ritmo uno y vario de la Vida, en perpetuo movimiento y en perpetua circulación.

¡Señor!, ¿a dónde me llevará el impetuoso torrente que me estremece y agita? ¿Dónde voy yo como una partícula vibrante y llena de la fuerza esencial en medio del delirio de este enorme universo, donde ruedo a impulso de la misma ley que me posee hasta la plenitud ¡Dios mío!, ¿dónde están mis pobres sentidos, que reproducen el panorama del mundo físico, mi pobre espíritu y mi cuerpo, que parece arrebatado por una corriente ciega? Sin embargo, yo vivo todavía, pero con una vida tan concentrada y tan íntima que se parece al último suspiro de la muerte...

Cuando despertaron los amantes de su gran sueño de amor ya era muy entrada la noche y una sombra densa envolvía las cosas circundantes. Cogidos de la mano recorrieron nuevamente el camino hacia La Ciénaga, presos de un dulce y doloroso silencio.

Al llegar junto a la casa de don Venancio La O, Santiago Hermida se despidió de la amada con un beso de supremo agradecimiento.

—¿Hasta mañana, nena mía!

Conchita Fundora se dirigió a su casa llena de una languidez y de un estupor invencibles. Las cosas no tenían para ella ninguna significación elocuente. ¿Qué había sucedido allá, en el cañaveral de la ciénaga? Recordó en conjunto lo ocurrido y el gran suceso pasado y, sin embargo, tan cercano, le pareció lejanísimo y apenas realizado. Entró en su casa como una sombra medrosa que tiene miedo de sí misma y de las cosas que la rodean. Una palabra de esas que se pronuncian durante el sueño y que parecía surgir de los labios dormidos del comandante Fundora la sobresaltó intensamente y su corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Se tiró sobre la cama como una pobre cosa desprovista de voluntad y se envolvió entre las sábanas para no oír ni ver nada. Después... después el hecho inevitable volvió en conjunto a hacerse lúcido en la conciencia y un gran sollozo agitó convulsivamente todo su ser. Allá afuera circulaba el blando concierto de los rumores nocturnos, y la ciénaga, que sabe guardar bien todo secreto, permanecía impenetrable entre la noche, como si nada hubiese sucedido.

B IEN al ser de día ya todos estaban en pie en la casa del comandante Fundora, a excepción de Conchita. Además de que el hombre de campo nunca deja que se le peguen las sábanas en el cuerpo, había que madrugar, porque el “probe” viejo iba al pueblo y era muy justo que al coger la bestia para caminar por esos malos caminos del diantre fuera como Dios manda, con su buen trago de café retinto en el cuerpo. ¡Por la Caridad del Cobre, que sin una buena taza de café antes de emprender el camino, el viejo veterano del 68 no era hombre para nada, pues la cabeza le daba vueltas lo mismo que cuando en la cantina de Exuperancio Martínez se propasaba en la bebida con sus amigos!

Desideria Ramírez trajinaba en la cocina secundada por la otra hija.

—Y esa muchacha, ¿qué le pasa que no se levanta y viene a tomar café?—murmuró el comandante Fundora encendiendo, después de apurar el último trago del fuerte líquido, un enorme tabaco de Yara Arriba.

—Desde la última vez que vino del pueblo trajo esa mala costumbre—respondió la buena de Desideria.

—¡Carijo con la muchacha! Bien dice Venancio La O que en el pueblo sólo se aprende a “majá” y a vender billetes de Lotería. Bueno, hasta la tarde, y esa que se levante—repitió Fundora, dando un salto de buen jinete sobre su potro bayo, sereno y fijo como un taburete y con un paso infatigable para “ripiar” el fango.

Con el sol ya salido de la Sierra Maestra se levantó Conchita, y la buena de Desideria, al mirarle la cara, le preguntó si le había repetido la “punzá”.

—¡Ave María, muchacha, qué cara tan “desmejorá” tienes! Si parece un pedazo de papel “mascao”.

—Sí, mamita, me repitió la “punzá”, pero como no quise despertarla, me levanté yo misma para hacerme un cocimiento. Ahora ya no la siento.

—Como te vuelva a doler hay que ir al “Centro” a pedir un remedio para eso, que a mí me parece que no es natural en las personas.

—No se apure, mamita, que esto no es nada; muy pronto se quita.

—Que Dios te oiga, mujer, porque esas “punzás” nunca me han “gustao” en las muchachas.

Conchita Fundora sentía una languidez profunda, una laxitud de todo su ser. Al asomarse al espejo vio su mirada de un brillo febril y un círculo morado en torno de sus ojos; encendió los labios con un toque de arrebol y empolvó su rostro moreno; después trató de encontrar su sonrisa graciosa, que era la nota más sugestiva de su naturaleza. Este alarde de coquetería, ingénita en toda muchacha, tuvo la virtud de sobreponerla un tanto a su estado psicológico. Por la tarde volvió a reír con su risa sonora y rica de matices y se acostó temprano pensando en Santiago Hermida, llena de un extraño y complicado sentimiento, mezcla de ternura apasionada y de repulsión. Trataría de no verlo por ahora, porque, sin poderlo evitar, una sensación de vergüenza le subía del corazón a la cara, y sus mejillas se encendían lo mismo que cuando la maestra la regañaba por haberla sorprendido mirándose con demasiada insistencia en el redondo espejito que se llevaba consigo a la escuela para ordenarse la roja cinta con que se ajustaba el cabello y que estaba de moda entre las muchachas del pueblo.

Santiago Hermida... ¿qué haría en ese momento aquel diantre, que a pesar de la repulsa de todo su ser no dejaba de pensar en él con cariño? Decir que no le había gustado desde el primer día que lo viera, sería tratar de engañarse a sí misma. Cuando aquella noche, en casa de don Venancio, la miró con su mirada honda y ardiente, sintió, a pesar suyo, un íntimo estremecimiento, y sin saber por qué se acostó inquieta, y contra su costumbre, con un secreto anhelo en el corazón. ¡Despertaba tantas cosas la mirada profunda de aquel hombre! Luego, hablaba tan bonito... Vamos, que tardó mucho tiempo en dormirse pensando en el muy "condenao". Cuando le dirigió las primeras frases de amor no tuvo fuerza para mostrarse esquiva. Un sentimiento, que era vergüenza o timidez, cortaba la espontaneidad de sus acciones y palabras, su voluntad negábase a mostrarse altiva, burlona o desdeñosa, lo mismo que cuando algunos de los suyos le hacían el amor con demasiada terquedad. Se había burlado de Rafael Benítez, de Manuel, el hijo del mayoral de "La Rosita" y de aquel "zorairo" de Ruperto Morejón, que la seguía a todos los bailes como un perro sin amo, y a quien una noche, en un guateque, le había dejado "plantao" para ir a bailar con Mongo Paneque, que en aquel entonces no se había puesto tan pesado. ¡Lo que se había reído también de Mongo Pa-

neque, cuando le pasaba todas las tardes a caballo por su casa, y que para entusiasmarla, en todos los sitios donde ella estaba hablaba alto y por cualquier cosa quería pelear para que lo vieran! ¡Qué sencillo! Al fin la había cansado al salirle en sombra por todas partes, obligándola un día a decirle, irritada y despectiva: "ya usted me tiene muy **jarta**". El bruto le había cogido tirría a Santiago. Bien lo había visto la noche que regresaron del Centro espiritista de Muelaquieta. Por poco ese facineroso provoca al otro y se arma una pendencia. ¡Cómo había mirado a Santiago! Nada, que Mongo Paneque la había tomado muy fuerte, pero bien sabía él que ella no le quería ni un tantico así; porque el otro se había metido de por medio, que tenía ese "aquel" que no se puede explicar bien, pero que a ella le ponía tímida y "colorá" como un clavel reventón. Por fin, había querido al otro. Por la Virgen del Cobre, que no había podido luchar mucho contra el "aquel" de Santiago Hermida y había ido a donde le dijo, como si le hubiesen echado brujería. ¿Qué pensaría Santiago de ella? ¿Le cumpliría lo prometido, aquello que le había dicho en el cañaveral de la ciénaga? Por supuesto, que nadie se había enterado de nada. ¡Lo que pensarían si algún día se llegara a saber!... Pero ella trataría de ser lo más disimulada para que la gente del lugar, que era de lo más chismosa, no la cogiera en su lengua. También tendría que guardarse de Mongo Paneque. El muy bruto todavía no se dejaba de andar detrás de sus pisadas, y el mejor día ese "condenao" era capaz de comprometerla haciendo una de las suyas. Por parte de la vieja no había que temer; ella creería lo que le dijera; en cuanto a papá, no le gustaban los cuentos y huía de ellos como del mismo enemigo malo. Con los demás había que tomar infinitas precauciones para que no hablasen más de la cuenta.

A los cuatro días Conchita Fundora hallábase de nuevo haciendo tertulia en la casa de don Venancio La O. Después de haber esquivado la intimidad con Santiago Hermida no pudo evitar el deseo de volverle a hablar, y allí estaba entre los habituales de la casa, donde se destacaba la interesante e imprescindible persona de Fengué Camacho, alcalde de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico.

Cuando los ojos de Santiago cayeron nuevamente sobre los de Conchita, ésta volvió a sentir la misma timi-

dez voluptuosa, como si un hechizo mágico emanara de aquellas pupilas de mirada húmeda, larga y ardiente, cual un rayo de sol. Volvió a sentir el encanto sugestivo de su palabra fácil y simpática, y cuando él le reprochó con los ojos el haberse escondido al pasar junto a su casa sintió una agridulce turbación, mezclada a una exquisita incertidumbre. Al haber podido ahora hablar libremente con su amor, Conchita le hubiese dicho al fin, con sencillez y como en un éxtasis de ansiedad que arrancara de nuevo de todo su ser de un modo más intenso:

—Pero, por Dios, nene lindo, ¿cómo quieres que te hablara de primera intención, si después de lo ocurrido me daba tanta vergüenza?

A medida que la sana jovialidad campesina prendía en aquellas almas sin escabrosidades sentimentales y psicológicas, los ojos de Conchita eran ahora los que buscaban los de Santiago, con una insistencia honda y sostenida que equivalía a una segunda entrega. Hermida, en el pleno dominio de sus facultades físicas e intelectuales, adaptábase al medio ambiente. Estuvo ingenioso y feliz, encantando al auditorio con su charla desenfada y simpática. Les contó anécdotas que le ocurrieron en La Habana con el político tal y la mujer del político más cual. Fengue Camacho la echaba también de mujeriego. El noble patriarca don Venancio La O celebraba aquellas ocurrencias con la misma tolerancia que tenía para sus viejos compadres cuando la bebida se le iba a la cabeza, y su mujer, Dolores Machuca, a cada frase equívoca de Hermida, exclamaba, riendo ingenuamente:

—Estos habaneros, estos habaneros son el mismísimo diantre.

Conchita Fundora, poseída de un nuevo ardor, no le quitaba la vista a su amante. Por eso Fengue Camacho, que desde hacía días venía atando cabos, dijo, con su lenguaje habitual, que no se andaba con miramiento, que Conchita se había metido en el berenjenal del amor hasta el pescuezo. Menudearon las bromas sobre Santiago y Conchita, y todos concluyeron por declarar que “aquello ya estaba conversao”. Ellos se querían de juro a Dios, o no había puerco prieto en el monte. Lo malo era que a Mongo Paneque no le diera por pelear al estimarse desairado.

—Ni Mongo Paneque ni nadie se tiene que poner bravo—objetó Conchita, deseosa de esquivar la broma de aquellos guajiros que se pasaban de ladinos, pues en to-

cante al amor cortaban un pelo en el aire, y por el hilo mostrado por alguna indiscreción podían sacar el ovillo.

Momentos más tarde hizo su entrada indispensable y sensacional Mongo Paneque, que cayó sobre los amantes como una pedrada. Apenas saludó a Santiago Hermida, a quien dirigió de soslayo una mirada rencorosa. Con su aureola de gallo fino de La Ciénaga, con su carácter zafio, charlatán y, al mismo tiempo, reconcentrado de zorro astuto y malévolo, estimaba una cuestión de honor el que Hermida le hubiese dado en el suelo, arrebatándole lo que todos estimaban como lo mejor de lo mejor. Desde el viaje al Centro de Muelaquieta comprendió que el maldito habanero no había perdido el tiempo; esto le tenía fuera de sí; además, aquella muchacha le gustaba más que el tomar café, que ya era decir. De mucho tiempo le traía sin resuello, y ahora, cuando más esperanzas tenía de que con la constancia aquella fruta en sazón se desprendiera de la rama, venía ese cochino habanero a meterse de por medio, dejándolo como don Alonso cuando lo ensució la vaca. ¡Carijo!, esto había que llevarlo hasta el último momento. Dejaría de llamarse Mongo Paneque. Por eso a su llegada se complació en hablar un lenguaje lleno de equívocos y de reticencias, donde se dolía de la ingratitud de algunas mujeres y la intromisión de algunos hombres que venían al campo a burlarse de las pobres guajiras. A Santiago Hermida, como estaba de buen humor, aquello le hacía gracia. Le dio la razón a Mongo Paneque con pérfida ironía. Hombres como Mongo Paneque, tan regionalistas y que sabían defender lo suyo, eran lo que necesitaba a toda hora la Patria.

—Mongo es muy patriota —objetó don Venancio La O—, sólo que cuando la guerra él estaba mamando, si no, él se hubiera portado muy bien, porque para enamorar mujeres y gastarse la plata bailando, Mongo es un rayo. Además, él era de los Paneques, y ningún Paneque ha dejado de ser patriota, quitando a su tío Lorenzo, que era guerrillero y llevaba los “soldaos” a donde estaban nuestros campamentos.

Al decir estas cosas don Venancio le guiñaba un ojo a Fengue Camacho, con infinita malicia. Dolores Machuca, que comprendía la broma de su marido, dijo, sinceramente, que Mongo era un buen muchacho, aunque algo loco. Desde chiquito fue así. ¡Las gallinas que le había cogido para venderlas en el pueblo! ¡María Santísima!

ma, qué hábil era Mongo para robarse las gallinas! Don Venancio era también de la misma opinión de su mujer. Pero Mongo Paneque ahora no estaba para bromas; con un amplio gesto de mosquetero rural que está sumamente ofendido, encasquetóse el sombrero tejano y salió con brusquedad de la casa del muy ilustre patriarca don Venancio La O. Rieron todos aquella salida de Mongo. Mongo estaba bravo, y cuando Mongo estaba bravo había que dejarlo. Don Venancio puntualizó con donaire socarrón:

—Compañeros, qué fuerte le ha “dao” a Mongo.

Para diafanizar el ambiente, enrarecido por los malos gases de Mongo, el ilustre don Venancio refirió anécdotas, un tanto subiditas de color, de su juventud, cuando era peón de ganado del abuelo de Lico Olivera. Entonces él se burlaba de todas las mujeres y sólo pensaba en comer y en trabajar para tener algo en el mañana.

—Yo no sé cómo me enamoré de ésta. Debí de estar ciego y muy malo de la cabeza.

—Sí, sí —respondía la buena de Dolores Machuca— estabas ciego, pero siempre ibas a parar a los bailes donde me hallaba y nunca te caíste en ningún pantano por no ver el camino. Bien que abriste zanja frente a mi casa y yo me escondía riendo para ver lo que hacía aquel sencillo. Sin embargo, hoy bien que nos queremos los dos—. Aquí don Venancio La O hacía desbordar su franca alma campesina en una sonora carcajada que hacía ondular la luenga barba patriarcal que le llegaba hasta el pecho. Lola y Camila, ingenuamente bonitas, a cada frase graciosa de los demás creían un deber de esmerada educación el reírse también, pero no perdían ojo para las miradas de Santiago y Conchita. También ellas, en el fondo, como todos los de La Ciénaga, estaban atando cabos.

Momentos más tarde Santiago Hermida, por fin, pudo acercarse a Conchita y hablarle muy bajito:

—Ayer te estuve esperando impaciente; ¿por qué no fuiste, por qué te escondiste de mí al pasar junto a tu casa?

—No me dejaban salir. Además, la vieja está mala.

—Mentira; ella está buena, demasiado buena. Es que te faltaba la voluntad. Ingrata. ¿Así pagas el cariño del hombre que no ha dejado un momento de pensar en tí? Pero, ya se ve: aquello sólo había sido un capricho de mujer antojadiza. Está bien, trataría de olvidarla y no volvería a pensar en ella, ya que ese era su gusto y tan

poco significaba para su corazón el dulcísimo secreto que los unía.

Santiago Hermida, conocedor, por la práctica frecuente, del corazón de las mujeres, dio en el punto sensible con aquellas palabras. Conchita, roja de pena y de ansiedad, murmuró con una suave voz de terciopelo, llena del tono sumiso que tienen todas cuando quieren, y que en esta vez era como un arrullo por donde se desbordaba el anhelo contenido, mientras sus ojos sobre los ojos del amado derramábanle una mirada honda, húmeda y ardiente como el mismo corazón agitado por el deseo de volverse a entregar todo entero, cual una ofrenda espontánea de la madre Naturaleza.

—Sí; había luchado por no verle más, por no pensar en él. Hasta creyó que le había cogido tirria por lo que había pasado aquella noche. Pero se había engañado. Parecía cosa del enemigo malo. Pasado aquel momento en que no sabía nada de sí misma y en que se había prometido no volverle a ver, algo le iba diciendo bajito, muy bajito, que aquello era mentira de su mismo corazón. Poco a poco la voz se hizo más apremiante, más imperiosa y entonces comprendió que lo quería, que le era difícil luchar contra el amor. Ahora sólo tenía en el fondo de su corazón, más que rencor, una penetrante ternura y un hondo agradecimiento por aquel que la había hecho tan dichosa. Se había dicho: “No iré, no iré, no iré”; y allí estaba, a pesar de todo, como atraída y hechizada por un diantre que le había robado toda voluntad; allí estaba a merced de su amor.

—Pero, por Dios, nene lindo; tenían que tomar infinitas precauciones para que nadie se enterase. Además, ¿le cumpliría lo que le prometiera? ¿No abusaría de ella, dejándola abandonada, como hacían otros?

Santiago Hermida prometía lo que en su caso prometen todos, y ella acaso no se preocupaba demasiado de las promesas, cuando en el fondo estaba la silenciosa y profunda voluptuosidad que despierta todopoderosa y que sólo quiere su propia satisfacción del instante que pasa. Y volvieron a amarse en el cañaveral de la ciénaga, con alguna inquietud, pero con más ardor, en medio del abandono del deseo y a despecho de las infinitas precauciones que tomaban para librarse de la curiosidad de los demás. Ahora Conchita Fundora ya no lloraba, sino que llevada de su ímpetu loco en los transportes del amor, con los ojos velados por un fuego sordo y ardien-

te, mientras a través de su rostro moreno cruzaban resplandores ígneos para terminar en una palidez de muerte, murmuraba, en un trémolo grave:

—¡Cuánto te quiero, cuánto te quiero, Santiago mío!...

Pasaban los instantes sin retorno alrededor de aquella pasión desbordante. Eran los soplos sutiles y profundos de los árboles y el aire, el aliento vasto de la montaña, la voluptuosidad de la tierra fecunda, las emanaciones ligeras y emponzoñadas de la ciénaga, el rumor de oleaje de los extensos cañaverales, los efluvios de la noche y de la campiña; en fin, el aliento vital de la madre Naturaleza que desde todos los gérmenes y los surcos les infundía su soplo poderoso y profundo de intensa fecundidad. bajo la comba inmensa de los cielos y la mirada impasible de los mundos lejanos, cuya luz pardeante les iluminaba la senda por donde retornaban inefablemente silenciosos y castos, después de haber vibrado al unísono en el gran universo sensible, donde la criatura humana no es más que una débil partícula, plena de ese mismo impulso que lo une todo en el amor, uno y diverso, y en el seno armónico de la Naturaleza inmortal.

XII

A pesar de las infinitas precauciones que tomaron los amantes para librar su amor de las sospechas de La Ciénaga. La Ciénaga, que tenía ojos innumerables y el instinto de la suposición que casi siempre acierta, lo decía, lo afirmaba y lo propalaba con el turbio regocijo y la exquisita malevolencia que ponen las sociedades humanas, especialmente las pequeñas, cuando el prójimo les da margen para hablar más de la cuenta.

¿Quién dio la noticia? Todos y ninguno. ¿Quién lo vio? Nadie y todos.

Se decía que habían visto salir a Conchita de su casa en altas horas de la noche, y a esas horas, ¿a dónde iba Conchita sino a verse con el habanero? Otros habían visto a Santiago Hermida salir de casa de don Venancio y dirigirse al cañaveral. ¿A qué iba el habanero al caña-

veral, a media noche? Eso, eso, a quererse con la hija del comandante Fundora.

La Ciénaga lo había dicho, y cuando La Ciénaga lo dijo, sus razones tendría. "Voz del pueblo, voz de Dios".

Uno de los que aún no estaban bien al corriente de los grandes sucesos que agitaban a La Ciénaga era Mongo Paneque, pero Mongo era el eterno fantasma de Conchita, que no la dejaba ni a sol ni a sombra; he aquí por qué Paneque casi no sabía nada todavía. Por aquello de que el que más mira menos ve. Además, él no le daba crédito a sus oídos; como Santo Tomás de Aquino, necesitaba ver para creer. Y entonces... por eso tampoco veía cómo algunos se daban con el codo al verle pasar, mientras se decían, con la taimada socarronería del campesino: "Este Mongo, este Mongo es más dichoso que el que se casó con doncella sin saber que había tenido marido". Como se ve, hasta las piedras se divertían en La Ciénaga. La aldea es la aldea; no deja pasar nada sin el consabido comentario. ¿A santo de qué era ese continuo secreto que el habanero se traía con la hija del comandante? Vaya, que la cosa estaba clara.

Así seguía La Ciénaga, obedeciendo a su instinto de murmuración y de curiosidad malsana, propalando hasta la exageración lo meramente sospechado, como si estuviese cansada de verlo. Los pueblos pequeños son así: tenaces para mantener vivas todas las impresiones; una vez consolidados una fama, un error o un prejuicio, no se destruyen jamás; la murmuración les sirve de guía, la malicia, de turbio entretenimiento, y el odio o el desprecio, de sostén a través de la hora y el hombre que pasan. En muchas aldeas la crónica de veinte años pasados se mantiene viva como si hubiesen sucedido los hechos el día anterior. Por eso las malas lenguas de La Ciénaga tenían abundante tela donde cortar, especialmente entre los enemigos del comandante Fundora, que le llamaban mentecato y mal padre, por no saber cuidar a sus hijas. ¡Pobre comandante! Por ser el que más le interesaba el suceso, todavía no se había enterado, como tampoco don Venancio, viviendo en aquel lugar, donde todos se conocían y se enteraban de las cosas antes de suceder; pero los que gustaban más de este plato sabroso con verdadero deleite sibarítico eran las buenas comadres de La Ciénaga.

—¡Cómo está el mundo, comadre Julia; vivir para ver!

—¡Vivir para ver, comadre Sinforosa! ¡Quién lo diría!

—¡Quién lo diría!...

—Yo desde que “vide” a ese pintacopas, tan plantillero, con sortijas en las manos y sombrero de “huevo frito”, me dije: Tate, aquí va a haber algo. Por la Virgen Santísima que en “seguía” me lo figuré:

—¿Cómo no, comadre? Si el habanero vino con ella, que es tan “salía”, y siempre se está dando cascarilla frente al espejo. Se encontraron en el camino cuando él venía con Fengue Camacho. A mí nunca me gustó esa fantásica que usa tanto trapo “colorao” y se pinta la cara lo mismito que el payaso de los maromeros que estuvieron aquí el año “pasao”.

—Esa, esa brinca la tranquera, como las potrancas redomonas, el día menos pensao, me dije; no había más que verle la cara.

—Y vaya si la brincó, comadre Sinforosa.

—¡Las cosas que se dicen! Se dicen cada cosa, cada cosa, vamos, que me da pena el decirlo. Yo sólo digo que todas las noches la espera el otro en el cañaveral de la ciénaga.

—La espera, sí, señor, y ella, la muy “lampuza”, va lo mismo que a una romería.

—¡Qué falta les hace que les echen los perros!

—¿Y qué pensará ese muchacha, con ese hombre venido aquí de la noche a la mañana, y que de seguro será casado?

—Nada, creer en lo que él le diga, para que luego, cuando esté “jarto” de ella, la abandone, dejándole una gracia en la barriga.

—En eso habrá de parar, por novelera y por chiva.

—Y que el habanero se pinta solo.

—Yo don Venancio, no lo dejaría de la mano. ¿Quién quita que se atreva con Lolita o Camila? Mire, comadre Sinforosa, que otras cosas mayores se han visto.

—Por eso esa “sanaca” de Desideria, que tiene los hijos muertos en la barriga, no debe dejar de la mano a las demás, con el ejemplo que le da la otra.

—¿Y Mongo Paneque? ¿Qué dice de eso Mongo Paneque?

—Figúrese, comadre, lo que dirá después de haberla perseguido sin lograr nada.

—Tiene muy mal genio ese Mongo, y me parece que el mejor día la hace. ¡Vaya que sí la hace!

—Como si lo estuviera viendo.

—Y a todo esto, Desideria y don Etelvino, sin saber nada, como si les hubieran echado tierra en los ojos.

—Ellos siempre tienen tierra en los ojos. Son los últimos que se enteran de lo que pasa en el mundo.

—Y ahora en su casa también.

—Yo tengo ganas de decírselo.

—¡Qué Dios la libre, comadre; para que don Etelvino se ponga bravo, pues él dice que no le gustan los cuentos!

—¿Que no le gustan? Pues entonces que se entere por su cuenta, que nada he dicho.

—Yo ya cumplí con mi deber de vecina.

—Y yo también.

—¡Cómo está el mundo, comadre Julia!

—¡Cómo está, comadre Sinforosa! Se ha vuelto el mismo diantre

—Vivir para ver.

—¡Quién lo diría!...

Este diálogo interesante tenía lugar entre las dos casas más lejanas de La Ciénaga, de cocina a cocina y entre dos comadres, mientras una muchacha grande le regaba maíz a las gallinas, un cerdo comía un trozo de caña y el perro fiel, amigo del hogar y del fogón, miraba filosóficamente para la cara de su dueña como diciendo: “échame comida en lugar de hablar tanto”.

Estas dos comadres, una era mujer de un carretero y la otra, según se decía, lo era de su esposo, y también de otro amigo del esposo. Vivaracha y menuda como una rata, la una, la otra alta, morena y gruesa hasta la obesidad.

Entretanto los amantes, ajenos por completo al rumor que se levantaba en torno de su amor no legalizado por el Registro Civil o la mano consagradora del señor cura, seguían concurriendo, como desde el primer día, al cañaveral de la ciénaga, refugio discreto de su amor culpable que había recibido entre su amplio lecho de esmeralda las confidencias secretas de dos almas y el estremecimiento profundo de dos cuerpos enlazados, a través de cuya sangre, nervios y espíritu pasaba la corriente poderosa y fecunda del amor, mientras la charca sombría no prolongaba el eco de sus gritos delirantes, porque en su espeso y turbio cristal de agua estancada moría todo suspiro, toda caricia y todo beso, ya fuese de la luz del día, de la luna y las estrellas o de dos bocas

amantes y enamoradas. Ellos tenían la inconsciencia del que escucha solamente a su propia voz y a su propio deseo, sin enterarse de las miradas maliciosas que les dirigían los demás al pasar, sin ver la sonrisa burlona que contraían las bocas y sin oír las palabras referentes a su secreto descubierto que ya iba pasando de lengua a lengua y de casa a casa lo mismo que el fuego cuando prende a través de los extensos cañaverales a los que consume la llama voraz inevitablemente, mientras las cañas, sin poder desprenderse de sus fecundas raigambres, se entregan obedientes al ardiente abrazo del fuego conjurado en torno de sus doradas lanzas y de sus bizarros penachos. Ellos sólo tenían ojos y oídos para verse y oírse en el gran delirio del amor que muere para renovarse al otro día.

Pensando en todo esto, decidí aconsejar a Santiago Hermida una noche en que me hallaba acostado, descansando de la fatiga de todo un día a través de la campiña, que iba perdiendo para mí todo interés, a medida que pasaban los días y casi siempre cosechaba en ellos los mismos pantanos, fatigas y aguaceros torrenciales. Dentro de poco estaría terminada la enumeración, y ya yo tenía unas ganas apremiantes de marcharme de La Ciénaga, como quien desea salir de una isla apartada del mundo. Muy finamente, muy delicadamente nos despediríamos de todos: de don Venancio La O, de Lolita y Camila, que aquí entre nosotros, y sin que esto sea el echármelas de don Juan rural, me miraban de un modo alarmante que me daba mucho en qué pensar. No iban a ser todas las glorias para Santiago Hermida. En fin, me seguiría despidiendo del comandante Fundora y familia, del incomparable Fengue Camacho y hasta de Mongo Paneque, esa nota rotunda y pintoresca de La Ciénaga. Sí; pondría en autos a Santiago Hermida de lo que pasaba, de una manera hábil y discreta, para no alarmarle, pues su aventura en La Ciénaga ya no era un secreto para la mayoría.

También yo, como Santiago Hermida tenía mi encanto secreto: un amor que estaba allá, por la serranía, donde "Cristo dio las tres voces". Era un pequeño cerdo, gordo y luciente, que me habían regalado; entretanto, ¡cuánto tardaba Santiago Hermida aquella noche!; había tomado esta aventura campestre con demasiada fuerza, mientras su gran novela nacional y patriótica continuaba escrita por las primeras cuartillas como casi todo en

la vida del hombre. Un poco más tarde resonaron pasos cautelosos, abrióse la puerta de nuestro cuarto y penetró Santiago Hermida, deliciosamente fatigado y con un brillo errabundo en las pupilas.

—Qué bien se conoce que te has divertido, gran pícaro, pero puede llegar un día en que la diversión te cueste hasta un ojo de la cara. ¿Has pensado en eso un instante siquiera, en medio de tu delirio amoroso?

—Tú estás loco esta noche, Vicente Aldana.

—¿Loco?

—Sí, loco de remate. Vicente Aldana, yo creo que te has metido a moralista, que es la posición más cómoda del hipócrita. Además, vislumbro por tu actitud que me vas a predicar un sermón, que lo has venido elucubrando durante mucho tiempo en esa tu ilustre cabezota, que no te la mereces.

—Bromas aparte, Santiago. No se trata de un consejo, sino de una prudente advertencia.

—Me llenas de alarma, criatura.

—Quería llamarte al orden y a la realidad, hijo mío; eso es todo.

—¿Y cuál es esa realidad que tanto te preocupa?

—Escucha. ¿Tú has tomado en serio tu amor con esa muchacha?

—¡Vaya una pregunta! La muchacha me gusta y me divierte, eso es todo.

—¡Famosa contestación, digo yo a mi vez! ¿De modo que tú crees que todo el campo es orégano?

—¡Qué se yo!

—Vienes a La Ciénaga a escribir una novela nacionalista y patriótica, no la escribes y tan sólo la dejas en el mismo lugar que cuando la trajiste. Enamoras a una guajira, te corresponde, y ambos, de una manera inconsciente, vais casi todas las noches a pasear a un cañaveral. Todo esto está muy bien, pero, ¿no has pensado en el medio donde estamos? ¿No has pensado en que los demás tienen oídos y lenguas? ¿No has pensado en la familia de la muchacha, en sus parientes y amigos? ¿No has pensado tampoco en el gran Mongo Paneque, que va diciendo por ahí que el mejor día te va a romper algo? Además, ¿qué clase de amor es el tuyo? ¿Perjudicas, querido, a esa pobre muchacha, a quien abandonarás, segu-

ramente, cuando nos vayamos! Santiago, Santiago, que mal te veo; a tí te van a dar unos palos y, para evitarlo, lo mejor será que te moderes y nos vamos tan pronto como yo termine.

—Agradecido por el consejo, pero déjame a mí, que yo sé bien lo que me hago.

—Bien, yo he cumplido con mi deber de amigo; ahora, allá tú.

—Que la tierra me sea leve. Amén.

Santiago Hermida se despojó de sus ropas y de sus zapatones rurales, y tendiéndose cuán largo era en la cama que le ofreciera la hospitalidad cordial de don Venancio, me dijo:

—Estoy muy fatigado y tengo ganas de dormir. Entonces diremos que hasta mañana. ¡Cómo “destronca” el amor, Vicente!

Minutos más tarde Santiago Hermida dormía como un buen monje, mientras yo le contemplaba quitándome también los zapatos. Allá fuera se oía el viento, precursor de los primeros aguaceros de agosto. “Magnífico tiempo para enumerar”, me dije. “Mañana “Doña Tomasa” y yo tenemos que ir a Las Caobas para ver cómo cae por allá el padrón nacional”.

XIII

POR la mañana partí para Las Caobas, con un buen sol que caía alegremente sobre las hojas de un verde recién lavado. El aguacero de la noche había puesto un frescor de nido en las sementeras, una caricia vibrante en el aire dulce y un poco de amor fecundo en la labor del campesino que cortaba la caña para la molienda, conducía el arado a través de la tierra con su clásica yunta de bueyes, llevaba la carreta rechinante a lo largo de los caminos cenagosos o le daba una mano de azadón al terrenito pleno de yerbajos para realizar la siembra futura. Un cielo intenso y despejado caía como una luminosa bendición sobre la tierra madre, y entretanto la pobre “Doña Tomasa” metía a cada rato la pata a través de los charcos y vericuetos de la campiña. Llegué,

por fin, a Las Caobas, enumeré a todo el mundo, almorcé en la casa de un pobre guajiro que me ofreció sus viandas, y hasta tomé café en la casa de otro sitio, donde asistí al concierto sinfónico de media docena de muchachos que gritaban con toda la fuerza de sus tiernos gaznates; cuando me disponía a regresar, no pude. ¡Gran Dios! Se había desatado un enorme aguacero con fuertes ráfagas de viento y todo lo demás. Me guarecí en un pequeño bohío abierto a la franca rudeza del viento y por donde penetraba la lluvia que me mojaba la ropa; había en aquel hogar un hombre, una mujer y dos muchachos pequeños. Junto al fogón apagado, un perro parecía meditar en lo amarga que es la vida cuando no se tiene dinero. Eran tan fuertes las ráfagas de viento que la casa retemblaba y la mujer se puso a hacerle coro a los muchachos; entretanto el hombre, creyendo que se trataba de una manga de viento, cogió una escopeta y se puso a fusilar al vacío... Era ya muy entrada la noche cuando se terminó el aguacero; monté sobre "Doña Tomasa" y me lancé al misterio de la noche negra. De allá lejos, más allá tal vez de la Sierra Maestra, venían relámpagos fugaces que me cegaban la vista, alumbrándome el camino por breves instantes y entretanto, tropezando aquí, resbalando allí y cayéndose allá, me llevaba "Doña Tomasa" poco a poco a La Ciénaga. Al llegar junto al pantano grande que está en la finca de don Venancio, ¡cataplúm!, se cayó la yegua, y, desde luego, yo fui a parar al medio del pantano. Sentí en todo mi cuerpo la desagradable impresión del nauseabundo elemento; casi me mareé. "¡Doña Tomasa!" "¡Doña Tomasa!", grité más tarde en la noche profunda y desolada; pero "Doña Tomasa" no me oía... ¡Dios mío!, ¿qué le habría pasado a la yegua? Salí como pude de aquel atolladero y me dirigí penosamente a La Ciénaga. Cuando llegué era la media noche. Santiago me esperaba inquieto; al verme, gritó:

—Gracias a Dios que has llegado; creí que te hubiese ocurrido alguna desgracia.

—¿Por qué?—le contesté.

—Pues porque la yegua vino sola.

Ambos nos reímos a más no poder de la ocurrencia, y como venía muerto de hambre y de fatiga, me tiré vestido sobre la cama, después de haberme comido un trozo de carne y casi medio caldero de boniato.

CON la rabia rencorosa de su amor despedido, era ya evidente que Mongo Paneque quería chocar como lo había prometido.

—¿Qué le ha hecho usted a Mongo, que no le puede ver ni en pintura. —le decían algunos a Santiago.

—Nada, que Mongo es así y se ha creído que todas las mujeres del universo son de su propiedad.

—Mongo Paneque es muy bruto; ande el habanero con cuidado.

—Sí, Mongo Paneque es muy bruto; de eso hace rato que estoy perfectamente convencido.

En realidad, en el fondo, el mozo le daba a Santiago Hermida algo en qué pensar, pero como él había llegado a La Ciénaga sin el permiso de este mosquetero rural, que usaba zapatos escandalosamente amarillos y se cogía miedo a sí mismo al hablar, su amor propio de hombre afortunado en el amor le decía que no era digno irse medroso de aquel lugar, para él muy dulce, sólo porque Mongo se había puesto bravo. Este, al ver a Hermida, ya no ocultaba su hostilidad. Efectivamente, Mongo estaba demasiado bravo y ¡ay de aquel con quien Mongo se pusiese de punta! Eso decían casi todos en La Ciénaga, a excepción de algunos que habían visto correr a Paneque con demasiado empeño y que le concedían que era algo perro, aunque traicionero, como los cobardes que dan por la espalda.

Fengue Camacho, que ya empezaba a ver en Santiago Hermida una sombra política que no le dejaba lucir su verbo impetuoso en la tertulia de los prohombres de La Ciénaga, cuando se trataba de los sagrados intereses de la Patria, que él defendiera con un pedazo de vaca ajena en la boca, según la mala lengua de los contrarios, le iba haciendo sordamente “una campaña”, despertando en los jóvenes el sentimiento secreto de hostilidad que tienen todos los hombres para aquel que les sobrepuja en el triunfo que desearan para sí. Después de todo, Mongo tenía razón; el habanero se había metido en patio ajeno para cantar más alto. Mañana se iría, después de haberse burlado de todos. El otro día, hablando en casa de don Venancio La O, quiso lucirse, se atrevió a meterse en eso del reparto de las tierras y le dio la ra-

zón a los pobres campesinos. Ese “huevo quiere sal” y para algún fin que se adivina pretende atraerse a las gentes.

En realidad, al capitán Comevacas (así le llamaban a Fengue Camacho los contrarios políticos), que se tenía por la primera personalidad política del lugar, ya aquel intruso le empezaba a llenar la cachimba de tierra. El se sabía de memoria el cuento de las melosas palabritas que a nada conducen. Para ser representante, alcalde o senador de la República, no se necesitaba hablar bonito ni ser sabio. Los sabios estaba probado que no sirven para nada, porque casi todos son locos. Lo que hacía falta para ser alcalde, representante o senador, era hacer mucha política efectiva, tener lo que tienen los hombres cuando se llega el caso: mucha energía, gramática parda y mano izquierda; lo demás sólo eran cuentos y música celestial. Que a uno de esos sabios de salón se le ocurría decir que para gobernar se necesitaba inteligencia, ¡palos con él!, porque ese quiere vivir del cuento.

Fengue Camacho sabía subirse, cuando llegaba la hora, en un taburete, y decir al pueblo soberano lo que había que decirle. ¡Carijo, pues no faltaba más!

Le hacían gracia esos candidatos que hacen la campaña política y vienen al campo hasta con polvos y palillos de dientes, y que cuando van a comer piden tenedor. ¡Qué **zorairos**! Fengue Camacho, cuando se trataba de “ripiar” una vaca, no se andaba con muchos pormenores. Tenía unos dedos saludables y fuertes que le había dado la madre Naturaleza para que se sirviese de ellos en todo tiempo y lugar. Tenía un buen gaznate para tomarse hasta una cuarterola de ron y además sabía hacer con su machete filigranas; por eso le gustaba un representante amigo suyo, por quien había votado la gente como un solo hombre. Este excelente representante, de origen camagüeyano, cuando venía a realizar la campaña política, no se andaba con boberías. ¿Que no había chismes con qué comer?, no hay que apurarse por tan poco. Este agradable sujeto le quitaba el machete al primero que le venía a mano, cortaba un buen gajo de la primera mata y hacía una púa para pinchar la carne asada. ¡Qué muchacho tan fino y considerado! Antes de comer llamaba al último correligionario de La Ciénaga, y abrazándole como hermano, le decía cariñosamente:

—Oí vo, José Ramón, da aquí una mordía.

Eso es la verdadera democracia y lo que se necesita en la política para gobernar, no palabras floreadas, inteligencia y modos de señorita.

He aquí por qué a Fengue Camacho ya no le gustaba Santiago Hermida; hablaba floreando y se las echaba de sabio.

Aquel día Mongo Paneque llegó a casa del señor alcalde y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico sumamente contrariado. Con el sombrero tejano encasquetado hasta el pescuezo, los ojos duros y hostiles, el puño crispado, amenazando al espacio en un ademán pintorescamente apocalíptico y los zapatos más amarillos que nunca, Mongo Paneque parecía la estampa del Anticristo. Su mismo cuerpo semejava temblar de miedo ante el coraje de Mongo. Mongo estaba bravo, y cuando Mongo se incomodaba, iba a la casa de Fengue Camacho, donde había buenos tabacos y un magnífico ron, siempre a la mano de los hombres de pelo en pecho que sabían portarse bien con el gran Partido Cívico.

—Ese habanero, ese habanero se me ha **parao definitivamente** en el estómago. Como se haga el bobo le voy a partir en dos tapas la cabeza, lo mismito que una güirra.

—¡Ave María, Mongo, qué sanguinario “ilegai”! ¿Te ganaron la plata en la cantina de Exuperancio Martínez? Paciencia, paciencia y calma, muchacho, que el sol está también muy bravo. Ya ganarás. Vaya, tómate un Bacardí.

Con su eterno gesto desenfadado y socarrón, Fengue Camacho fue en busca de una botella para calmar las iras de Mongo.

—Vamos, dispárate el cañonazo —exclamó Camacho con infinita malicia, poniéndole a su amigo una mano sobre el hombro y presentándole la botella—. Penas al viento, y a darle un beso a la muchachita.

Mongo Paneque no era muy aficionado a la bebida, pero nunca despreciaba a Fengue Camacho.

—No está mala esta carta oro, pero ese perro habanero es un camastrón. ¡Por mi madre, que la vamos a tener!

Al decir estas cosas, los ojos de Mongo fulguraban de rencor y celo, como los de un gato montés bajo la luna de enero, mientras Fengue Camacho, sarcástico y taimadamente ladino, volvía a presentar la botella al mo-

zo irritado por su mala ventura en la conquista del gran amor de su corazón.

—Vamos, otro beso, que la gallina no es tan arisca como Conchita, y siempre consiente que los amigos la toquen.

—No quiero más. A menos que este ron fuera la sangre de ese cochino.

Fengue Camacho soltó una estrepitosa carcajada y guardando la botella se contentó con decir:

—Muchacho, qué fuerte te ha “dao”. ¡Ni que Conchita fuera la cédula electoral de un contrario, para sofocarse tanto en cogerla! Verdad que el habanero es un sinvergüenza y la muchacha una chiva ruina, pero qué se le va a hacer. Paciencia y al tiempo, que con paciencia y tiempo hasta la fruta más verde se desprende de la mata. Lo importante es que ese tipo no tome vuelo y tenga que salir de aquí como perro con vejiga. De eso me encargo yo. Después amansaremos a la muchacha, porque el mundo es mundo y donde bebe uno pueden beber dos, y... hasta tres.

—No estoy ahora para bromas de esa clase, Fengue—respondió vivamente Mongo.

—Este Mongo, este Mongo es más bruto que el mulo de Juan Antonio. Muchacho, como sigas así te desgracias, y vas a perder güiro, calabaza y miel.

Viendo la terquedad pasional de Mongo, Fengue Camacho abandonó un tanto su tono zumbón, y tomando una actitud mayestática, muy peculiar en él cuando hablaba de los asuntos transcendentales del Comité y de la política con don Venancio y los prohombres del partido en Tontópolis, acomodóse dignamente en su gran taburete cívico (forrado de piel de “venao” con tachuelas amarillas), convencido de que el Primer Magistrado de la República, desde su silla presidencial, y el Papa, desde su Solio sacratísimo, no estarían mejor instalados que él para verter su consejo saludable en el sublime verbo del civismo, el amor patrio y la consecuencia política. Vio en lontananza a la República oyéndole casi de rodillas; entonces, entonando la voz, aquella voz tan de Camacho, le habló así al exaltado agente electoral del noble barrio de La Ciénaga:

—Acuérdate, Mongo, que pronto entraremos en el período electoral. Por eso, si sigues de esa manera, comiendo tu sopa de ajos, ¿quién se ocupará entonces de mover a la gente de las lomas y de meter en cintura a los car-

neros del coronel Monpié?... Mongo, hay que ser hombre; Mongo, hay que tener temple y consecuencia política. Lo de menos es que le hagas una de las tuyas a ese Santiago Hermida, mucho más estando nosotros aquí para respaldarte, pero acuérdate que no te perteneces, porque eres del Partido, y cuando un hombre tiene el honor de pertenecer a nuestro gran Partido Cívico, la Patria está con él. De modo que si por ahora haces algo malo, no se lo haces al habanero, sino a la Patria... Mongo, hay que ser cívico, tener disciplina y no dejarse embohar por las musarañas del amor. ¡Malditas sayas, que vienen a interponerse en el camino de un verdadero patriota!...

Aquí Mongo Paneque, por primera vez en su vida, no oyó los graves consejos del alcalde de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico.

—Vamos, Fengue, deja eso para los verracos de la Sierra. Ya estoy harto de que me duerman con la misma canción. ¡Como que ese perro aconsejador me ha mordido ya tantas veces!...

Y aplastándose el tejano sobre la terca cabeza, Mongo Paneque salió irreducible de la casa del gran político de La Ciénaga.

Fengue Camacho exclamó sarcástico por todo comentario:

—¡Compañero, esta Conchita Fundora le ha “echao” a Mongo brujería.

Evidentemente, Mongo Paneque estaba bravo y quería chocar con Santiago Hermida.

XV

AL fin, Mongo Paneque se salió con la suya. Chocó con Santiago Hermida de una manera estrepitosa y pintoresca. Fue en un baile, en Las Caobas, bajo una amplia enramada de pencas de palma y ante una selecta concurrencia de lo más conspicuo del partido.

La pollería de La Ciénaga y de Las Caobas, la que sabe bailar como Dios manda, estaba allí, rindiéndole el debido homenaje a la irresistible Terpsícore.

Volteaban las parejas entrelazadas y sudorosas al son de un órgano traído expresamente del pueblo y que contenía en su mágico cilindro lo más caliente y fresco que se bailaba y cantaba en La Habana popular, que se surte de los bufos del teatro Alhambra.

**Allá en la Siria hay una mora,
que tiene los ojos más lindos,
que un lucero encantador.
¡Ay, mora!...**

Un entusiasmo frenético y desbordante reinaba en la sala de baile. Los elegantes de La Ciénaga y Las Caobas se portaban bien. Las muchachas, del brazo de sus galanes, se dormían dulcemente, como si un anhelo intenso les surgiese de lo más profundo de su ser, incendiándole el cristal de sus pupilas con un fuego gozoso y turbador. Ellas hubieran querido que el órgano no parara nunca su son voluptuoso y lánguido.

**Acábame de querer,
no me martirices más,
que mi corazón está
que se devora...**

Santiago Hermida y Conchita Fundora eran la admiración de la concurrencia. Los ojos en los ojos, casi la boca en la boca, giraban amorosa y acompasadamente a impulsos de un ritmo cordial.

Por quererte tanto, mora...

En el período álgido del baile un grito penetrante como de chiquillo desvelado surgió del interior, allá en la casa contigua. ¡Maldita contrariedad! Una bailadora llamada Juana Tomasa desprendióse vivamente de los brazos de su galán, y, desabrochándose el corpiño, corrió a donde partía el grito. “¡Condenao muchacho... Ocurrírsele esas cosas ahora que el baile estaba en el mismito punto de la melcocha!”

**Allá en la Siria hay una mora,
que tiene los ojos más lindos,
que un lucero encantador.
¡Ay, mora!...**

El alcalde de La Ciénaga y delegado a la Asamblea por el Partido Cívico también estaba bailando. ¡Imposible que él faltara!

Traía una bailadora que bailaba en la misma palma de la mano. Era la **comay** Candelaria Morejón, que tenía bien sentada su fama en diez leguas a la redonda.

**Cuando volverá
Nochebuena,
cuando volverá...**

—¡Cómo se agarra el capitán Comevaca!—le decía un chusco a otro que tenía al lado. Y el capitán Comevaca, en el colmo de sus glorias, no se acordaba de las elecciones, de los fraudes, de los gallos ni de Cristo que lo fundó.

Cuando él bailaba se quedaba ciego, sordo y mudo. El gran Fengue Camacho se divertía en el baile de Las Caobas como un ciudadano libre de la República.

¡Ay, mora!...

Cuando mayor era el entusiasmo del baile se apareció un importante personaje que, abriéndose paso bruscamente entre los que estaban de pie mirando danzar a las parejas, se plantó en el salón.

—¡Aquí está Mongo Paneque! El gallo fino de La Ciénaga.

Éste, penetrado de su importancia, dirigió una mirada circular para ver cuántas pobrecitas criaturas de las que tenía padeciendo había allí. Sus ojos tropezaron con Caridad Moralobos, una chiquita delgada y pecosa que lucía una enorme flor en la cabeza y un traje que ellas le llamaban, sabe Dios por qué, "color Ofelia".

Una expresión de reproche por no haberle visto por su casa desde hacía un mes surgió del rostro de la bella Cachita. Mongo Paneque se dio cuenta, pero como era hombre que no toleraba imposiciones de nadie, se acercó a su víctima inevitable, porque estaba de Dios que estas cosas sucedieran en el mundo. Le preguntó con tono agrio y grave, como convenía a la situación:

—¿Y esa cara?

—La misma que **tenei vo**—contestó enfadada Caridad.

Mongo Paneque le volvió la espalda por no entrar en enojosas discusiones con una novia que casi ya tenía olvidada, y poniéndose frente a un grupo de amigos empezó a mirar a las parejas para ver con quién iba a pasar bailando el resto de la noche. Pidió un cedazo pero a poco se aburrió. No le gustaba la bailadora, que era limón puro.

En realidad todo su empeño era bailar con Conchita Fundora, como él sabía hacerlo en ciertos casos, delante de las mismas narices del otro. Había ido allí expresamente para eso. Lo demás no le importaba una calabaza.

Pero como quería no aparecer despechado aparentaba no darse siquiera cuenta de que ellos estaban allí. Ahora todas las miradas estaban fijas en la pareja más gentil del baile, Conchita y Santiago Hermida. Ellos bailaban como los propios ángeles del cielo, según el decir de Salomé Pernia, que era una autoridad indiscutible, porque en sus buenos tiempos bailaba toda una noche sobre el mismo ladrillo. Santiago Hermida estaba en el quinto cielo, enardecido por los ojos de Conchita y por aquella música lánguida y ardiente que le era familiar como una canción de cuna:

**Acábame de querer,
no me martirices más,
que mi corazón está
que se devora,
por quererte tanto, mora...**

Se acordó de sus bailes de Jesús del Monte y de la Víbora. De aquellos dichosos Domingos de Piñata, cuando, bajo la discreta máscara protectora, llevaba al Nacional a su pareja rítmica y dulce como un turrón de coco.

De toda su sangre y de todo su espíritu surgía ahora un ritmo lento y profundo, a modo de una enorme serpiente, que, en torno del tronco secular de una selva africana, fuese formando espirales vibrantes, con la vibrante espiral de sus anillos.

**Acábame de querer,
no me martirices más,
que mi corazón está
que se devora,
por quererte tanto, mora...**

Penetrado de la influencia sensual de aquella música, marcaba todos los pasos con precisión limpia y absoluta, para después girar como un torbellino de fuego en las vueltas de amplia extensión ondulatoria y luego retornar felino y grave hacia el ritmo primordial, a la manera de una ola que marcha acompasadamente a la playa a depositar su blanca corona de espumas.

Allá en la Siria hay una mora...

Todos le aclamaron delirantemente, y Santiago Hermida, que lo comprendía, decía a sí mismo con el franco orgullo de su frivolidad criolla:

—Yo no tengo la culpita...

—¡Bien, muy bien por el habanero!...

Mongo Paneque estremecíase de rabia.

Intensamente pálido y con un reflejo de llama de alcohol en las pupilas, se acercó a la pareja y bruscamente pretendió bailar con Conchita. No le hicieron caso y continuaron bailando. Mongo Paneque gritó, colérico, que él tenía que bailar con la muchacha y si no, allí “se formaba”. El no podía consentir que ningún “arrastrao” del pueblo le viniera a dejar delante de la concurrencia lo mismo que don Alonso, cuando lo ensució la vaca.

Intentó nuevamente bailar con Conchita. Rápido cual un relámpago, Hermida le dio una bofetada ruidosa en plena cara; Mongo Paneque dio algunos pasos hacia atrás, como si pretendiera sacar un arma, pero Santiago, con un movimiento agilísimo, se apoderó de un taburete, que descargó con toda su fuerza sobre la cresta del gallo fino de La Ciénaga; ¡María Santísima, la que se formó entonces!...

Los amigos de Mongo se lo llevaron para afuera.

—¡Déjenme, que lo mato —decía el enfurecido Mongo, con la seguridad de estar bien agarrado—, **compay** Julián, por su madre, déjeme matar a ese perro que me ha “dao” a traición...

Mongo Paneque lloraba, aullaba y hasta echaba espuma por la boca, en el paroxismo de la rabia.

—¡**Compay** Julián, por favor, suélteme, que lo mato!

Pero los buenos amigos, que conocían de sobra el genio de Mongo, no lo soltaban, porque el mozo bien se veía que estaba deseoso de beber sangre.

—¡Mongo, Mongo, no te comprometas; hazlo por tus amigos!

Mongo no atendía; lo que él quería era comprometerse. Por eso los amigos no lo dejaban, porque Dios es misericordioso y clemente y no quiere que entre sus hijos ocurran barbaridades. Bien se veía que Mongo Paneque era un bárbaro, chorreando sangre de la cabeza.

A la sazón la sala de baile se había convertido en una verdadera celda de locos. Algunos chuscos habían apagado los candiles, y era de ver la confusión que reinaba entre la gente, que momentos antes rendía culto sosegado al irresistible baile criollo.

Gritos, puñetazos, palabras de grueso calibre, hombres y mujeres, todo andaba allí revuelto. Una mujer se quejaba de que la estaban pellizcando. Otra de que la habían tocado de un modo algo inconveniente. Un hombre preguntaba, en el colmo de la ira, que quién era el camastrón que le había dado un puñetazo en un ojo.

Se había valido de la ocasión de que la luz estaba apagada, y él estaba besando a su prieta.

Entretanto, Mongo Paneque seguía con el estribillo:

—¡Déjenme, **compay** Julián, déjenme, que lo mato!...

Así terminó la última gran hazaña de Mongo Paneque, bravo y heroico mosquetero de La Ciénaga...

XVI

—**P**ERO, mi nene lindo, ¿qué diablos se te metió anoche en el baile? Parecías un facineroso dándole golpes a Mongo. ¡Malo! ¡Qué susto me hiciste pasar!... Verdad que, a poco rato, te hubiese comido a besos viendo que saliste fresquito de la pelea. ¡Virgen Santísima! ¡Qué “rebumbio” formaste, muchacho! Lucinda Morejón se desmayó, yo salí con el vestido azul celeste hecho un ripio, y a mi madrina Rosa Camejo se la llevaron para su casa con el ataque... ¡Ella, que estaba tan oronda fumándose su tabaco! Probablemente se lo daría el enamorado de Panchita, que, según dicen, siempre lo hace “para amansar a la vieja”. ¡Qué lástima de tabaco y de baile echados a perder por culpa de Mongo! ¡“Condenao” de hombre! ¿Y no le cae arriba una caoba y lo “derrienga” para toda la vida?...

Como si el recuerdo de la víspera añadiera un prestigio nuevo al hombre que estaba junto a ella, Conchita besó a su amante con pasión y con orgullo de hembra rendida, que se siente halagada y satisfecha en su pasión y su amor propio. Después siguió derramando sobre los oídos del adorado su charla voluble y multicolor, como el vuelo trémulo de una mariposa enamorada del aire y de la luz.

—¡Qué cosa más rara, mi cielo! Tengo miedo por ti y por mí, y no sé por qué...

—No seas boba, mi sántica—murmuraba Hermida, invadido de improviso por un nuevo ardor intensísimo, haciendo estremecer los labios de la muy ardiente y gozada con un beso profundo que hizo morir, convertido en un arrullo tembloroso, el rumor apasionado de las últimas palabras.

—Sin embargo —volvió a decir la amorosa, ligeramente inquieta y turbada—, mucho cuidado, mi vida, con Mongo Paneque. Me da el corazón que ha de intentar hacer una diablura. Es tan perro y rencoroso ese maldito... Cuando se apareció en el baile, sin haberlo llamado nadie, presentí que iba a suceder algo. ¡Tan odioso! Mucho cuidado con ese, mi amor; por culpa de él me regañó el viejo y creo que no me dejarán ir el sábado al baile de La Bermeja.

Conchita se abrazó nuevamente a su amado, presa del complicado sentimiento del deseo y del recelo instintivo, y nunca mutuo abrazo de amor fue más ardiente, más intenso ni más exquisitamente doloroso.

Estaban, como siempre, junto al cañaveral de don Venancio La O, testigo eternamente murmurador, y que, sin embargo, lo había oído todo sin revelar nunca una sola palabra. Más allá la ciénaga, enigmática y turbia cual un impuro espíritu humano, desde su superficie muda enviaba a los amantes todo el secreto mal de su entraña podrida. Un velo diáfano era la noche, alcahueta amorosa de todo aquello que se realiza a espaldas del día. De la tierra vasta, se levantaba hacia la inmensidad el infinito e innumerable rumor de las cosas, y el aire vibrante y dulce era como un gran disco que se llenase de todos los ecos y de todas las voces de la campiña natal.

—¿Me llevarás a La Habana cuando te vayas?... Me lo has prometido. Quiero ser tu linda mujercita, como tú dices. Chico, estoy cansada de esta gente y de estas

cosas. ¡Qué bueno sería vivir sin sobresaltos, contigo, en una casita muy limpia, donde yo te esperaría siempre con los brazos abiertos, mi santico!

El amante no contestaba, pero sentía resbalar a lo largo de su medula y de sus nervios semidistendidos el veneno sutil de la pasión sensual, cuyos últimos ecos morían siempre en su sensorio, como una caricia enervante y lánguida, después de haber sentido el choque de aquella carne violenta que se plegaba a su carne cual una substancia bullente y diáfana a punto de extinguirse para renacer más viva y abrasadora a cada largo intervalo, reclamada por el llamamiento vital de la especie y de la bestia.

Los nervios del amante conocían ya profundamente todo el registro sensual de aquel maravilloso teclado de amor, espontáneo, poderoso y bello como ninguno, para exaltar los sentidos hacia su máxima plenitud, llevando la ciega furia del deseo y del goce hasta los mismos linderos del dolor, que está en el fondo de toda pasión humana.

Una mano, ya sin el ardor ciego del deseo, resbalaba ahora a través del cuerpo gozado intensamente, y un beso de supremo agradecimiento y de instintiva repulsa de los sentidos saciados vibró en la noche sobre los labios enervadores y cálidos de la mujer, todavía enlazada al cuello del amado.

—Calla, mi nena, y estate quietecita...

Santiago Hermida, deshaciéndose suavemente de aquella profunda y complicada enredadera carnal, se tendió boca arriba. Sus ojos de hombre rendido, desde su lecho de la tierra, buscaron el descanso del cuerpo y del espíritu en la inmensidad honda y remota.

Allá en la región de las alturas, las estrellas parecían ser la varia e innumerable mirada del infinito. Las había de todos tamaños, expresión y brillo. Intensas y vivas como un dolor sin término, derramando su luz resplandeciente e inalterable en el espacio sin mañana ni ayer. Diminutas, ténues, y anegadas en un polvillo luminoso, en una leche sutil y diáfana. Claridad tranquila y violácea, casi inmaterial, como una visión del espíritu.

Muchas veces él, para distraer la espera de Conchita, contemplaba las estrellas, y había sentido vértigo al imaginar la distancia remotísima donde se hallaban pren-

didas al manto profundo de la eternidad. Y su espíritu llenábase de asombro y de terror sagrado al pensar en la sucesión de días y de noches que se necesitaba para que la luz de aquel punto perdido en la calma secular del espacio llegara a hacerse sensible a la pupila humana.

Ahora todas las lámparas grandes y pequeñas de las constelaciones visibles, estaban allí, palpitantes de vida, como el ritmo cordial del corazón, de la sangre y de las arterias, y enviando a Santiago Hermida misteriosos signos lejanos.

La vía láctea era un lago de luz en cuyas ondas etéreas y armoniosas vagaba la infinita vibración de los mundos diversos...

Cuántas, cuántas estrellas en la altura para alumbrar el lecho diminuto donde se amaban dos criaturas mortales, hijas de un planeta hermano, y que tal vez, para otros amantes rendidos por la fugaz ventura del amor, brillara también la tierra como una diminuta estrella perdida en la noche secular del espacio y del tiempo.

Una caricia de la mujer turbó la momentánea abstracción mental de Santiago.

—¡Caramba, no se puede estar mucho tiempo mirando a las estrellas cuando se tiene junto a sí a una mujer hermosa!...

—¡Santiago, mi vida!, ¿en qué estás pensando?

—En ti, chiquilla—galanteó tiernamente el hombre, sintiendo llegar a sus nervios una vibración sutil. Débil punto de sonoridad en el espacio, que anuncia el retorno de la tormenta.

¡El amor de los sentidos, siempre el amor de los sentidos! Por él muchas veces se habían disgregado en su espíritu y en su voluntad la acción fuerte de la lucha y los propósitos firmes de su vida.

Había venido a La Ciénaga a escribir una novela nacionalista y patriótica, y estaba viviendo un poema de amor físico.

Incorporóse y dirigió una mirada larga en torno a la campiña envuelta en la noche estival a modo de un ramo florido entre la ligera penumbra de una alcoba de amor. Después de todo, el amor sensual no es desagradable. Ya habría tiempo para escribir la novela y ocuparse de ser un hombre serio y entrar en la política para bien de la Patria.

¡La Patria! En los actuales momentos, ¿qué era de la Patria? Sacudida intensamente por un tremendo desastre económico, estaba al borde del abismo, y desde allí, donde podría hundirse para siempre, esperaba el auxilio de sus hijos, pero casi todos sus buenos hijos estaban ocupados, como Santiago Hermida, en su pasión y entregados a sus ambiciones rapaces y efímeras del momento.

Imaginó el sueño de la revolución desvanecido, y aquella campiña, pedazo fecundo de la Patria, en manos extrañas. ¿Qué haría él para salvarla y salvarse? Porque es muy bello vivir y morir en el dulce regazo de la buena tierra maternal, sin que se turbe el último sueño de los que lucharon, amaron y sufrieron por ella...

—¿En qué piensas, mi vida?—volvió a preguntar Conchita Fundora, estampando un beso impetuoso y loco en los labios del soñador y teórico patriota.

—En nada, vida mía.

Y como si aquel beso tuviese el poder de despertar sus rendidas potencias, Santiago se olvidó de las estrellas y de la patria, y entre los brazos de su amante penetró otra vez en el reino sin forma y sin nombre, donde se muere momentáneamente para resucitar más tarde con una indefinible angustia en el espíritu y un poco de sopor en el cuerpo...

.

—¡Mucho cuidado con Mongo Paneque, mi santo, que es capaz de cualquier cosa!—casi susurraba Conchita a su amado cuando retornaban a La Ciénaga.

—¡Al diablo Mongo Paneque!—rió Santiago, poniendo en los labios de Conchita un beso de despedida—. ¡Hasta mañana, mi prieta!...

El poblado de La Ciénaga dormía su confiado sueño de todas las noches; a lo lejos y cercano oíanse cantos de gallos presagiando el día; más acá un perro ladraba al sentir el rumor de sus pasos; alguna luz se filtraba a través de las rendijas del bohío de algún campesino madrugador que esperaba el café antes de dirigirse a su faena cotidiana. Y entre tanto, Santiago Hermida caminaba hacia la casa de don Venancio La O con el único deseo, en el alma y en el cuerpo, de caer sobre el lecho. Triste cosa pesada y rendida que busca el sueño como un descanso eterno.

XVII

AQUELLO de obscuro y torvo que tienen los instintos humanos y que Mongo Paneque despertara entre los que deseaban a Conchita, flotaba ahora en el ambiente de La Ciénaga, como una sutil emanación, plena de los gérmenes diversos que enturbian la serenidad diáfana del aire y de la conciencia humana. Esta atmósfera fue poco a poco circundando a Hermida, a modo de un haz invisible de malos pensamientos. Mongo Paneque tenía el aire de los días en que meditaba. En sus ojos, de un intenso brillo metálico, cruzaban relámpagos fugaces, como si a través de sus cristales el alma se quemara en un fuego sordo y vivo, de hornillo infernal. Tal era la luz cárdena y silenciosa que animaba aquellas pupilas de gato montés. Contra su costumbre, hablaba poco; pero siempre reía, con su sonrisita taimada y falsamente cándida. Cuando le hablaban de Santiago Hermida hacía un gesto vago y afilaba la sonrisa sutil de santo o de conejo. Por eso casi todos en La Ciénaga creían que Mongo se había dejado ya de su obsesión amorosa y de su rabia para con Santiago; pero los que le conocían bien y por afinidad instintiva veían en él la expresión humana y sensible de sus malas ideas, se decían íntimamente, sin atreverse a darle forma ruidosa:

—Ese Paneque hará al fin una de las suyas. Ese se desquitará en la hora menos pensada del taburetazo que le dio el otro en el baile de Las Caobas. Por mi madre que va a ser así—exclamaba el incomparable Fengue Camacho.

Sin embargo, don Venancio La O opinaba que aquello había sido un arranque de muchacho que tiene sangre en el cuerpo. ¡Carijo, lo que es el amor propio cuando se es joven!

Aquella noche, después de haber jugado el jornal del día, Mongo Paneque había ido con Antonio La O, Rafael Ortiz, Etelvino Fonseca y Manuel Pernia a la cantina de Exuperancio Martínez, y el buen Exuperancio les había servido varias rondas de ron, que los muchachos trasegaban en medio de una charla bulliciosa y zafia. Sólo Mongo hablaba sin estrépito, cuidándose de llenarles el vaso a sus camaradas. Los mozos poco a poco se fueron animando, y cuando se habló de conquistas femeninas y riñas, todos habían tenido infinitas aventuras

de sangre y de amor. Este se había llevado la mujer de un guardia rural; aquél la hija de un colono y la concubina de un veterano; el de más allá, él solo, con un pedacito de machete, había dado cuenta de seis, frente al callejón de El Tamarindo —que se lo preguntaran al capitán Comevaca si no era cierto—; ¡por la Virgen del Cobre! Como quien no quiere las cosas, Mongo Paneque habló de cierta gente de la ciudad que viene al monte a burlarse de las pobres guajiras y a darles en la cabeza a los del patio, llevándose la mejor gallina del gallinero. A la verdad, dejar que ese gallo cantara en el patio ajeno, era intolerable y vejaminoso. Todos pensaron en Hermida y en Conchita, y sin que nadie lo propusiese pusieron de acuerdo porque encontraron en las palabras de Mongo Paneque algo que ellos no se atrevían a decir en voz alta. Solamente lo pensaban, dándole así satisfacción interior al rencor inconsciente del deseo despechado, porque todos habían sido pretendientes sin fortuna de Conchita Fundora.

—A la verdad, que ese **pergüétano** no debiera hacer lo que está haciendo.

—Y en nuestras propias narices.

—Sí, en nuestras propias narices, como si le importásemos una calabaza.

—¡Lo que se reirá de nosotros cuando se vaya!

—Y tendrá razón, porque nosotros somos unos gallinas—murmuró Manuel Pernia, echándose al colete el último trago de ron.

—Sí, eso; unos gallinas.

Un silencio se hizo de pronto en torno de los amigos, silencio en que cada cual se consultaba a sí mismo, de una manera obscura y torva, para al fin ponerse de acuerdo con el designio de los demás.

—Si fuéramos a darle un susto a ese tipo—dijo de pronto Mongo Paneque, derramando sobre los circunstantes una mirada larga e imprecisa, mirada que tenía la indiferencia aparente de todo aquello que se dice o hace con un fin preconcebido.

—A estas horas ellos deben estar en el cañaveral de La Ciénaga.

—Sí, sí, eso es; vamos a darles un susto para que sepan que el cañaveral sólo se ha sembrado para cortar caña.

Todos se levantaron haciendo eses. Sólo Mongo Paneque estaba sereno, y con paso firme tomó la delantera.

Echaron a andar detrás de Paneque, formando una ruidosa algarabía. La noche era clara y profunda, una de esas noches estivales del trópico que derraman sobre los campos su dulzura amorosa y diáfana, que se hacía más sensible y elocuente por el aire que se respiraba y por la exquisita vibración con que las cosas se entregaban a los sentidos del hombre. Bajo el cielo encendido de estrellas aquella tropa, ciega a los encantos de la hora, entonaba un canto inacorde y zafio, canto de gente achispada, de cuyos sentidos empañados por la niebla que dan los tragos de alcohol huía, medrosa y asustada, la belleza de la noche.

—Por aquí, por aquí, compañeros—decía Mongo Paneque.

—Menudo susto se va a llevar ese prójimo.

—Hay que darle una paliza.

—Pero no vayan a ser tan brutos que lo empujen a la ciénaga—concluyó, con intención oblicua, Mongo Paneque.

—Eso, no—dijo uno.

—Pero sería gracioso verlo correr delante de una buena vara de yaya—objetó otro.

—¿Y si se vira delante de la mujer?—puntualizó Manuel Pernia.

—Si se vira, si se vira... pues entonces, a ponerlo derecho—subrayó sombríamente, a media voz, Mongo Paneque.

De pronto el chirrido áspero y agorero de un pájaro nocturno rasgó la diáfana serenidad del aire. Mongo Paneque sintió un estremecimiento imprevisto, y murmuró:

—¡Sola vayas!

—Sola vayas, comadre lechuza—corearon los demás, en tanto que ya próximos al cañaveral oían su ondulación apacible y rumorosa de onda marina bajo el fulgor de la luna.

Santiago Hermida esperaba lleno ya de ese malestar sutil que da la impaciencia de las esperas prolongadas. Hacía más de una hora que aguardaba a Conchita. Acaso por última vez, ¡quién sabe! Al otro día partiría, pues al fin empezaba a sentir la conjura instintiva y secreta de La Ciénaga. Esta ciénaga, que, imperceptiblemente, como la otra ciénaga, le enviaba sus emanaciones enve-

nenadas y sutiles. A él le gustaba Conchita Fundora, ¡ya lo creo!; aquella hermosa flor encendida en la campiña fecunda y maternal, tenía un raro perfume violento que se le entraba nervios adentro, turbándole el espíritu y enardeciéndole la sangre, como por virtud de un agudo fármaco hecho para despertar la voluptuosidad de los sentidos en toda su plenitud. Sí, una vez en los brazos de aquella ardiente muchacha, en cuya boca los dientes blanquísimos eran el maravilloso teclado que daba los tonos profundos del amor físico, sentía la sensación intensa del placer hasta el ardor doloroso. Por eso quería despedirse aquella noche con todos sus nervios y con toda su sangre. Tal vez dentro de algún tiempo volvería a La Ciénaga, para verla o sacarla de allí. Bien merecía la muchacha ese sacrificio. ¡Pobre guajirita! Había sido tan buena, tan dulce... y tan intensa. Una vez en la ciudad, trataría de escribir su novela **La Ciénaga**, que no había podido escribir ahora por culpa del amor de la muy loca y gozada. No obstante, mejor había sido que se quedara al principio de la primera cuartilla como cuando la trajo de La Habana. Ahora, al comenzar a componerla allá en su casa amplia y confortable del Cerro, tendría los elementos necesarios y esenciales: la experiencia objetiva del propio medio ambiente y el perfume real y sensible de una pasión sentida en plena campiña oriental y engendrada en sus sentidos por la que aguardaba con impaciencia junto al gran cañaveral de don Venancio La O. Santiago Hermida, saliéndose de su propio pensamiento, que se reconcentra para meditar, dirigió una mirada a las circunstancias, pero Conchita no vino, como siempre, al encuentro de su impaciencia. ¿Qué le habría pasado? Ya era hora de que estuviese en sus brazos amorosa y palpitante, para sentir el deleite siempre renovado de todo su ser voluptuoso. ¿Qué haría la esperada? ¿Acaso despertarían sus padres, lo sabrían todo y la impedirían salir? Hermida hacía esas preguntas interiores y problemáticas, nacidas al calor de la dilatada impaciencia. Daba grandes pasos nerviosos, atormentado por el hábito fisiológico de tener a la adorada en aquella hora bajo la ardiente presión de su boca, y su deseo se hizo sutil y vibrante como una cuerda musical a punto de romperse.

Del vasto cañaveral surgió un rumor confuso y sosegado, y sobre sus espaldas el aire se hacía ligero y ti-

bio. En el cielo, profundamente sereno y combo, brillaban inalterables las lámparas de la noche. Por algunos instantes, una estrella de un brillo tenue y dulce desde su remota inmensidad sacó el espíritu de Santiago Hermida del círculo objetivo y circunstancial; pero un tropel de voces cercanas rompió el mágico hechizo, devolviéndole al fenómeno inevitable de la vida ordinaria.

—Ahí está, ahí está el prójimo—dijeron en voz baja los del grupo de Mongo Paneque, que ya habían llegado.

—No veo la gallina alzada del patio—murmuró con tono socarrón Etelvino Fonseca, mozo éste con fama en La Ciénaga de magnífico humorista y que tenía frenillo en la lengua y una nube en un ojo.

—Toma, se habrá metido en el cañaveral—dijo Manuel Pernia, a lo cual objetó Rafael Ortiz.

—Si se ha escondido, la sacaremos de allí para que nos vea la cara. Ahora mucho miedo y antes muy poca vergüenza. Vaya usted a fiarse de las mujeres. La que más y la que menos, es una chiva “salía”.

Mongo Paneque, que quizás sabía más que nadie a donde estaba Conchita Fundora, cortó la conversación furtiva con tono enérgico.

—Silencio, muchachos, y prepararse a darles el susto. Me parece que nos han visto ya.

Santiago Hermida, habiendo oído el rumor de las voces, miró ahora destacarse el grupo muy cerca y que avanzaba en su dirección. Hermida tuvo la certidumbre plena de su desamparo en medio de aquella soledad, y por un fenómeno intuitivo que su instinto de conservación hizo lúcido y sensible en la conciencia, pensó en la ciénaga que, silenciosa, pérfida y turbia, alentaba cerca de él, como una imagen objetiva de las fuerzas enemigas que nos acechan constantemente. Esta certidumbre del espíritu, del cuerpo y de la imaginación, en su proceso instantáneo encadenó a la memoria otras asociaciones de ideas, que se levantaron como fantasmas ingrátidos del mundo oculto y profundo de lo subconsciente. Se renovó en su espíritu con más fuerza e intensidad la impresión de horror instintivo que recibiera la primera vez que dirigió su vista a los turbios cristales del enorme charco mortífero. Recordó hasta una broma de Fengue Camacho y volvió a sentir sobre sus ojos la mirada singular de Conchita Fundora, que le dijo con un tono casi misterioso y sibilístico, cuando vadeaban la ciénaga:

—Si usted se cae ahí con su caballo y no le tiran algo donde agarrarse, no vuelve a salir más nunca. Son muy malas esas tembladeras.

Un terror integral y profundo le circuló rápido por todo el cuerpo haciéndole estremecer hasta la última raíz de sus cabellos, e instintivamente llevó su mano derecha junto a la cintura. Se le había olvidado el revólver. Estaba inerme y a merced de una pandilla de mozos zafios que por su aparición imprevista y su aspecto de conjura le dieron a entender que tenía que defenderse de un ataque enemigo. Entre tanto la noche, que se tornaba densa y profunda; la noche, amiga del delito y de los amores furtivos, que ampara las torpes acciones del hombre malo con la misma indiferencia impassible que las del bueno, hacía imponente el aspecto de aquel paraje solitario, donde las cosas tenían para Hermida un no sé qué de misteriosa complicidad con el grupo de Mongo Paneque, así como éste, sintiéndose protegido por el mundo silencioso de todas las circunstancias, que nada revelarían, porque le aseguraban la más absoluta impunidad, dijo con el atrevimiento del que se sabe el más fuerte.

—Aquí es donde yo te quería coger, so perro. Ahora me la vas a pagar, para que sepas a qué saben las gallinas robadas. Arriba con él, muchachos.

—¡Cobardes, cobardes!—gritó Santiago Hermida, e hizo ademán de atacar con el mismo impulso instintivo de si le hubiera dado por huir—. Todos ustedes se han conjurado en contra mía por despecho y por instigación de ese sinvergüenza, que es tan cobarde que no se ha atrevido a venir solo. ¡Cobardes, cobardes!

Este coraje impetuoso de Santiago Hermida tuvo la virtud de cortar la acción a los compañeros de Mongo Paneque. En medio de la niebla de su embriaguez les sorprendió una imprevista flaqueza de voluntad para atacar. Después de todo, el hombre no les había hecho nada.

Con una intuición rápida, Mongo Paneque comprendió lo que pasaba en el alma de sus camaradas, y proponiéndose ganarlos para su torva causa, les dijo con el designio secreto de asociarlos a la responsabilidad de su acción:

—¿Cómo? ¿Le han cogido miedo a este castrón? Eso no es de hombre. Arriba con él. Del cobarde no se ha

escrito nada. Hay que darle una paliza a este perro, que se ha burlado de nosotros en nuestras propias narices; a darle una paliza, para que después no diga que somos unos infelices.

—¡Cobardes, cobardes!—repitió como en un eco Santiago Hermida.

Bajo el poder de las palabras de Mongo Paneque, aquel grupo de muchachos reaccionó, y un sentimiento de amor propio exasperado invadió aquellas almas groseras y sin matices psicológicos. Todos se abalanzaron sobre él. Manuel Pernia le dio un fuerte puñetazo en la cara. Santiago Hermida, al sentirse golpeado, se volvió loco de furor, y como un desesperado luchaba contra todos, profiriendo interjecciones terribles. De una sacudida vigorosa echó por tierra a Rafael Ortiz; pero los otros redoblaron sus golpes sobre Santiago, con la seguridad y la confianza de los que tienen de su parte la mayoría y las circunstancias. Ya fuera de sí, y en el vértigo de la lucha, Santiago Hermida fue reculando hacia la ciénaga, cuyas orillas al nivel del suelo y cubiertas por una ligera hierba, para los que no la conocieran era disimulada y pérfida como una cobarde asechanza. Entonces fue cuando el malévolo Mongo Paneque aprovechó la oportunidad de hacer lo que desde algún tiempo había madurado en su cerebro estrecho y sombrío: de un empujón brutal arrojó a su odiado rival al enorme charco de agua y cieno estancados. Aturdido por los golpes, Hermida sintió a través de todo su cuerpo la sensación húmeda y viscosa de la ciénaga, y con la garganta contraída por el horror, aun pudo gritar:

—¡Cobardes!... ¡Cobardes!...

Entonces todos tuvieron la conciencia y el horror de la innoble acción realizada, y en lugar de salvar a la víctima, echaron a correr, medrosos, a través de la campiña desolada, acusando cada cual a los demás y con el anhelo secreto de borrar lo sucedido de sus mentes. Sólo Mongo Paneque no tenía miedo, por haber hecho colectivo su solo crimen. Entretanto la víctima, en medio de su aturdimiento y de su abandono, forcejeó por salir de aquel antro fatídico; pero algo así como sutiles ligaduras le ataban con obstinada tenacidad, y a medida que trataba de salir se iba hundiendo lentamente, muy lentamente, como si un espíritu infernal le atrajese imperioso hacia el fondo de la charca.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó Santiago con un trémolo de angustia en la garganta contraída. El eco de su voz se perdió en la absoluta soledad de la tierra y de los cielos; muy cerca de él el vasto cañaveral, testigo de las entrevistas furtivas y dosel rumoroso y movable del lecho inmenso de la tierra, donde los amantes sintieron el supremo estremecimiento del amor, ondulaba como un mar en calma, sin que la más simple de sus hojas se contrajese de horror por lo que estaba sucediendo. Aún forcejeó por salir una vez más, Santiago Hermida, en un ademán desesperado hacia las estrellas lejanas, resplandecientes y dulces, que arrojaban su luz inalterable sobre la turbia ciénaga; pero ninguna mano amiga respondió al afán doloroso del inevitable abandonado. La soledad era imponente y de su seno surgía el horror, que hacía a la noche más horriblemente impasible, más plena de misterio y más propicia al drama que tenía lugar en el seno turbio e impuro de la charca.

Por la mente de Santiago Hermida pasó como una síntesis fugaz su vida toda, toda su vida llena de esperanza de amor, y como un niño abandonado, pronunció el supremo grito que todos tienen cuando están al borde de lo irremediable:

—¡Madre, madre!...

Después, después fue sintiendo cómo las últimas fuerzas le abandonaban, cómo una mano férrea detenía su último grito en la garganta, cómo una humedad viscosa le penetraba en la boca, mientras parecía tirar implacablemente algo monstruoso de sus pies hacia un abismo de sombras... Era la ciénaga, que le atraía, era la ciénaga que él se propuso describir en su novela, la que le mataba, taimada y cobardemente, la ciénaga, que se lo tragaba con la perfidia disimulada y atroz de esos medios sociales donde muere toda pura y alta esperanza humana.

Santiago Hermida, abandonado de todos, en medio de la gran impasibilidad natural, descendió hacia el fondo de la charca, con la tristeza irremediable de todo lo que sucumbe inesperadamente y se apaga. Ahora la luna, como en la primera noche de su cita de amor, enorme y fantasmal, se ocultaba tras un montón de nubes en fuga, y la ciénaga, turbia y oscura como el espíritu de aquel paraje del crimen, alentaba enigmática y nocturna, cual si fuese la imagen oculta del mal en el abismo insondable de la conciencia humana.

XVIII

CON el nuevo sol circuló la nueva por toda La Ciénaga, poniendo en aquellas almas sencillas un temblor de asombro y de consternación. El habanero se había tirado o lo habían empujado a la ciénaga, pero, ¿quién podría ser? Algunos sospechaban de Mongo, pero se cuidaban de sofocar esa espontánea interrogación en el fondo más remoto de la conciencia, no querían nada con la justicia, a quien temían como al mismo enemigo malo. Por eso sólo se contentaban con decir: “¡El pobre! ¡Quién lo había de pensar!” Así daban libre curso a esa humana piedad que tiene hasta el más burdo corazón ante la desgracia ajena.

He aquí que las buenas comadres no se cansaban ahora de repetir con tono piadoso:

—¡Lástima de joven; después de todo, quizás se hubiera casado con Conchita Fundora!

—No tendría nada de particular, porque parecía llevar muy buenas intenciones.

—Y cómo hablaba, comadre, y lo que sabía.

—Sí; esa gente de allá de La Habana habla bien y sabe mucho.

—A veces más de la cuenta—murmuró torpemente una comadre, que en La Ciénaga tenía fama de pensar y hablar mal de todo el mundo, porque cuando no encontraba un hecho humano digno de censura, lo inventaba.

—Debe de haber allí de todo, como en botica, comadre Rosa.

Calláronse las buenas comadres. De pronto la comadre Rosa dijo, con un brillo de infinita malicia en las pupilas pequeñas y vivaces.

—¿Y si Conchita, en un arranque de genio, empujó al otro al charco por algún pique de amor?

—¡Ave María Purísima, qué cosas se le ocurren a usted! La pobre muchacha, bastante tiene con lo que tiene, o debe de tener ya en la barriga.

—Ya lo creo, porque como el otro está muerto, no podrá casarse.

No satisfecha la comadre Rosa con el efecto de sus primeras palabras, volvió a sus malos pensamientos con intención torva y aviesa:

—¿Y si ha sido Mongo Paneque entonces? Ustedes bien saben cómo andaba de “enamorado” de Conchita; ustedes saben que el otro se le metió de por medio, y un hombre tan “ilusionado” como lo estaba Mongo es muy capaz de cualquiera cosa.

Todos tuvieron el mismo pensamiento de la comadre Rosa, pero como eran almas sencillas que tenían sobre todo a la justicia, contentáronse con decir:

—Usted es muy mal pensada, Rosa; nadie es capaz, por amor, de hacer una cosa así, que llora ante los ojos de Dios; además, Mongo será todo lo que se quiera, pero no tiene esa mala alma que digamos.

—Una mala alma la tiene cualquiera—concluyó la comadre Rosa, muy satisfecha de haber dejado en el alma de sus convecinos una sutil interrogación hacia una probable certidumbre.

—¡Esa madre!—murmuraron algunas después de un paréntesis de silencio.

—La pobre madre, ¿cómo se pondrá cuando lo sepa?

—¡Cómo se pondrá, Virgen del Cobre!

Alguna, enternecida, enjugó una lágrima que le saltó espontánea a la pupila pensando en su hijo que estaba ausente y bien podría sucederle una desgracia como aquella.

—Sin embargo —puntualizó la comadre Rosa—, bueno será no ocuparse mucho de este asunto por aquello de no andar metido en cosa de justicia. Así se despidió la comadre Rosa de sus convecinas; indudablemente, había tenido con sus amigas un rato de honesto y ameno esparcimiento.

Entretanto Antonio La O. Rafael Ortiz, Etelvino Fonseca y Manuel Pernia, sumido cada cual en lo más profundo de sí mismo, vivían una vida tirante y nerviosa de sobresalto, de un malestar moral, algo parecido al temor y al remordimiento. Aquellas almas sencillas, hechas como superficie bruñida, para reflejar lo más complejo del mundo objetivo sin complicarlo, maldecían constantemente a ese “perro” de Mongo Paneque, que había despertado sus malos instintos y que, aprovechándose del alcohol que les tupiera los sesos, los había asociado a una mala aventura, que muy bien podía llevarlos al presidio.

—¡Maldito sea Mongo Paneque y el mal padre que lo engendró!—murmuraba en el colmo de su temor Manuel Pernia.

Gracias que el dueño de la cantina donde Mongo ultimó aquella mala obra era hombre amigo de los amigos y que no hablaba más de la cuenta; si no, a esas horas estarían en manos de los rurales.

Después de terminada la tarea cotidiana, no iban, como antes, a jugar al dominó y a tomar copas en la cantina de Exuperancio Martínez. Dejaron los sitios donde podían encontrarse con Mongo Paneque, ese mal hombre que había sido hasta guerrillero.

No obstante, éste, seguro ya de sí mismo y sin la conciencia turbada por el recuerdo del hecho reciente, decía en casa de Fengue Camacho, con su fulgurante mirada torva:

—Después de todo, el muchacho era simpático; hábale cogido tirria porque era muy natural tenérsela cuando le había quitado la gallina de la mano; pero había sentido su muerte como el que más: ¡El pobre! ¿Qué rayos le pasaría para tirarse o meterse en aquellas tembladeras que son el mismo enemigo malo?... Hasta él, que era práctico y sabía caminar por toda clase de ciénagas, un día, por sacar un novillo, estuvo a punto de que lo amarrara por las patas el diantre del charco. ¡Desventurado Santiago! Ese día se había levantado fatal o con una mala idea en la cabeza.

Fengue Camacho, con una sonrisa de incredulidad burlona, clavaba sus ojos en Mongo Paneque y le decía con su habitual lenguaje desenfadado:

—¡Pobre muchacho, haberse tirado al charco! ¿Verdad, Mongo, que tú lo habrías sacado? Tú, que eres tan buen corazón...

Mongo Paneque, a pesar de su rusticidad campesina, tenía un alma astuta y compleja para realizar el mal.

La víspera del crimen, que elaboraba pacientemente en su espíritu malévolo, había escrito un anónimo al comandante Fundora, con el designio secreto de que la muchacha no fuera al cañaveral y poder entonces encontrar solo a Hermida. Cuando el comandante recibió el anónimo donde le participaban los amores furtivos de su hija con el habanero, contra la costumbre habitual del campesino, impresionable e impetuoso ante lo inesperado que sacude su conciencia, guardó una absoluta reserva acerca de la noticia anónima; por un gran esfuerzo de voluntad logró dominarse hasta dar a su semblante una plácida expresión de hombre que no sabe ni siquiera dónde está parado.

¡Carijo! El quería saber si era verdad todo aquello que le contaban en el maldito papel escrito con una letra rudimentaria de colegial bolondro y desaplicado. El quería saber si Conchita era capaz de realizar esa herejía que le deshonraba. Por lo regular, el campesino no le da mucha importancia a esas uniones irregulares y libres del hombre y la mujer, ya que en el campo eso es lo más habitual del mundo; pero el comandante Fundora era otra cosa. El viejo veterano del 68 y del 95 tenía un culto especial del honor familiar; exigía más a la mujer que no sabe guardarse y guardar la integridad de las canas paternales que al hombre, que, como el perro sin amo, solicita y obtiene como puede y donde puede.

—¡Ah, la muy chiva!

Conforme le indicaban en el papel, vigilaría, para sorprenderla cuando se dirigiese al cañaveral, y entonces...

Durante el día el comandante Fundora estuvo amable y complaciente con todos. Por fin vino la noche deseada, que a Fundora, en su impaciencia, se le antojaba que no llegaría nunca. Todos se acostaron, menos el padre impaciente, que aparentando dormir se puso en vela, para cazar a la "indina" que, como una novilla mala, quería franquear la tranquera del corral paterno.

¡Por la Virgen Santísima, que esto era para morirse de rabia y de pena!

—¿"Aonde" vas tú, "so" chiva?—exclamó, colérico, el comandante Fundora sorprendiendo a su hija, que, con un viejo chal cogido al azar y echado a la cabeza, se disponía a concurrir a su acostumbrada cita de amor. Un temblor le circuló rápido por todo el cuerpo a la sorprendida, mientras su corazón parecía haberse detenido dentro de su caja mortal en una intensa pulsación de pavor invencible. Contra su audacia característica y frente a la realidad de la sorpresa inesperada, Conchita Fundora murmuró una ininteligible y trémula disculpa, que más que ocultar sus secretas intenciones las denunciaba.

—¿Conque ibas al cañaveral a verte con ese sinvergüenza? — exclamó el comandante Fundora, sacudiendo nervioso a su hija por un brazo—. ¡Ah, grandísima perra!...

Un sollozo impetuoso confirmó definitivamente la confidencia anónima. Entonces Fundora, en una explosión brutal de sus nervios, derribó a la hija de una violenta sacudida, e instintivamente corrió a la cocina en busca

de algo con que castigarla. A los gritos de Conchita toda la casa despertó, intensamente alarmada, y la buena de Desideria, frente a las iras paternas, prendiéndose fuertemente del brazo castigador, en una ansia instintiva de madre que ve en peligro a su muchachita, a pesar de todo:

—¡Por Dios, Etelvino, que la matas!...

Aquella noche fue plena de emociones profundas para Conchita Fundora. Su alma ardiente y pasional, que había sido respetuosa con el padre, rudo a veces, pero siempre bueno, ahora experimentaba una especie de sordo rencor contra aquel que, al contrariarle en su cita de amor, la había arrojado de la casa paterna, llegando, en un raptó de cólera hasta pegarle: ¡Virgen pura!, sabe Dios lo que hubiese pasado, a no ser por la intervención oportuna de mamita. Pobre vieja... Todavía resonaba en sus oídos el grito desgarrador y penetrante surgido de lo más profundo de la fuente materna. Ahora sentía Conchita que la irrefrenable rebelión de los sentidos interponíase entre ella y los suyos. Se acostó desesperada y con una cólera sorda en el fondo de su ser femenino, para quien el amor por el hombre era lo primero en el mundo.

De buena gana se hubiese marchado con Hermida aquella misma noche; pero cuando clareara el día iría a verle para marcharse juntos.

Con la luz del nuevo día Conchita Fundora supo la desgarradora noticia, y una impresión intensísima la sacudió plenamente hasta la última raíz de sus cabellos. Después, un anhelo loco de huir de aquellos contornos y de todos se posesionó de su ser; ¿pero quién habría sido esa mala alma? "De juro a Dios" que era Mongo Panque. Se lo decía el corazón, pero ya la pagaría el maldito, para quien la horca era poco...

—¡Ay, muchachita, lo que has hecho llorar ante los ojos de Dios. Yo te perdono, pero tu padre, tu padre no te perdonará nunca!—exclamó la buena de Desideria a su hija, que en toda la noche no había pegado los ojos.

Conchita no contestó. Por primera vez en su vida la voz de la madre le pareció extraña y casi ajena a su corazón. Su pobre corazón de mujer, que ahora parecía anegarse en la onda turbia de la pasión sensual, contenida de improviso, como la corriente de un río que va a parar al mar, mientras su imaginación encendida se orientaba más allá de aquel sitio maldito, donde conociera el goce y el dolor de la profunda sugestión del amor físico.

AQUELLA noche, contra su costumbre, se acostó tarde la familia de don Venancio La O. El suceso había conmovido sinceramente el alma de todos, y tal vez la de don Venancio, cuya barba venerable y patriarcal parecía derramársele sobre el pecho como un largo llanto. Y es que don Venancio se conmovía muy pocas veces, según aseguraba, moviendo lentamente la cabeza grave y pensativa, como la de un doctor en Concilio.

—¡Pobre muchacho! Venir a morir aquí, de esa mala manera... Yo le había empezado a coger cariño. Era muy instruído el habanero... ¿Y cómo ocurriría la muerte de ese muchacho?

Yo dirigí una larga mirada penetrante a las pupilas impenetrables del noble patriarca de La Ciénaga. El no se desconcertó. Indudablemente era muy cándido o muy astuto y taimado para no sospechar nada ni de nadie. Vaya usted a saber lo que pasaba en el alma bondadosa y patriarcal del viejo cacique de La Ciénaga. Esta Ciénaga, donde todos se conocían como a sus propias narices y se daban los buenos días con la mayor tranquilidad del mundo.

Con una certidumbre en la mente y un dolor trémulo y vibrante clavado en el espíritu, contesté también candorosamente:

—¡Pobre y querido amigo! ¡Haber venido conmigo a La Ciénaga para morir! Tengo algo así como un remordimiento...

—¡Pobre madre! ¡Pobre madre!—, suspiró, sincera, la buena de Dolores Machuca.

Lolita y Camila, silenciosamente impresionadas, dirigían hacia mí el callado estupor de sus claras pupilas abiertas.

—Yo le colé el último café que se bebió—, repetía como en un éxtasis sentimental la ingenua Camila.

—Dios haya acogido en su santo reino el alma de ese cristiano—, dijo con unción Dolores Machuca.

—¡Amén!—rezongó devotamente don Venancio.

La luz, como una divinidad benigna y dulce, desde un ángulo de la estancia pintada de un azul estridente y furioso, ponía sobre aquellos semblantes campesinos una infinita paz secular, como si las cosas buenas, saludables y henchidas del aliento vigoroso y fecundo de la campi-

ña materna, por medio de aquella lámpara doméstica y familiar enviaran también una oración íntima y secreta por el alma del ausente eterno.

Dirigí una mirada al exterior y vi la misma noche clara y tranquila y las mismas estrellas resplandecientes y altas que habían sido testigos mudos e impassibles del infortunado amor del camarada inolvidable que ya no vendría más a nuestro cuarto, rendido y sonriente, a descansar, con un brillo errabundo en la pupila, después de haber vibrado entre la ciega furia del deseo, en tanto que la charca siniestra, como un alma mala, de torvos pensamientos, le enviaba imperceptiblemente sus emanaciones envenenadas y sutiles.

—Hasta mañana, y que la Virgen lo guarde—me dijo con dulzura, mientras se despedían todos para acostarse, Dolores Machuca...

Ya había terminado la enumeración. ¡Oh, cuántas ganas de partir al otro día!...

Quedé solo en la soledad de mi cuarto y de la noche enorme, con el recuerdo del inolvidable camarada y amigo de la infancia Santiago Hermida.

¡Lo que medité y sentí aquella noche! Yo no lo sabría expresar, porque caí un largo instante en el abismo sin forma y sin nombre de la angustia humana, mientras la ciénaga permanecía allá, impenetrable y turbia entre la noche, como si nada grave hubiese sucedido.

XX

Y partí hacia la muy amada Tontópolis, con los primeros rayos de un sol de agosto. Unos cuantos pasos ágiles del caballo bastaron para que se quedaran muy atrás en mi espíritu y en mi corazón el inolvidable y humilde caserío de La Ciénaga, con la patriarcal figura de don Venancio La O, con el bizarro comandante Fundora, con el sorprendente Fengue Camacho y con el hombre de los zapatos escandalosamente amarillos, el tremendo Mongo Paneque, por quien yo haría todo lo posible a fin de conseguirle un sitio adecuado en el Presidio Nacional, digno de la brillante ejecutoria de esta pústula pintoresca y torva de La Ciénaga.

¡Desventurado Santiago Hermida!... Su pobre vida se quedó tan sólo escrita por las primeras cuartillas, como la novela patriótica y nacional. Un soplo de la vida plena, de la vida renovadora, parecía vibrar poderosamente en la dulzura del aire, como un grito de triunfo de la campiña fecunda y maternal. Bajo el dombo inmenso de los cielos, la vasta campiña, por contraste con el dolor humano, elaboraba en su entraña secreta ese venero de vida generosa y cordial que la hacía aparecer ante mi vista cual una bella, saludable y hermosa muchacha, acabada de salir, embriagadora y palpitante, del baño amoroso de la Naturaleza inmortal. Allá lejos, la enorme Sierra Maestra mostraba sus contornos imponentes bajo el oro milagroso del sol. Hermoso sol de agosto que ahora, al vadear yo solitario la ciénaga, cual si pretendiera embellecerla quitándola todo alarde del mal, doraba la turbia superficie de esta llaga siniestra de la tierra: ¡la ciénaga!, ¡la ciénaga!, imagen de los torvos males que nos acechan constantemente y que había devorado a Santiago Hermida con la perfidia disimulada y atroz de esos medios sociales donde muere toda alta y noble esperanza.

Sofrené mi caballo, y por una atracción sutil del perdido elemento... me puse a contemplarle, mientras un tropel de sentimientos oscuros se levantaban del fondo de mi corazón. El monstruo parecía dormir su enigmático sueño de cieno y agua estancada, como si el mal realizado en su seno precario no conturbase su gran pupila amarillenta e impura, llena de la enfermedad mortal de una vegetación que se pudre. A los rayos ardientes del sol, el enorme charco mortífero exhalaba su vasto aliento emponzoñado, bajo la pompa movable y profusa de los árboles seculares que ¡ay! a pesar de su sana y fuerte bondad natural, daban abrigo fraterno a la tétrica imagen del crimen. Pensé en Conchita Fundora, la flor de La Ciénaga, cuyos ojos, antes que las palabras, le habían dicho a Santiago Hermida, misteriosos y sibilinos:

—“Si usted se cae ahí con su caballo y no le echan algo donde agarrarse, no vuelve a salir más nunca. ¡Son muy malas esas tembladeras!...”.

Pareció cosa de conjuro: al salir de mi abstracción dolorosa vi vadear a Conchita Fundora el otro extremo de la charca. Nuestras miradas se cruzaron como dos mudas interrogaciones; pero no osé hablar a la cuitada, ni ella tuvo para mí siquiera la elocuencia de un gesto. Al

trote ligero de la bestia, Conchita pasó sin detenerse; pero yo vi el alma de la mujer impresa en la pupila exaltada, la pobre alma humana de la mujer, nacida para la vida de la sensación y del puro goce fisiológico, pero que, a pesar de todo, sufre y renueva en su espíritu y en su corazón el dolor del amor aprisionado en la tragedia sombría que está en el fondo de todo destino humano. Dolor espiritual del amor físico que acaso se estaría haciendo materia palpitante y sensible en las entrañas que fecundó la voluptuosidad de los sentidos. Unos momentos más, y la gallarda figura desapareció en un recodo del camino. ¿A dónde iba?... ¿Quién sabe!... Tal vez ella marchara imperiosa e inevitablemente hacia su definitivo destino, como si la pasión invisible del malogrado Santiago Hermida la empujase desde el fondo profundo y obscuro de la ciénaga.

Sabana de la Mar, octubre de 1921.

Organización Continental de los Festivales del Libro

MANUEL MUJICA GALLO
Presidente

MANUEL SCORZA
Director General

ALEJO CARPENTIER
Sub-Director General

DIRECTORES

PERU: Miguel Scorza

COLOMBIA: Alberto Zalamea

ECUADOR: Jorge Icaza

VENEZUELA: Juan Liscano

MEXICO: Carlos Pellicer

CUBA: Alejo Carpentier

BIBLIOTECA BASICA DE CULTURA LATINOAMERICANA

La Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana que, a través de multitudinarios Festivales del Libro, se está formando en centenares de miles de hogares latinoamericanos, responde a una imperiosa necesidad: difundir los libros fundamentales de la cultura latinoamericana.

Tal objetivo sólo podía lograrse sacando el libro de los anaqueles y las bibliotecas y, ofreciéndolo en plena calle, en la plaza pública, reduciendo al mismo tiempo su precio hasta ponerlo, verdaderamente, al alcance de todos.

Esto es lo que han logrado los Festivales del Libro, que vienen publicando, semestralmente, las series que forman la Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana. En ella figuran las obras más importantes de la literatura, del ensayo y de la historia de América, incorporadas a través de la más rigurosa selección, especialmente cuidada en el caso de aquellos libros que, debido a prejuicios, a desconocimiento o falta de circulación, no habían alcanzado la difusión que merecen.

La Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana es el medio más adecuado para alcanzar un conocimiento integral de la rica y variada cultura latinoamericana, tan falseada por fáciles sumarios.

Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana

Dirigida por: **MANUEL SCORZA**

P E R U

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

1ª y 2ª Ediciones: 150,000 ejemplares

- 1.—Luis E. Valcárcel: *NARRACIONES Y LEYENDAS INCAS.*
- 2.—Garcilaso Inca de la Vega: *HISTORIA DE LA FLORIDA.*
- 3.—Ricardo Palma: *TRADICIONES PERUANAS* (primera serie).
- 4.—*LOS MEJORES CUENTOS PERUANOS* (tomo I).
- 5.—*LOS MEJORES CUENTOS PERUANOS* (tomo II).
- 6.—Manuel González Prada: *ENSAYOS ESCOGIDOS.*
- 7.—José Santos Chocano: *POEMAS ESCOGIDOS.*
- 8.—José de la Riva Agüero: *PAISAJES PERUANOS.*
- 9.—César Vallejo: *POEMAS ESCOGIDOS.*
- 10.—José Carlos Mariátegui: *ENSAYOS ESCOGIDOS.*

SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

1ª Edición: 150,000 ejemplares

- 11.—Anónimo: *OLLANTAY, LEYENDAS Y POESIAS QUECHUAS.*
- 12.—Garcilaso Inca de la Vega: *RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD.*
- 13.—Ricardo Palma: *TRADICIONES PERUANAS* (segunda serie).
- 14.—Ciro Alegría: *LOS PERROS HAMBRIENTOS.*
- 15.—José María Eguren: *POESIAS ESCOGIDAS.*
- 16.—Manuel Mujica Gallo: *PRECURSORES DE LA EMANCIPACION.*
- 17.—Enrique López Albújar: *SUS MEJORES CUENTOS.*
- 18.—*POESIA AMOROSA MODERNA DEL PERU.*
- 19.—*CUENTISTAS MODERNOS Y CONTEMPORANEOS.*
- 20.—*SATIRICOS Y COSTUMBRISTAS PERUANOS.*

TERCER FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

1ª Edición: 500,000 ejemplares

- 21 y 22.—Ciro Alegría: *EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO.*
- 23.—Mariano Azuela: *LOS DE ABAJO.*
- 24.—Enrique López Albújar: *MATALACHE.*
- 25.—José Hernández: *MARTIN FIERRO.*
- 26.—Horacio Quiroga: *CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE.*
- 27.—Jorge Icaza: *HUASIPUNGO.*
- 28.—*LOS MEJORES CUENTOS AMERICANOS.*
- 29 y 30.—Rómulo Gallegos: *DOÑA BARBARA.*

CUARTO FESTIVAL DEL LIBRO PERUANO

2ª Edición: 250,000 ejemplares

- 31.—Ricardo Palma: *TRADICIONES PERUANAS* (tercera serie).
- 32.—José Diez Canseco: *ESTAMPAS MULATAS*.
- 33.—Carlos Camino Calderón: *EL DAÑO*.
- 34.—*PRIMER PANORAMA DEL ENSAYO PERUANO*.
- 35.—Pablo Neruda: *VEINTE POEMAS DE AMOR*.
- 36.—Ricardo Güiraldes: *DON SEGUNDO SOMBRA*.
- 37.—Rómulo Gallegos: *CANTACLARO*.
- 38.—Alejo Carpentier: *EL REINO DE ESTE MUNDO*.
- 39 y 40.—José Eustasio Rivera: *LA VORAGINE*.

VENEZUELA

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

Director: JUAN LISCANO

1ª Edición: 300,000 ejemplares

- 41.—Rómulo Gallegos: *CANTACLARO*.
- 42.—Teresa de la Parra: *MEMORIAS DE MAMA BLANCA*.
- 43.—Arturo Uslar Pietri: *LAS LANZAS COLORADAS*.
- 44.—Alejo Carpentier: *EL REINO DE ESTE MUNDO*.
- 45.—Mariano Picón Salas: *LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO*.
- 46.—Miguel Otero Silva: *CASAS MUERTAS*.
- 47.—*LOS MEJORES CUENTOS VENEZOLANOS*.
- 48.—*LAS MEJORES POESIAS VENEZOLANAS*.
- 49.—Aristides Rojas: *LEYENDAS HISTORICAS DE VENEZUELA*
(tomo I).
- 50.—*SATIRICOS Y COSTUMBRISTAS VENEZOLANOS*.

SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 51.—*LAS MEJORES PAGINAS DE SIMON BOLIVAR*, antología de
Arturo Uslar Pietri.
- 52.—*LOS MEJORES POEMAS DE ANDRES ELOY BLANCO*.
- 53.—*LOS MEJORES CUENTOS DE JOSE RAFAEL POCATERRA*.
- 54.—Antonio Arráiz: *PUROS HOMBRES*.

- 55.—Ramón Díaz Sánchez: *CUMBOTO*.
- 56.—Enrique Bernardo Núñez: *CUBAGUA*.
- 57.—Mariano Picón Salas: *PEDRO CLAVER*.
- 58.—Rufino Blanco Fombona: *EL HOMBRE DE HIERRO*.
- 59.—Aristides Rojas: *LEYENDAS HISTORICAS DE VENEZUELA* (tomo II).
- 60.—*SATIRICOS Y COSTUMBRISTAS VENEZOLANOS* (tomo II).

TERCER FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

HOMENAJE A ROMULO GALLEGOS

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 61.—REINALDO SOLAR.
- 62.—LA TREPADORA.
- 63.—DOÑA BARBARA.
- 64.—CANTACLARO.
- 65.—CANAIMA.
- 66.—POBRE NEGRO.
- 67.—EL FORASTERO.
- 68.—SOBRE LA MISMA TIERRA.
- 69.—LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO.
- 70.—LOS MEJORES CUENTOS DE ROMULO GALLEGOS.

CUARTO FESTIVAL DEL LIBRO VENEZOLANO

(En prensa: 300,000 ejemplares)

COLOMBIA

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO COLOMBIANO

Director: ALBERTO ZALAMEA

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 71.—José Maria Cordovez Moure: *REMINISCENCIAS DE SANTAFE Y BOGOTA*.
- 72.—Tomás Carrasquilla: *SUS MEJORES CUENTOS*.
- 73.—Eduardo Zalamea: *CUATRO AÑOS A BORDO DE MI MISMO*.

- 74.—Eduardo Caballero Calderón: *EL CRISTO DE ESPALDAS*.
- 75.—Hernando Téllez: *SUS MEJORES PROSAS*.
- 76.—*LOS MEJORES CUENTOS COLOMBIANOS*.
- 77.—*LAS MEJORES POESIAS COLOMBIANAS*.
- 78.—Gabriel García Márquez: *LA HOJARASCA*.
- 79.—Germán Arciniegas: *EL CABALLERO DE EL DORADO*.
- 80.—Jorge Zalamea: *EL GRAN BURUNDUN BURUNDA HA MUERTO*.

SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO COLOMBIANO

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 81.—Tomas Carrasquilla. *LA MARQUESA DE YOLOMBO*.
- 82.—Eduardo Caballero Calderón, *SIERVO SIN TIERRA*.
- 83.—Germán Arciniegas, *EN MEDIO DEL CAMINO DE LA VIDA*.
- 84.—Porfirio Barba Jacob, *ANTOLOGIA POETICA*.
- 85.—*LOS MEJORES ENSAYISTAS COLOMBIANOS*.
- 86.—*LOS MEJORES CUENTOS COLOMBIANOS* (Tomo II).
- 87.—*LAS MEJORES POESIAS COLOMBIANAS* (Tomo II).
- 88.—Alvaro Gómez Hurtado, *LA REVOLUCION EN AMERICA*.
- 89.—Alberto Lleras Camargo, *SUS MEJORES PAGINAS*.
- 90.—Gabriel García Márquez, *EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA*.

ECUADOR

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO ECUATORIANO

Director: JORGE ICAZA

1ª Edición: 100,000 ejemplares

- 91.—Juan Montalvo: *CATILINARIAS*.
- 92.—Juan León Mera: *CUMANDA*.
- 93.—Luis A. Martínez: *A LA COSTA*.
- 94.—*LAS MEJORES POESIAS ECUATORIANAS* (tomo I).
- 95.—*LOS MEJORES CUENTOS ECUATORIANOS* (tomo I).
- 96.—*LOS MEJORES CUENTOS ECUATORIANOS* (tomo II).
- 97.—Leopoldo Benítez: *LOS ARGONAUTAS DE LA SELVA*.
- 98.—Alfredo Pareja Diez Canseco: *MIGUEL DE SANTIAGO*.
- 99.—Enrique Terán: *EL COJO NAVARRETE*.
- 100.—Jorge Icaza: *EL CHULLA ROMERO Y FLORES*.

CUBA

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO CUBANO

Director: ALEJO CARPENTIER

1ª Edición: 250,000 ejemplares

- 101.—Cirilo Villaverde: CECILIA VALDES.
- 102.—José Martí: SUS MEJORES PAGINAS.
- 103.—José Martí: POESIAS COMPLETAS.
- 104.—Alvaro de la Iglesia: TRADICIONES CUBANAS (Tomo I).
- 105.—Félix Lizaso: EL PENSAMIENTO VIVO DE VARONA.
- 106.—LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS, antología de Salvador Bueno (Tomo I).
- 107.—LAS MEJORES POESIAS CUBANAS, Antología de Cintio Vitier.
- 108.—Nicolás Guillén: SUS MEJORES POEMAS.
- 109.—Alejo Carpentier: EL REINO DE ESTE MUNDO.
- 110.—Enrique Labrador Ruiz: EL GALLO EN EL ESPEJO.

SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO CUBANO

2ª Edición: 250,000 ejemplares

- 111.—José Martí: LA EDAD DE ORO.
- 112.—Miguel de Carrión: LAS IMPURAS.
- 113.—Alvaro de la Iglesia: TRADICIONES CUBANAS (Tomo II).
- 114.—Juan Cristóbal Nápoles Fajardo: RUMORES DEL HORMIGO.
- 115.—José Antonio Ramos: CANIQUEI.
- 116.—Luis Felipe Rodríguez: LA CONJURA DE LA CIENAGA.
- 117.—LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS (Tomo II).
- 118.—Lino Novás Calvo: PEDRO BLANCO, EL NEGRERO.
- 119.—LOS MEJORES ENSAYISTAS CUBANOS.
- 120.—Félix Lizaso: PANORAMA DE LA CULTURA CUBANA.

EN PREPARACION:

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO MEXICANO

(Un millón de ejemplares)

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO BRASILEÑO

(Dos millones de ejemplares)

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO CENTROAMERICANO

(300,000 ejemplares)

¡ P R O N T O !

B O L S I L I B R O S

EN TODA AMERICA LATINA

**(Colección de la Organización Continental
de los Festivales del Libro)**

Bajo la Dirección de **ALEJO CARPENTIER**



- 500 TITULOS.
- BIBLIOTECA POPULAR. DE CULTURA UNIVERSITARIA.
- LAS ULTIMAS NOVEDADES EUROPEAS Y MUNDIALES.
- NOVELA, CIENCIAS, HISTORIA, ENSAYO, BIOGRAFIA, POESIA, ARTE, TEATRO...
- PRECIOS POPULARES.
- Por primera vez, un verdadero **POCKET-BOOK** en castellano.

Imprenta Torres Aguirre S. A.

PQ7389. R6C6



a39001



004099514b

7/70

LA CONJURA DE LA CIENAGA

"Es interesantísimo el ambiente que emerge de las páginas de **La Conjura de la Ciénaga**; tanto que por ellas percibo nuevamente la campiña de vuestra isla maravillosa. Sí, ahora, entre la bruma invernal que me circunda, veo el hermoso sol de los trópicos, el tono vivo y casi violento de sus paisajes y esa humanidad primitiva y pintoresca que reproduce tan fielmente y que yo he conocido ha tiempo.

Hermosa novelita, hecha de gracia agreste y de encanto primordial, cuya trama sencilla y cuyos tipos elementales, de una rudeza espontánea y jovial, acaso no son más que el pretexto para expresar el alma de vuestra campiña nativa.

Encuentro adecuado ese Mongo Panequé, torvo y vivaz, en el animado ambiente cálido donde le habéis puesto a vivir sus fiebres ardorosas. Esa bestezuela se mueve muy bien en su marco de sol y de frondas. Admirablemente expresada su animalidad estridente y el juego instintivo de sus impulsos exasperados y de sus músculos de fierecilla tropical.

Conchita Fundora es mejor aún. Con su ligera complicación psicológica, apenas es voluptuosa; pero tiene una imaginación ondulante y una sensualidad parecida a la fragancia de vuestros bosques, desprovistos de la gracia alada del matiz, pero siempre imponentes en la belleza fuerte de su uniformidad".

**ORGANIZACION CONTINENTAL
DE LOS FESTIVALES DEL LIBRO**



EL HOMBRE. QUI LEE, VALE MÁS